





{ De huidas  
y fracasos }  
y otros textos



XII CERTAMEN ANDALUZ DE  
ESCRITORES NOVELES



JUNTA DE ANDALUCIA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,  
CULTURA Y DEPORTE

PRIMERA EDICIÓN

EDITA:

**JUNTA DE ANDALUCÍA**  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

Edición no venal

© DE LA EDICIÓN:

**JUNTA DE ANDALUCÍA**  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

© DE LOS TEXTOS: sus autores

© DEL PRÓLOGO: Antonio Molina Flores

© DE LA ILUSTRACIÓN: Reno Ardín

© DEL DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Asociación de Editores de Andalucía

Esta edición recoge los textos premiados en el XII Certamen Andaluz de Escritores Noveles convocado por el Centro Andaluz de las Letras con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre los jóvenes andaluces.

DEPÓSITO LEGAL: SE-1345-2014

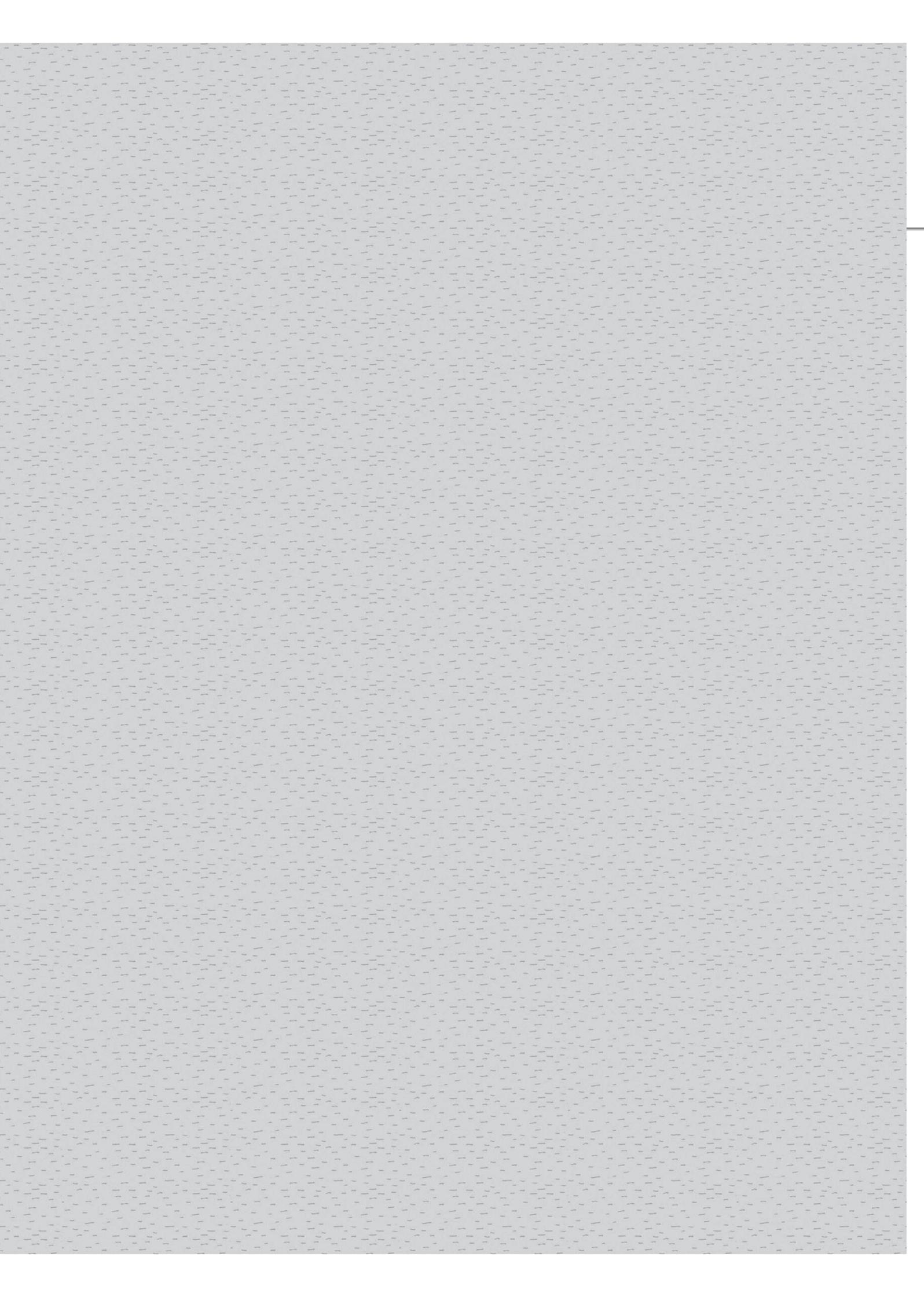
IMPRIME: Imagraf Impresores

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

*El jurado del Certamen Andaluz de Escritores Noveles en la modalidad Narrativa emitió su fallo el 30 de septiembre de 2013 bajo la presidencia de Pastora López Rojas, Coordinadora Provincial IAJ en Huelva, actuando como vocales los escritores Antonio Molina Flores, Manuel Moya Escobar y Carmen Ciria Santos. El jurado del Certamen en la modalidad de Poesía emitió su fallo el 28 de noviembre de 2013 bajo la presidencia de Guillermo Quero Resina, Coordinador Provincial IAJ en Granada, actuando como vocales los escritores Rafael Espejo Muñoz, Josefa Parra Ramos, José Andújar Almansa y Juan Antonio Bernier Blanco.*

*El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Antonio Luis Ginés, Jackeline De Barros, Juan Gabriel Lama, Fernando Jiménez y Sandra Martín.*

*Agradecimiento a Reno Ardín por la ilustración de cubierta y a la Asociación de Ilustradores Profesionales de Andalucía (AIPA) por su colaboración.*



# Í N D I C E

---

## PRÓLOGO

**Promesas de felicidad.** *Antonio Molina Flores*..... **9**

## POESÍA 12 - 15 AÑOS

**Le jeu (El juego).** *Irene González Roldán*..... **13**

## POESÍA 16 - 19 AÑOS

**Cosas que hacer este verano.** *Marta Bordons Martínez*..... **16**

## CUENTO 12 - 15 AÑOS

**¿Qué es una persona sin recuerdos?.**  
*Sara Sánchez Gamino*..... **19**

## CUENTO 16 - 19 AÑOS

**Infinito invierno.** *Irene Beatriz Olalla Ramírez*..... **28**

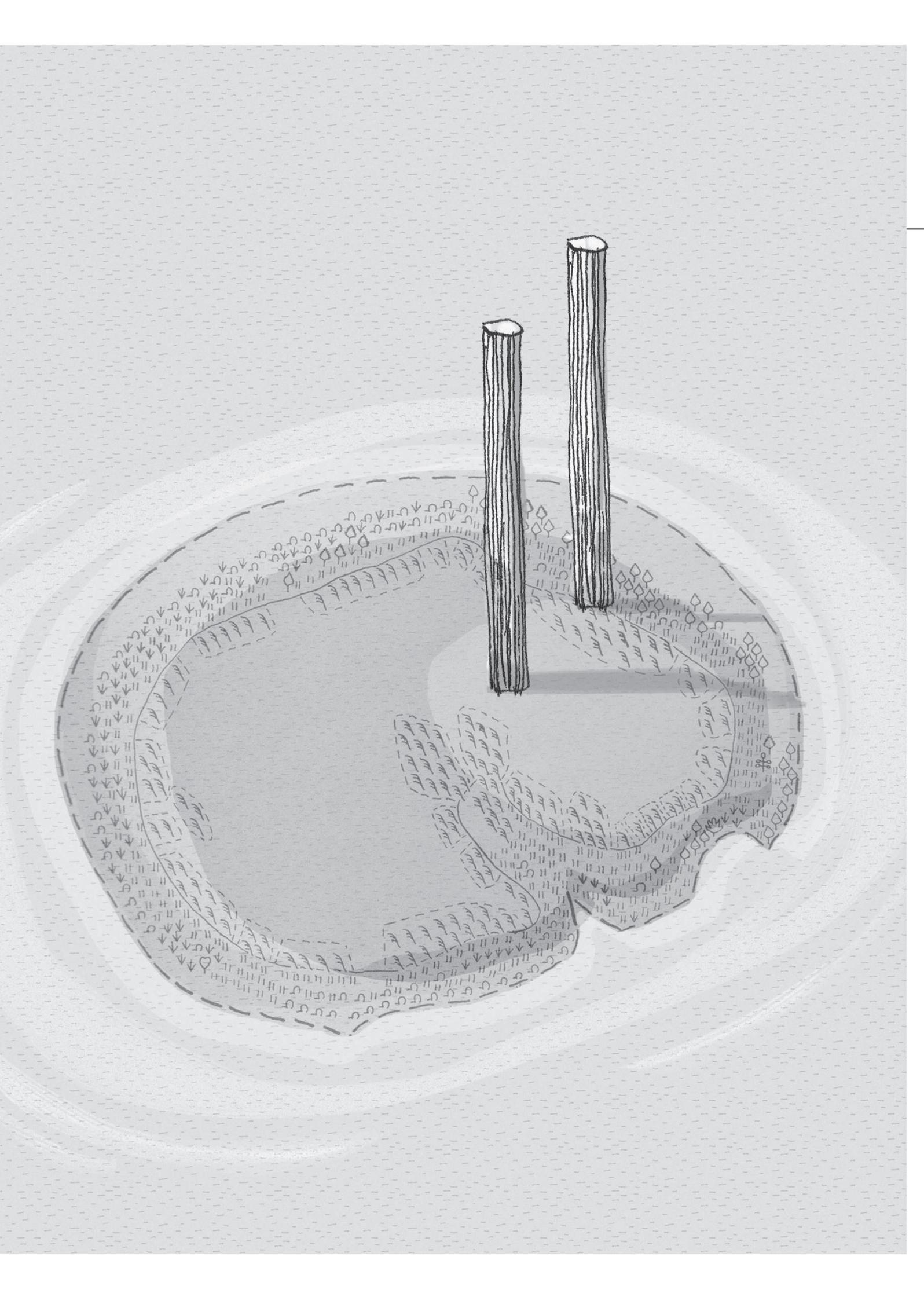
## RELATO 12 - 15 AÑOS

**La Orden de Helhest.** *Celia Fernández Laguna*..... **36**

## RELATO 16 - 19 AÑOS

**De huidas y fracasos.** *Carlos Catena Cózar*..... **98**





## Promesas de felicidad

**E**l año pasado ganó el Premio Nobel de Literatura la escritora canadiense Alice Munro. A pesar de su calidad nadie pensaba seriamente que pudiera ganarlo porque solo escribe relatos. Ninguno de los contenidos en *Demasiada felicidad*, uno de sus últimos libros, supera el número de páginas de los relatos editados en este volumen. Eso quiere decir que se puede alcanzar el máximo nivel en el arte de la escritura con textos que no tienen por qué ser largos. El camino para llegar a tales grados de excelencia solo es uno: leer, leer y leer.

Jorge Luis Borges o Enrique Vila-Matas se consideran antes lectores que escritores. Afortunadamente, en el actual sistema educativo cada vez se potencia más la lectura como el mejor modo de formar ciudadanos y ciudadanas. La lectura nos hace exigentes, críticos y libres. Se puede leer mucho y no escribir nada, pero no se puede escribir sin haber leído. Sócrates y Jesucristo son dos ejemplos de lo primero. Jamás escribieron ni una línea y consta que eran grandes estudiosos de sus respectivas tradiciones. Pero para formar a un escritor o escritora hacen falta años de lectura constante y sistemática. Por eso sorprende la madurez de los poemas, cuentos y relatos aquí editados. ▶





► Estos textos han pasado un primer filtro, han sido seleccionados por un jurado independiente que los eligió entre los muchos que se presentaron. Pero ahora viene la hora de la verdad, el juego en el que se enfrentarán a sus primeros lectores anónimos. En la lectura cada uno de nosotros es un juez insobornable. Nos gusta o no nos gusta. Ya no importan las circunstancias por las que el libro llegó a nuestras manos. Y en ese juicio se igualan el premiado escritor novel y el Premio Nobel. Y puede gustarnos uno más que el otro, tal es el grado de independencia y libertad que debe tener la lectura. Esa es la gracia del asunto.

Pero además de compartir la alegría de editar estas obras de autores jovencísimos, entre los doce y los diecinueve años, hemos de felicitarlos porque han sabido elegir la senda de la educación y la lectura. Y ya podemos ver aquí sus primeros frutos. También tenemos que felicitar a los padres y a las madres, a los maestros y maestras, a los hermanos mayores, a los abuelos. Ellos tal vez hayan sido los que con su ejemplo los han iniciado en silencio en el camino de la lectura, un sendero que tantos placeres les dará a lo largo de sus vidas.

“Roy es tapicero y restaurador de muebles. También repara sillas y mesas que han perdido un travesaño o una pata o que están desvencijadas”. Así comienza el relato “Madera” de Alice Munro. “Estábamos tumbados en la cama, medio tapados por la sábana, mirábamos distraídamente el pequeño televisor Sanyo que su padre había colocado en la esquina del escritorio”. Así comienza el relato final de este libro, “De huidas y fracasos”,



de Carlos Catena Cózar, incluido en la modalidad de dieciséis a diecinueve años.

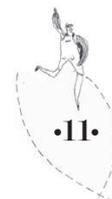
“Catherine Adams dejó la pestaña de Internet minimizada con un leve movimiento de sus dedos sobre el panel receptor del portátil y atendió a la videollamada entrante en Skype”. Así comienza “La Orden de Helhest”, de Celia Fernández Laguna, de Huéscar, que participaba en la modalidad de doce a quince años.

Porque toda lectura es una promesa de felicidad, os animamos a su lectura, junto a los poemas de Irene González Roldán y Marta Bordons Martínez. Así como los cuentos de Sara Sánchez Gamino e Irene Beatriz Olalla Ramírez.

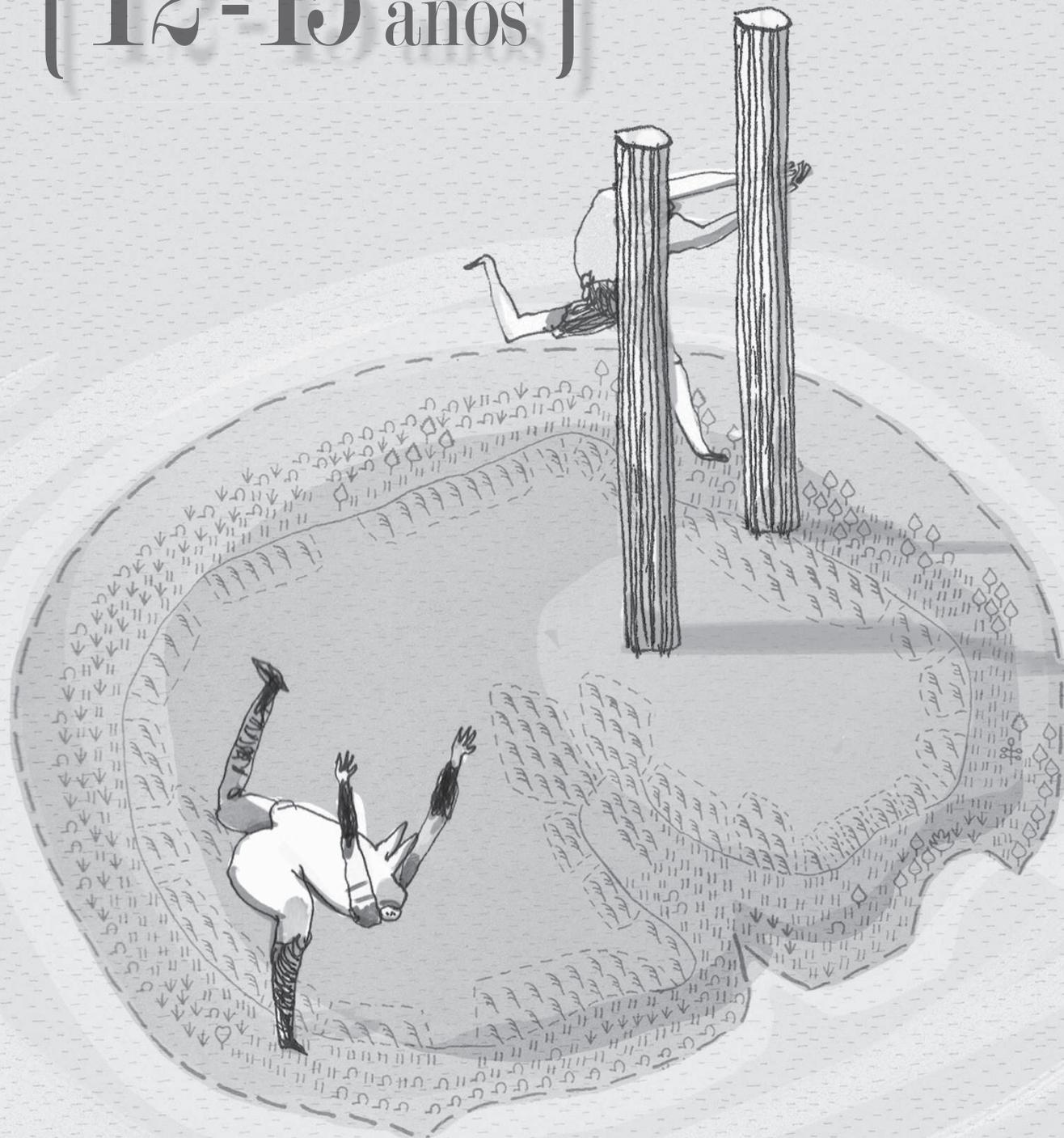
Y una última reflexión. Alguien se habrá dado cuenta de que en este volumen Carlos es el único chico, las demás son Celia, Irene Beatriz, Sara, Marta e Irene. No es casualidad. Hace dos generaciones esto no solo era imposible sino que en la sociedad predemocrática, estaba prohibido por la ley. A las mujeres se les prohibía viajar o sacar dinero del banco –aunque fuese suyo–sin permiso del marido. Por eso hay que seguir luchando para que nuestra sociedad sea cada vez más igualitaria y democrática. Sin pasos atrás. Y una buena manera de luchar es contribuir desde la cultura, sea escribiendo, leyendo o haciendo videojuegos. Porque la cultura es un cultivo permanente de nuestro espíritu que tiene su propia recompensa en el trabajo de cada día. ■

Feliz lectura.

*Antonio Molina Flores*



{ P O E S Í A }  
{ 12-15 años }





# Le jeu

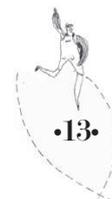
(El juego)

*Irene González Roldán*

Sevilla

PRIMER PREMIO.  
POESÍA 12-15

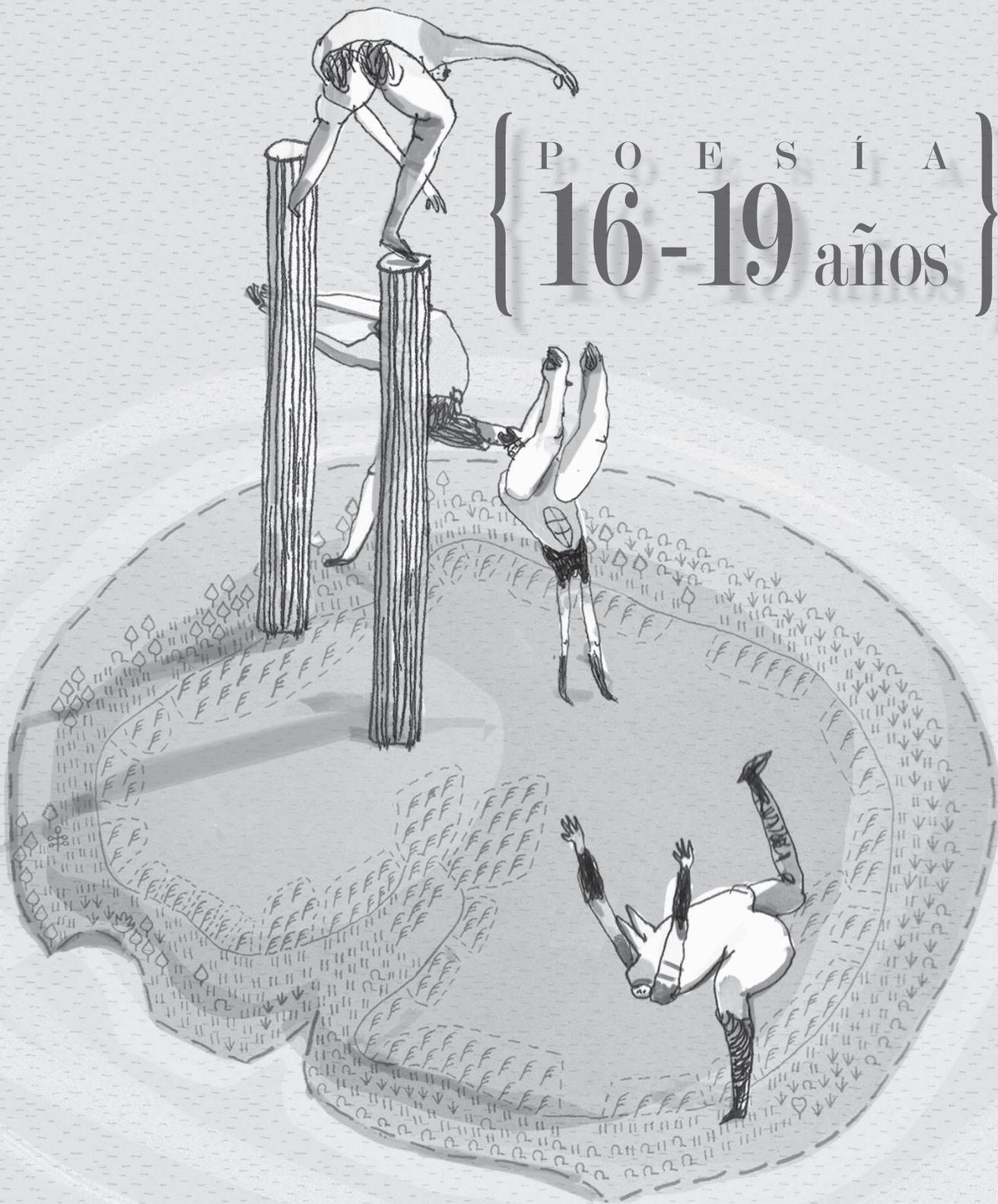
Entre tristes camisas tendidas me pierdo,  
bebo de la confusión de los tejados  
y vago entre escaparates que imitan soles  
encendidos.  
He dejado mi casa a oscuras  
y he salido a alumbrarme  
con los resplandores  
rojos,  
    naranjas  
        y verdes  
de esta ciudad en la que todos jugamos a vivir.  
Lleno de olor a respiraciones,  
los alientos me golpean como puños  
en mi piel insensible  
y rota,  
herida de muerte por la realidad.  
Y mientras, yo sonrío.  
Tarareo las canciones de la radio  
y recito eslóganes publicitarios  
protegiéndome de las cuchilladas con el papel  
de cien periódicos que dicen lo mismo.  
Compre,  
    pruebe,  
        disfrute.





- Soy el anuncio  
de mi propia intrascendencia.
- La vulgaridad me hace enfermar.  
Ingiero pastillas que saben a dinero,  
y las vomito  
y vuelvo a saborearlas.  
Mis bolsillos están húmedos de saliva.
- Y mientras, sigo sonriendo.  
Intento zafarme del abrazo de las avenidas,  
pero la inercia devuelve mis pies al asfalto.  
La corriente me arrastra de nuevo  
hasta esta vida que se afana  
en arrancarme el pecho  
y devorar,  
    consumir,  
        vender  
y sepultar mis restos bajo los cadáveres  
de ciudades que han muerto.
- Qué más da.  
La inexistencia me reconforta.  
La vida me ha moldeado para no latir,  
y sin embargo  
respiro  
y espiro.
- Hasta que un día  
la televisión –o quizá el gobierno–,  
decida que debo  
expirar. ■

{ P O E S Í A }  
{ 16-19 años }





# Cosas que hacer este verano

*Marta Bordons Martínez*

Sevilla

PRIMER PREMIO.  
POESÍA 16-19

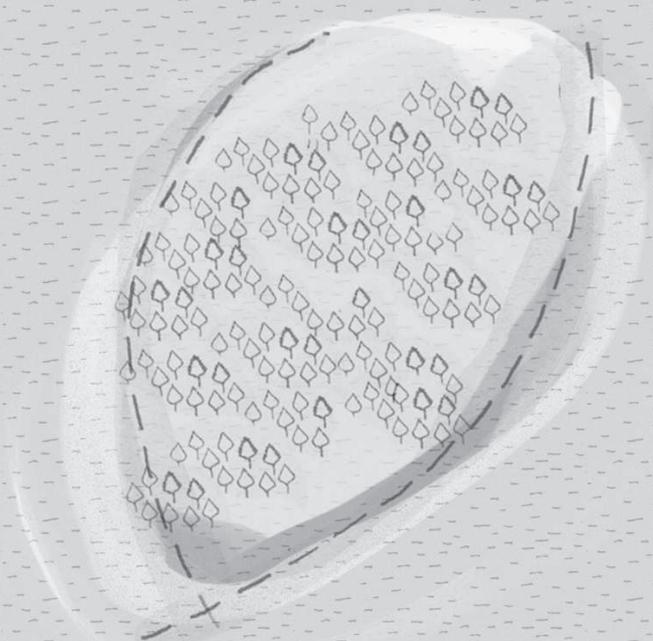
Incubar a la luz de las luciérnagas  
Una historia de enamorados.  
Conseguir congeniar con un piano triste  
Sin ahogarme.  
Teñirme las encías con frutas tropicales  
Y sonreír al primer gato que pase.  
Aprender la lengua de las ardillas  
Para guardarles un secreto  
Y después devolvérselo.  
Pedir la mano de un gigante  
De más de mil inviernos  
Con la promesa de una canción  
Y una flor no muy marchita.  
Dibujar cuentos en las alas  
De los escarabajos menos quisquillosos.  
Fumarme de tus labios una verdad  
Desprevenida, pero que suene a esperanza.  
Distraerme con la danza limpia  
De una luna virtuosa.  
Recortar en un prisma transparente  
Siete colores atrapados.  
Retarte a un juego sin reglas  
Y ganar y que me ganes  
Pero solo con trampas.



Contarle una mentira piadosa a un jilguero  
Aunque me crea y se le olvide llorar.  
Encontrar un tesoro pirata  
Y esconderlo en el fondo de tus ojos.  
Reñir a un ratón sabelotodo  
Por comerse mis notas de tinta  
Sin pedir permiso.  
Seducir con un buen chiste  
A un pez de ojos sinceros  
Y arrancarle una carcajada  
De burbujas como medusas.  
Arañar las cuerdas de una guitarra  
Tristemente desafinada  
Y tristemente sola  
Y recordarle su sonido.  
Y quizás, si me queda tiempo  
Dejar de amarte.  
Ya, por último, solo me queda no cumplir  
Con nada de lo anteriormente estipulado. ■



{ C U E N T O }  
{ 12-15 años }





# ¿Qué es una persona sin recuerdos?

*Sara Sánchez Gamino*

Carmona (Sevilla)

PRIMER PREMIO.

CUENTO 12-15

Una mujer observaba el mar, cómo cambiaba sin parar, cómo se alejaba y volvía sin pausa, sin seguir ningún patrón, sin que pareciese que hubiera un razonamiento que diese sentido a ese baile sin fin. El agua no necesita motivos ni planes. El agua se mueve por la inercia que genera su propio fluir, sin pensar en dónde estaba antes ni a dónde le llevará ese movimiento. Ni siquiera necesita pensar en el presente, en lo que está ocurriendo. Simplemente siente el impulso y se deja guiar por él, hipnotizando, además, a una mujer que ya no se reconoce a sí misma en el reflejo que el mar le devuelve.

Ella está agotada, muerta por dentro, vacía, incapaz de saber quién era antes o por qué era así, desconocedora de qué sentía, por quién, de qué era sentir algo por alguien sin que hubiese un motivo, simplemente porque ver ese rostro, escuchar ese acento, provocara que su alma se retorciese hasta que apareciera el sentimiento. Si alguna vez había sido una persona, si alguna vez se había podido considerar una mujer, un ser, una criatura, estaba segura de que ya no lo era.

Sin embargo, mirar el mar la tranquilizaba. Le devolvía la paz, una de las pocas cosas que no había perdido aún. Y así, exenta de ceños fruncidos, exenta de ojos de cristal quebrado, en calma a





pesar de estar vacía, seca, muerta, extraña en un cuerpo que aún sentía cosas que ella no entendía, muerta de nuevo, más muerta que nunca, abrió por última vez, y consciente de ello, el cuaderno en el que había narrado su vida, todos esos hechos que ya ni creía haber vivido. Y, curiosamente, quizá porque la casualidad no existe, quizá porque el mundo quería que el último recuerdo que se llevase de él fuesen esos días que había pasado sufriendo, esos días que la habían llevado hasta ese estado de muerte en vida, de silencios que no hablan, que no acarician, que ya no besan sus labios de mujer sellados, quizá por todo eso, lo primero que leyó fue su propio nombre. Aquel que ya prácticamente había olvidado.

**14 de julio. 22:47.**

*María Escarlata Duantes Ruiz.*

Este es el nombre que me puso mi madre, el que tanto odié cuando era pequeña y al que me acabé acostumbrando, sintiéndome a mí misma en cada una de sus letras. Y lo escribo aquí porque no quiero olvidarlo.

Es extraño que no escribiese esto antes, pero creo que fue por miedo. Miedo porque es algo que no comprendo y no soy capaz de frenar. Miedo porque estoy cambiando, estoy dejando de ser yo misma sin darme cuenta. Pero supongo que la pregunta principal es qué es lo que me ocurre. Pues bien, es lo siguiente: estoy perdiendo los recuerdos.

Todo comenzó hace unos cuantos días, con un sueño un tanto extraño. Era de noche, una noche preciosa, de luna menguante, en la playa. Yo comenzaba a caminar hacia el agua como hipnotizada, como si el agua me llamase, como si pudiese escuchar su susurro en mi cabeza. Murmuraba que el océano era mi hogar, que no





tuviese miedo, que él me salvaría. De qué nunca lo supe, pero me sentía irremediablemente atraída hacia las olas. Y así comencé a sentir el agua entre los dedos de mis pies, arañándome las rodillas, acariciando mis caderas, besando mi rostro. Y, de pronto, me deshice. Sí, me convertí en polvo, me mezclé con el agua. Y entonces sentí una felicidad plena, pues era una con el agua. Me sentía libre. Y justo en ese instante me desperté.

Abrí los ojos sobre la cama deshecha y vacía, pues mi marido se debía haber despertado ya, pero su anterior presencia a mi lado se notaba en el aire, en el calor en esa zona del colchón, en ese olor indescriptible que dejaba tras de sí y que recordaba al sabor de su piel.

Entonces comenzó, como cualquier otro día, esa rutina espesa y acogedora de la que se caracterizan las vacaciones de verano, el despertarse tan tarde que el sol ya está bien alto en el cielo, el desayunar aún mas tarde, tumbarse, limpiar, que te sorprenda Diego volviendo de comprar con un picnic, salir al jardín a disfrutar de él viendo como el mar rompe a lo lejos y recordando con una sonrisa ese sueño extraño, contárselo a mi marido y que ría, “hay que ver qué imaginación tienes”, besarse, abrazarse como si solo hubiésemos nacido para eso, como si toda nuestra vida hubiese sido la espera de ese abrazo salvador, y entonces, sobre el hombro de Diego, ver a nuestro perro, un labrador blanco hermosísimo, y que de pronto todo empieza a romperse sin que te percatas porque no te acuerdas de su nombre. El nombre de la mascota que tenéis desde hace cinco años y a la que quieres casi como a un hijo.

En ese momento abrí mucho los ojos, como si mis párpados se repeliesen, pero no me asusté. Simplemente me pareció algo tremendamente extraño, un lapsus, una pequeña laguna provocada quizá por el cambio de rutina de las vacaciones en la casita en



la playa, tal vez aún estuviese algo adormilada, tal vez... Se me ocurrieron mil y un motivos, pero una vez que me recordó Diego que se llamaba Rayo ocurrió algo que me hizo comenzar a sospechar. Y es que él, riéndose, me contó la historia de por qué recibió el perro ese nombre, me narró como el día que lo recogimos hubo una tormenta y que, mientras pensábamos un nombre para él, un rayo cruzó el cielo. Y, por más que me esforcé en encontrar esa escena en mi memoria, no estaba. Se había esfumado, como si no la hubiese vivido, como si nunca hubiese ocurrido o como si no la hubiese vivido yo. Y aquel día fue el primero de muchos con un extraño temor agazapado en la espalda, en las manos, en los ojos. Pero luego todo fue a peor.

Ella, con lágrimas en los ojos, dejó de leer por un instante. Lo había escrito ella, aquellas palabras eran suyas, pero ya ni siquiera recordaba que eso hubiese ocurrido. Era como si no le hubiese sucedido a ella, como si jamás hubiese sentido esa angustia. Y, sin embargo, tenía que haberle pasado. Tenía que haber pasado.

Pero el extraño suceso no se quedó en ello, no fue un simple episodio de amnesia que quedase atrás, que se perdiese en su propia esencia, quedando olvidado como todas las cosas que me hacían olvidar. No. Durante ese día traté de ignorar ese hecho, pero en el fondo de mi alma sabía que algo estaba mal. ¿Cómo se me iba a olvidar algo tan importante, algo tan curioso, tan señalado? No tenía sentido. Y lo más extraño era que, a pesar de que me lo hubiesen contado, a pesar de que llevase todo el día dándole vueltas, a pesar de que era lo único en que lograba ocupar mis pensamientos, no hallaba ese recuerdo. Y así me fui a dormir, nerviosa, angustiada, y con Diego a mi lado mirándome con el ceño fruncido y un gesto de incompreensión extraño, como si no pudiese explicarse qué me pasaba. Claro que no podía, él no había sentido cómo una parte





de su pasado, de su historia, desaparecía de repente. Yo aquel día tampoco lo veía desde esa perspectiva, pero no tardaría mucho en hacerlo. Y sabría que aquél era el principio del fin.

Los siguientes días no los describiré tan exhaustivamente. Simplemente diré que cada vez se me ha ido nublando más la mente. Primero fueron simples nombres, los de mis hermanos, los de mis amigas, los de mis padres, incluso titubeé una vez al nombrar a Diego, lo cual me hizo estremecer. Y luego empezaron a llegar los sucesos, los lugares. Ya no recuerdo mi casa de pequeña, ni cómo celebrábamos las Navidades. No recuerdo casi nada de mi estancia en el instituto, solo la graduación y a mi mejor amiga, una chica rubia cuyo nombre ya he dicho que no alcanzo a recordar. Pero el verdadero motivo que me ha hecho plasmar estas experiencias es que he olvidado cómo conocí a Diego.

En el instante en que me he dado cuenta de ello, en que me he preguntado cómo ocurrió y no me supe responder, las lágrimas salieron de entre mis pestañas como queriendo arrebatarme, además de los recuerdos, el color de las mejillas, o arrancarme a tiras la piel del rostro. Solo entonces, con mi marido acunándome entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su reconfortante cuello, he sido capaz de contarle lo que me llevaba ocurriendo estos días, lo que me angustiaba, lo que se agarraba a mi pecho como si quisiese arrancarme el corazón. Y entonces él, con voz dulce pero algo quebrada, entendiendo tan poco como yo de la situación, me narró nuestra historia. La historia de cómo nos conocimos el primer día de facultad, en Medicina, de cómo ambos estábamos igual de solos y perdidos allí, lejos de nuestro entorno habitual, de cómo nos empezamos a sentar juntos en las clases en que coincidíamos, de cómo ocurrieron los primeros besos, las primeras caricias, los primeros abrazos desesperados. Y cómo,





acabamos aquí, en esta casa de veraneo, planeando un primer hijo, una vida juntos como una familia.

Y no quiero olvidar todo esto, todo lo que me ha dicho, no quiero olvidar cómo sus dedos recorrían mi cuello mientras me lo contaba, no quiero olvidar sus ojos tibios, sus cabellos demasiado rubios, rizados, destellantes, no quiero olvidarlo a él, el hombre de mi vida, el amor de mi vida. Y, sin embargo, tengo el presentimiento de que lo voy a hacer, de que va a desaparecer de mi mente como todo lo demás, de que sea lo que sea aquello que me está pasando me lo va a arrebatarse, a Diego, a mi Diego, lo va a quitar de mi lado... Va a hacer que un día me despierte a su lado y no lo reconozca. Y ni siquiera podré llorar su pérdida, pues no sabré quién es.

Eso era mentira. Sí que pudo llorar su pérdida, pues en el mismo instante en que estaba leyendo esas palabras las lágrimas le ardían al caer sobre el pecho para luego resbalar y fundirse con la arena mojada. Claro que podía llorar por alguien que no conocía, pues el saber que una vez había sido capaz de escribir algo así por alguien y ya nunca más lo haría era como una daga en su corazón. Pensar que había amado y ya nunca lo volvería a hacer era lo más doloroso que le había pasado, más que la angustia y el miedo, más que esa despedida a la vida.

**15 de julio. 17:14.**

Escribo ahora que él está dormido para que no se preocupe, pero hoy le he dado un disgusto que no me perdonaré jamás. Hoy se me ha olvidado su nombre, y él me lo ha recordado con los ojos brillantes de lágrimas. Diego Suárez Legonés. Ese es su nombre. Diego Suárez Legonés. Diego Suárez Legonés.





Ahora lo tengo ante mí y me siento tremendamente impotente. No solo lo estoy perdiendo a él, también estoy perdiendo los últimos años de mi vida. Cada vez tengo menos cosas que recordar, ya no reconozco los rostros de mis sobrinos, ya no sé qué hicimos en las vacaciones de hace cinco años, ya no recuerdo mi trabajo. Soy traumatóloga y ya apenas sé lo que significa. ¿Cómo voy a seguir con mi vida tras esto? ¿Qué voy a hacer?

Empiezo a angustiarme de verdad. Y sé que tal vez no sea nada, tal vez se me pase en unos días y recupere mis recuerdos, o tal vez simplemente deje de perderlos, pero no es lo que parece a primera vista, y tengo miedo. Mucho miedo. Creo que me estoy perdiendo a mí misma. Ya en muchas ocasiones ni sé cómo comportarme. ¿Cómo voy a seguir siendo yo, María, si no recuerdo cómo he llegado a ser la mujer que está aquí, sentada en la cama junto al hombre que más ama en el mundo, temblando y escupiendo en un diario que la vida está huyendo de ella?

Cerró el diario un momento pues aunque ya no se reconociese en esa mujer, seguía siendo duro, muy duro, pues ella sabía que había sido así una vez, y deseaba volver a serlo. Tomó fuerzas de algún lugar escondido entre los pliegues de su alma y, sabiendo que ya le quedaba muy poco, solo una entrada, siguió leyendo.

### **17 de julio. 19:01**

Ayer no tuve tiempo para escribir, ya que Diego me llevó al médico, a urgencias, realmente preocupado. Me preguntaba cosas de personas cuyos nombres y descripciones ni me sonaban, me preguntaba por películas y series que se suponía que me encantaban, me leía poemas escritos por él, y con ninguna de esas cosas reaccionaba yo. Así que él, empezando a desesperarse, pidió ayuda de un neurólogo de aquella ciudad costera, pero en





mi cabeza no ocurría nada, y aquel señor regordete y viejo estaba tan perplejo como nosotros. Luego pasamos la noche abrazados, sin hablar, y a la mañana siguiente me di cuenta de que solo recordaba lo ocurrido desde que empezaron esas vacaciones de verano, desde que nos fuimos a esa casa de la playa un 10 de julio como cualquier otro. No le he dicho nada a Diego, ya ha sufrido bastante. Esto debo pasarlo yo sola.

Sé que lo voy a olvidar todo, pero ya no tengo miedo. Lo tengo asumido, y simplemente espero a que eso ocurra.

De pronto, ella parpadeó, sorprendida. Y algo le dijo que no podía dejar ese cuaderno así, sin poner un final a su historia, sin despedirse. Así que comenzó a escribir sus últimas líneas.

### **18 de julio. 01:25**

El fin ha llegado. Ya no me reconozco ni a mí misma. Ya no soy capaz de imaginar el rostro de Diego, ni me reconozco en ninguna de las letras de mi nombre. Solo sé que sigo siendo ella porque esta es mi letra y sé que estas son mis palabras. Y quería despedirme, y dar gracias al consuelo que el papel me ha dado. Al fin comprendo mi sueño, y no tengo miedo, porque ya no soy nadie, y no tengo nada que perder. El mar me llevará, pues una persona sin recuerdos es un cuerpo sin alma.

Así terminó la vida de Escarlata, caminando entre las olas, con el agua lamiendo sus piernas, acariciando sus caderas, besando su rostro. Y tras ella, mientras dejaba que su cuerpo fuera mecido por las olas, quedó flotando un cuaderno de pastas negras cuyas hojas, poco a poco, se deshicieron en el agua, al igual que hizo la vida de aquel cuerpo al que habían robado la esencia, el alma. ■





{ C U E N T O }  
{ 16-19 años }



# Infinito invierno

*Irene Beatriz Olalla Ramírez*

Torrox (Málaga)

PRIMER PREMIO.

CUENTO 16-19

**L**os copos de nieve se amontonaban sobre mi raído gorro, llegando a humedecerme la cabeza mientras se derretían al colarse poco a poco por los descosidos que desdichadamente lo decoraban.

El frío aire de los suburbios prusianos me helaba la pequeña zona de piel tersa que rodeaba mis ojos por encima de las cejas hasta perderse por los laterales del anguloso rostro, la única porción de piel que llevaba al aire mientras surcaba aquella tormenta.

El invierno estaba siendo extremadamente duro. Y cada día salir a la calle era como firmar una apuesta con la Muerte.

Miles de personas, vagabundos, transeúntes y gente de poco pan, morían sin remedio por las esquinas de mi Siberia, por las esquinas de cada ciudad.

A mis pies las gruesas capas de nieve se amontonaban con presteza en remolinos glaucos que se levantaban en espirales omnipresentes, ocupándolo todo e impidiendo ver más allá de sus entes incorpóreos.

Pero aun así era imposible pasar inadvertido aquel cuerpo tembloroso y encogido que se abrazaba acucillado en un recodo de la calle.

Corrí hacia él y lo cogí en brazos. El cuerpo rompió a sollozar. El frío lo tenía tan paralizado que no le salían las lágrimas.

–Ya, ya pequeña, te dije que volvería. Pronto estarás a salvo.





Porté a la niña en brazos hasta que perdió la conciencia, y así no se enteró de que llegamos a una pequeña chabola de madera escudada del frío por montones y montones más de ellas.

Empujé el grueso tablón de abeto que hacía de puerta y nos introduje rápidamente en el interior, seco, exceptuando alguna que otra gotera, y, aunque con huecos por los que entraba el frío invernal, bastante más cálido que el exterior.

Solté a la niña en una destartalada silla, saqué los gruesos paquetes de panceta y de grasa que había conseguido, y los deposité sobre la pequeña y vacía mesa.

Entonces un vocerío me trajo de nuevo a mi realidad.

–¿Nada más que has traído esta ridiculez? ¿Y qué es...? ¡Oh, Dios mío, Rissa!, ¿te has vuelto completamente loca? ¿Por qué no la has dejado en el hospital?

Miré a la mujer bajita, de constitución ancha y gordinflona pero tristemente enjuta, con las carnes pegadas y la piel flácida por la falta de alimentos. Aquella mujer que tenía los mismos ojos cristalinos que yo. Aquella mujer que, por algún crudo azar del destino, tuvo que ser mi madre.

La contemplé con percepción onírica mientras corría hacia la silla y acunaba entre sus brazos a la pobre personita que respiraba con dificultad.

–Estaba cerrado. No había ni cristo. Ni siquiera han dejado un cartel que explique por qué.

Entonces el llanto de un bebé reverberó en la estancia. Mi madre dejó a Tiana de nuevo en la silla y acudió hacia mí, con la desesperación pintada en el rostro.

Me agarró los hombros, y me clavó sus ojos de pupilas dilatadas con una fuerza inamovible.

–Rissa, solo estamos tú y yo. Tu padre no va a volver si no lo ha hecho en cinco meses. Pero aunque ya no podrá pegarnos cuando se emborrache, quieras que no, traía su dinero a casa.





Hija, yo ya no puedo más. La enfermedad de tu hermana me está consumiendo, la pérdida de Josh es como una espina clavada, y tus otros hermanos me atan a sí como imanes. Ya los oyes llorar. Y acabo de sentir el frío en su piel. Rissa, Tiana se muere, y no tengo ni la más pobre medicina que pueda bajarle la fiebre.

Sentí las lágrimas anegar mis párpados, y las noté resbalar por mis mejillas, en reflejo a las que veía contenerse en los ojos de espejo de mi madre.

Y entonces me separé de ella, me dirigí a la silla donde descansaba mi hermana y cogí su peso de pluma en volandas. Sin volver la vista atrás. Así desencajé la tabla de abeto y salí corriendo al exterior, olvidando explicarle mis intenciones, olvidando esperar aquella pregunta que nunca se produjo, y olvidando también el frío helador que me sacudió con furia.

La arrebujé en mi bufanda, colocándola de manera que el aire frígido no se le introdujera por ningún posible hueco. Mientras lo hacía la escuché toser, y aquello me dio el calor que necesitaba.

Corrí. Corrí a pesar de aumentar el riesgo de resbalar en cualquier esquina escarchada y partirme el espinazo.

Cada vez que el frío y el agotamiento parecían vencerme, miraba a mi hermana y recordaba aquellos ojos de mi madre, de aquella mujer ausente y vacía durante tantos años, que habían soportado la enfermedad de Tiana sin dar ni una muestra de abatimiento; que habían soportado los golpes y las discusiones con mi padre sin bajar nunca la mirada. Aquella mujer que había presenciado la huida de mi hermano Josh, antes que se lo llevaran los servicios sociales por delincuencia juvenil al asaltar varios supermercados para mantenernos vivos, sin más palabras que un “por lo menos, ha sido sensato”.

Porque si mi hermano hubiera permanecido con nosotros y los servicios sociales hubieran descubierto...No, descubierto no, porque todo el mundo sabía cómo era la vida en las chabolas.



Porque si los servicios sociales hubieran cerciorado oficialmente, con papeles de por medio, las condiciones en las que vivíamos, nos hubieran separado de mamá, y nos hubieran separado entre nosotros, y los gemelos eran demasiado pequeños para que aquello fuera bueno.

Y ver a mi madre, que había soportado todo ese tormento sin una queja, sin un sollozo, y que ahora apenas había podido contener las lágrimas, me había partido el alma en dos.

Siempre me había torturado con que, si Josh se hubiera quedado y nos hubieran llevado los servicios sociales, quizá Tiana hubiera tenido mejores cuidados.

Pero, en este mundo en el que todo lo mueve el dinero, en el que hasta cerraban las puertas de aquellas pocas consultas de urgencias para gente no pudiente, no sería de extrañar que, si se la hubieran llevado, quizá ahora estaría muerta.

Porque no estaría yo para cuidarla. Porque no habría nadie que se preocupara por ella como yo y mi madre.

El resto de mi familia no me preocupaba.

Nuestros espíritus se habían forjado en la nieve y estábamos hechos de hielo; no nos corromperíamos fácilmente. Por lo menos eso había demostrado Josh.

Él ya no corría riesgo alguno, aparte de los líos en los que podría meterse él solito. Pero acaba de cumplir la mayoría de edad, y desde que se fue vivía por su cuenta, y sin mandarnos noticia alguna.

Lo más seguro es que se haya seguido inmiscuyendo en la mafia, pero eso ya es asunto suyo.

Mi padre estaría muerto, o cayéndose a trozos por las esquinas de algún bar de putas, ebrio desde los talones hasta las puntas de las orejas. Y sinceramente, me alegraba de no volver a verlo nunca.

De hecho, ignoro como una mujer del temperamento de mi madre se dejó engatusar por un perdedor deprimente como él. Supongo que ella jamás imaginaría su vida en una de las chabolas de los suburbios. Pero el dinero es el dinero, y el juego y la bebida lo



consumen demasiado rápido. Y donde se nace, se pace. No es fácil salir de la miseria, y mucho menos si has crecido inmersa en ella.

Pero aunque ahora, en el frío y gélido invierno, todo pareciera extremo y sin solución, estaba segura de que con la primavera las cosas cambiarían. Yo encontraría trabajo, y así mi madre podría vigilar a mis hermanos. También estábamos seguras de que Josh cumpliría su promesa de seguir enviándonos dinero después del invierno, como nos dijo antes de marcharse.

Mis hermanos pequeños, los dos gemelos de cuatro años, tampoco ocupaban mis desvelos. Estaban sanos, y eso era más de lo que se podía pedir.

Pero Tiana, mi Tiana.

Se moría.

Tenía desnutrición aguda, o como quiera que aquellos medicuchos lo llamen. Y no es porque no le diéramos de comer. Más de una vez mi madre y yo nos hemos quedado sin hacerlo por ella, para que la poca comida que entraba en casa le fuera útil.

Pero no quiere comer, y lo poco que le entra por esa boquita apagada acaba saliendo igual de rápido. Lo vomita.

Su estado es tan crítico que hasta la hipotermia ha empezado a morarle los dedos de las manos.

Se gangrena, se deshilacha en jirones de un futuro que en otras condiciones pudo haber sido.

Y todo ello delante de mí, se pierde entre mis dedos mientras corro, mientras corro y no puedo hacer más nada. Porque su respiración se hunde, porque sus fuerzas se apagan.

Entonces llego a la alta puerta de hierro y cristal que cierra el paso al antiquísimo bloque del centro en el que vive el Doctor, el mismo doctor que trabaja algunas horas en las Urgencias del hospital para pobres, como lo apodamos en los suburbios.

La puerta de su casa, perfilada en las sombras al lado de la lujosa chapa dorada con su nombre completo y su oficio, se abre con reticencia, rindiéndose por fin a la hartada de golpes y gritos de urgencia que profeso mientras me deshago en la desesperación.



Porque la veo en mis brazos, tan menuda, tan fina y tan inerte, que habríanse visto cadáveres más vitales.

Un hombre alto y bien relleno, mayor, con barba espesa, se impone ante mí. No puedo evitar ver en sus ojos la desconfianza, la altiva mirada de desprecio que me profesa.

Sin ser muy consciente de lo que hago, le grito palabras incoherentes, pero que por su reacción, mientras coge a la niña de mis brazos y la introduce en su casa, parece entender mejor que yo.

Y el tiempo pasa, y le veo hacer. Tumba a Tiana en un sofá, y del maletín que ha traído comienza a sacar instrumentos de hospital, jeringuillas y pequeños botes de los que extrae las dosis para las múltiples inyecciones que le pincha en vena.

Y el tiempo pasa, y lo veo caer con cuentagotas sobre la vida de mi hermana. Respira con dificultad, mientras su pecho sube y baja con una diferencia apenas perceptible, hasta que su corazón se para, y el mío con él.

Porque el tiempo pasa y ella se muere.

Él se levanta y lo veo acercarse con estos ojos que ya no ven.

Y escucho que me dice algo así como que si la hubiera llevado a un hospital con más tiempo quizá se hubiera salvado pero, con estos oídos que ya no oyen, todo me parece tan etéreo que ni siquiera noto la furia y la rabia que me sacuden por dentro. Por ese interior que ya no palpita.

Porque de todas maneras, aquel señor no tenía nada que decirme. El “quizá” ya lo conocía yo. Si tuvieras dinero, todo habría sido distinto. Si tu padre no fuera un loco borracho, todo habría sido distinto. Si no vivieras en los suburbios, todo habría sido distinto. Si tu familia no estuviera abajo en la sociedad, todo habría sido distinto. Si hubierais nacido con estrella y en cualquier otro lugar, en cualquier otra situación, todo habría sido completamente distinto. Y lo más seguro, en cualquiera de todos esos casos, es que mi hermana aún siguiera viva.





Si los Estados y los “gordosyonopasohambrequelapasenotros” estuvieran aquí abajo, sumidos en la miseria, o por lo menos entendieran en su esencia lo que es esto, no podrían dormir por las noches tranquilos sin hacer nada, y todo habría sido distinto. Aquel hospital hubiera estado abierto, y mi hermana seguiría viva.

Y mi ser seguiría teniendo el mismo sentido que su vida. Que su sonrisa y que su vitalidad apagada por meras circunstancias.

Porque en definitiva no entiendo más realidad que su cuerpecito de diez años recién cumplidos allí, tendido en ese sofá extraño. Habiendo expirado en una casa ajena, separada de su familia, de una familia rota que no había podido darle lo necesario para que sus pulmones funcionaran, de una familia que la había asfixiado en una realidad que no debiera ser la suya. Una familia de la que yo formaba parte y que me hacía sentirme sucia por seguir viva y no haber hecho más para lograr que ella también lo estuviera. Me sentía sucia por no poder cambiarme por ella.

Porque la primavera parece lejana y perdida en mi horizonte, y sus cambios prometidos ya no me atañen en nada.

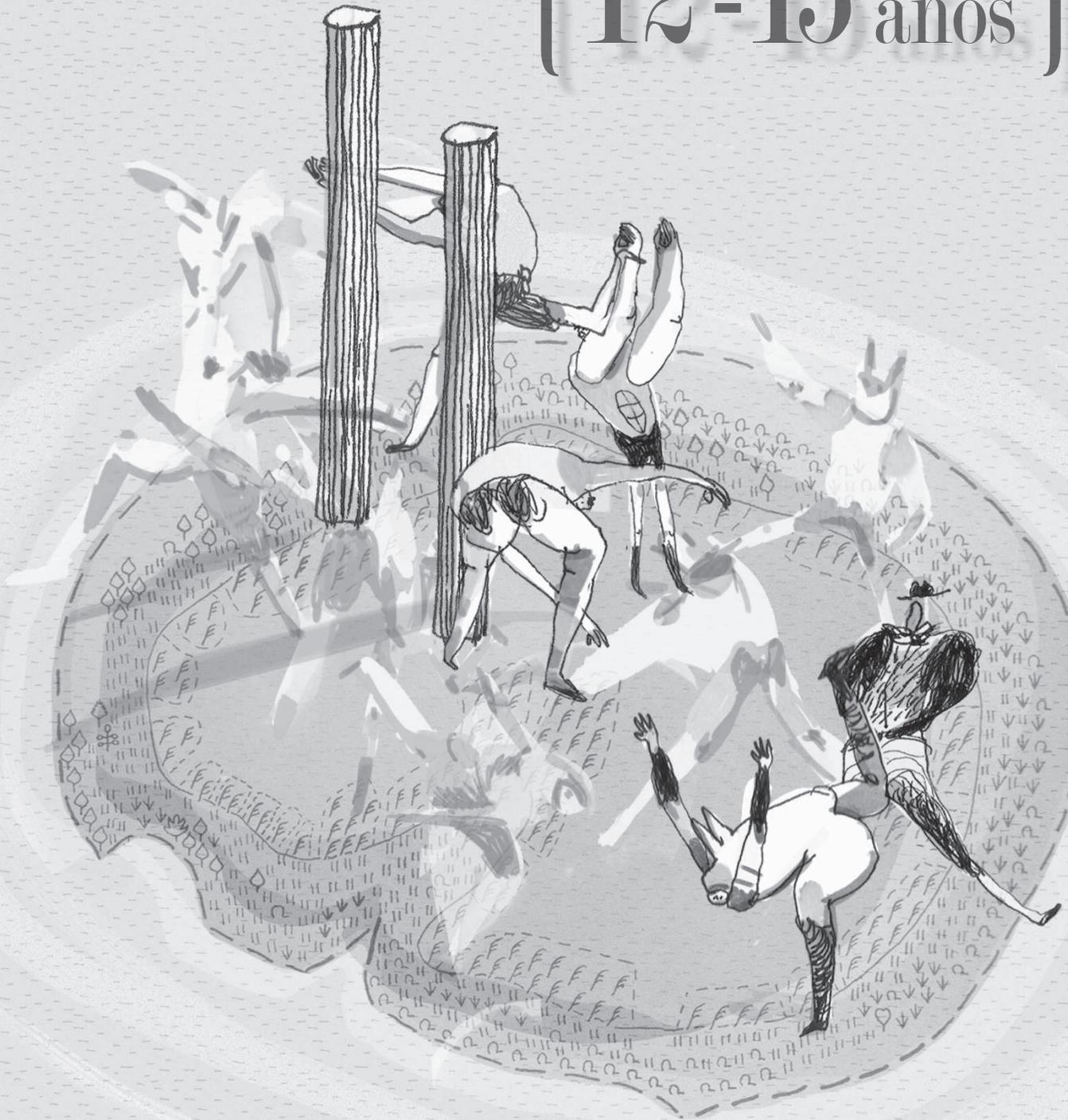
Entonces me viene un *déjà vu*. Un atisbo lejano de las únicas palabras sensatas que pronunció mi padre, no recuerdo ni imagino en qué circunstancia, pero que se quedaron grabadas a fuego en mi cabeza, aunque fueran su mayor hipocresía:

–Mientras permanezcáis juntos, sangre con sangre, el mundo tendrá un sentido.

Y así perdí por completo los remordimientos por no haber dejado que los servicios sociales cuidaran de Tiana al separarnos a todos. Porque allí Tiana también habría muerto. Y al estar sin nosotros, su mundo tampoco hubiera tenido sentido.

Al igual que ahora, ahora que la he perdido para siempre, sangre de mi sangre, mi mundo que tampoco es mundo, no lo tiene. ■

{ R E L A T O }  
{ 12-15 años }





# La Orden de Helhest

*Celia Fernández Laguna*

Huésca (Granada)

PRIMER PREMIO.

RELATO. 12-15

Catherine Adams dejó la pestaña de Internet minimizada con un leve movimiento de sus dedos sobre el panel receptor del portátil y atendió a la videollamada entrante en Skype.

“Ronald Bennett llamando”

Catherine estuvo a punto de seleccionar la opción de “ignorar”, pero al final le contestó con vídeo.

–¿Qué pasa, Ronald?

–Te he dicho mil veces que me llames señor Bennett.

“*Va a ser a su gusto*” pensó la muchacha, pero no dijo una palabra.

Observó a su antiguo profesor por la webcam. Seguía teniendo el pelo castaño y ondulado y los ojos color plata que habían hecho las delicias de todas sus compañeras y de la mayoría de profesoras el curso anterior. Su rostro en forma de corazón mostraba más preocupación que de costumbre y una fea cicatriz le recorría la cara desde el extremo de la ceja izquierda hasta la comisura de sus bien formados labios. Catherine sabía que había cumplido los treinta y dos, muy largos de talle, cuando lo conoció el año pasado. Sin embargo, o la webcam del portátil negro de Ronald estaba defectuosa o en ese momento aparentaba los treinta y ocho años que en realidad tenía.

–¿Qué ocurre? –preguntó de nuevo, más preocupada por la impresión que recibió al escrutar su rostro.

Al otro lado del país, Ronald se preguntó por enésima vez si habría sido una buena idea llamar a Catherine. Aunque había demostrado su valentía, su inteligencia y su mente fría sobradamente el curso anterior, no sabía si estaba preparada para lo que le iba a proponer.





De todas maneras, Catherine no parecía la misma. Sus ojos azules oscuros mostraban mucha más madurez de la que dejaban ver a final de curso, madurez que también estaba presente en su cara, ovalada, de rasgos suaves y cejas inquisitivas. Algunos mechones rebeldes de cabello castaño se escapaban de la larga trenza que recogía sus cabellos en la parte derecha de su rostro y caían desordenadamente en su tez clara, dándole un curioso aspecto, encantador pero desarreglado.

–Ronald –repitió Catherine, esta vez más preocupada de lo que solía estar por un profesor.

El dejó que sus bien formados labios repitieran su nombre dos ocasiones más antes de que él se decidiera a continuar.

–Tenemos que hablar.

–¡No me digas! –respondió Catherine, al parecer intentando mantener la calma.

–No sé si debo confiar en ti, Cat.

–Haga lo que quiera, señor Bennett –respondió la muchacha, con furia en sus ojos–. Haga lo que le dé la gana –continuó, esta vez en español.

–Catherine...

La muchacha giró su silla y cogió algo de la mesa. Ronald distinguió un disco imitación de vinilo y se resignó a lo que iba a suceder después.

Apenas unos segundos después, una música característica sonaba en la habitación.

La madre de Catherine era española y por tanto, ella hablaba igual el español y el inglés, pero no era la única característica que le otorgaba España.

Catherine amaba el rap español, y muy especialmente, al artista autor del disco que sonaba a todo volumen.

Ronald sabía de sobra que, por un lado, aquella música era la única que conseguía calmar a Catherine y que por otro, le estaba dejando bien claro que ambos tenían cosas más interesantes que hacer.



–Alguien más sabe el secreto del manuscrito. Alguien peligroso. Y ha intentado robarlo.

–Eso ya es más interesante –dijo la chica, y bajó el volumen del equipo de música– ¿Quién?

–No tengo ni la más remota idea –contestó Ronald.

–¿Fue él quien te hizo eso?

–No.

–¿Y entonces?

–No es de tu incumbencia, Catherine Adams.

–Entonces no esperes que te ayude –replicó, cruzándose de brazos.

–Con que esas tenemos, ¿eh? Yo intento protegerte y tú me lo pagas así.

–Tú no me puedes proteger, Ronald Bennett, y es una hipocresía por tu parte decirme que así es y no dejarme saber el motivo de esa cicatriz.

–¿Qué insinúas?

–He investigado –replicó ella–. Sé que me dijiste que no lo hiciera, pero no puedes pretender que me quede de brazos cruzados, y además sabiendo lo que ya sé.

–Entonces has cometido una temeridad innecesaria. Durante siglos se ha intentado conocer la autoría de ese manuscrito, y es imposible. Y tú lo sabes bien.

–Ronald, por favor.

–¿Qué?

–El manuscrito no es la única cosa por la que estaba interesada en investigar.

–¿A qué te refieres? –inquirió Bennett, aunque intuía la respuesta–.

–¿Qué hace un licenciado en Historia de Oxford en un instituto de Mortlake?

–Enseñar a unos jóvenes curiosos.

Ella alzó la ceja derecha.

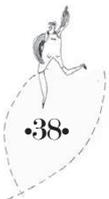
–¿No tenías nada mejor que hacer? ¿Por qué viniste?

Bennett se encogió de hombros.

–¿No lo sabes? Yo te lo diré entonces.

–Sorpréndeme.

–John Dee.





- ¿Qué?  
–Sabes tan bien cómo yo que es uno de los posibles autores del manuscrito.  
–Eso era antes de hacer la prueba del carbono–14.  
–Entonces, viniste porque te gustaba el barrio –escupió.  
–Podría ser un buen motivo –replicó él, sonriente–.  
–No sabe usted mentir, Ronald Bennett.  
–La biblioteca de John Dee se quemó, Catherine.  
–Lo sé.  
–Su casa desapareció.  
–Lo sé.  
–¿Entonces cómo intentas justificarlo?  
–Porque te conozco, Ronald. Crees que los lugares contienen retazos de almas. Restos de personalidad. Crees que estar en un lugar en el que vivió o estudió alguien...  
–¿Me dejará conocer su historia mejor?  
–Exacto.  
–Sigue sin haber un motivo. Un recuerdo no puede ayudar a desentrañar un misterio de tal calibre.  
–Pero sí las palabras de alguien que lo investigó.  
–Ahora sí que me estás intrigando.  
–Los diarios de John Dee están en el archivo del British Museum. Aquello le pilló desprevenido.  
–¿Piensas que me llevé los diarios del astrólogo de la reina a mi apartamento? –replicó, en tono burlón.  
–Desde luego que no los originales, pero sí una copia digital. El rostro del catedrático mostró entonces clara estupefacción.  
–No me gustaría tenerte como enemiga.  
–No lo descartes tan pronto. Y ahora deja de dar rodeos ¿Hay algo más que tengas que decir?  
–Hay un problema con la Orden.  
–¿La Orden? ¿Otra vez?  
La Orden de Helhest, del caballo de la muerte. Procedente de Dinamarca, era la culpable de que, a finales del curso anterior, hubieran tenido que desalojar el instituto. La culpable de la muerte



de los padres de Ronald y la culpable de que Catherine llevase durante un mes el brazo en cabestrillo y de que casi perdiera el ojo derecho.

Sus miembros vestían de negro y tenían un tatuaje con forma de herradura en el tobillo. Su función principal era evitar que se averiguara el secreto más grande y oscuro del Manuscrito Voynich, el manuscrito que Ronald investigaba, el que sus padres habían investigado, el misterioso libro ilustrado, escrito en un lenguaje desconocido, más de una vez tachado de un gran engaño.

Sin embargo, era más que obvio que el manuscrito no era ninguna farsa, porque no es concebible la idea de un loco aburrido que hubiera gastado su tiempo y su dinero (ya que según la prueba del carbono 14 databa de entre 1404 y 1438, y el papel y la tinta eran bastantes caros entonces) en elaborar una mentira de ese nivel.

Sin embargo, a lo largo de los siglos, una silenciosa Orden se ha ocupado de borrar del mapa a cualquiera que supiera más de la cuenta. Solo una vez, en toda la historia de los Helhest, se había capturado vivo a uno de sus miembros, ya que preferían morir a revelar cualquier dato.

Se contaba que un joven Helhest cayó en las redes de unos investigadores bastantes hábiles en el siglo XIX. El hombre, que apenas contaba con diecisiete años, solo dijo una cosa tras la intensa tortura: que jamás iban a conocer el oscuro secreto que guardaba el manuscrito.

En ese momento se creó la contraorden, un grupo de investigadores que intentaban pararles los pies a cualquier precio. Catherine conocía la historia de cabo a rabo, aunque se la tuvo que sonsacar a Ronald lentamente la última vez que lo vio.

–Han actuado de nuevo –dijo Ronald, sacando a la chica de sus pensamientos–. Cada vez se acercan más a su objetivo.

–¿Acabar con la contraorden?

–Y con todos sus colaboradores.

–¿Te refieres a...?

–A ti y a mí, sí.

–¡Solo tengo dieciséis años!



–Le causaste una gran afrenta a su jefe. Entrar será un beneficio para ti, Catherine –dijo, con calma, al ver que la muchacha parecía asustada–.

–¿Por qué? ¿Y por qué has dicho antes que no sabías si podías confiar en mí?

–Es una responsabilidad enorme, Cat. Protegerán a tu familia, pero no podrás volver a verlos. A cambio, podréis vivir en paz.

–Separados.

–Pero en paz.

–No puedes pedirme tal cosa, Ronald. No puedes.

–No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy recomendando como un amigo.

–¿Es así como te consideras? ¡Han pasado tres meses desde la última vez que me hablaste! ¿Tienes idea de lo preocupada que he estado?

–He tenido muchas cosas que hacer.

–¿Cómo cuáles?

–Como organizar muchas cosas para que puedas entrar de inmediato, junto a mí.

–¿Tú...vas a?

–No tengo otra opción, Catherine. Sin embargo, hay que mantener un periodo de prueba, incomunicado, para poder fingir de manera absoluta el requisito que hay que cumplir para formar parte de la contraorden.

–¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

–Desaparecer de la Tierra. Que se borren los recuerdos de la gente que te conoció. En otras palabras...

–Morir.

El asintió.

–No muere el que deja su cuerpo, sino el que desaparece de la memoria. Cat, además, tu...

Tragó saliva.

–Tu familia será asesinada si no desapareces pronto –murmuró Bennett.

–¿QUÉ?



–¿Pasa algo, Cathy? –preguntó su madre, desde el otro lado de la puerta.

–No, no te preocupes. Estoy hablando con una compañera del último examen.

Los dos esperaron un momento en silencio hasta que escucharon que los pasos de la mujer estaban lo bastante lejos.

Sin embargo, Catherine no hizo otra cosa que mirar a Ronald con gravedad. Ambos sabían de sobra que los Helhest eran capaces de hacer eso y mucho más.

–¿Cómo es posible que aún no me hayan encontrado?

–Quizás porque aquel día ibas disfrazada.

Catherine se ruborizó.

–Era un buen disfraz.

–¿Me tendré que esconder durante tanto tiempo como tú?

–No, podrás entrar de inmediato.

–¿Habrá que pelear?

–Claro que habrá que pelear. Y estudiar. Y aprender ciertas... conductas de comportamiento.

Ella enrojeció fuertemente de nuevo. Era inteligente y aplicada, aunque impulsiva y a veces malhablada.

–¿Y si no acepto?

–Tienes dos opciones: o morir junto a toda tu familia o unirme a los Helhest, después de un riguroso periodo de tortura, por supuesto.

–¿Nos encontrarán?

–Cat, yo no tendría que estar hablando contigo. Si lo estoy haciendo, es porque ya saben que vives en Mortlake. Si les das una semana más, conocerán el nombre de todos tus familiares y amigos. Si les das un mes, habrá un día en el que te dormirás y no despertarás.

–¿Tanto han tardado en localizar mi barrio?

–Durante más tiempo del necesario, pensaron que pertenecías a una compañía de teatro ambulante. Peinaron el país en busca de la chica pelirroja que le escupió a su jefe.

Ella sonrió.

–¿Aún guardas la peluca?

–Claro que la guardo. Le debo la vida.





–En el auditorio del instituto tendrá lugar la representación de la obra *El rey Arturo* interpretada por la compañía *Sueños Líquidos* con la colaboración especial de Catherine Adams como la reina Ginevra –dijo, con voz de locutor.

–Oh, cierra la boca.

–Cuidado con cabrear a la dulce reina, porque coge la espada de su marido y muestra su sangre real.

–Cállate.

–Ah, y sus modales desaparecen al ver a cualquiera que amenace más de la cuenta a su queridísimo profesor de Historia.

–¡Ronald!

–Del que está terriblemente enamorada.

–Eres feo.

–Me has partido el corazón, Catherine Adams.

–Teatrero.

–Insensible.

Ella le sacó la lengua.

–Maleducada, que eres una maleducada –dijo Bennett, aguantándose la risa.

Se quedaron un momento en silencio. Al poco tiempo, Catherine empezó a tararear la canción que sonaba en su equipo de música.

–Entonces, ¿qué decides?

–¿Qué pasaría si aceptase?

–Alguien de la contraorden iría a hablar con tus padres. Ya que vivís en Londres, simular un accidente no sería difícil. Ellos irían a otro lugar, con otra identidad y tú vendrías a la base de operaciones.

–Es inútil utilizar el condicional –sentenció la muchacha. Iré.

–Has madurado, Catherine.

–He crecido con las reglas que impone esta situación, Ronald.

–¿Eso no es madurar?

–Sabes de sobra que madurar implica no temer equivocarse y sabes también lo torpe que soy. Prefiero actuar con un margen de error.

–Eres más inteligente de lo que la gente cree.

–La gente cree que soy una empollona y me limito a estudiar. Para ellos no tengo valor.





- No volverás a pisar el instituto.
- Sabes que no supondrá un problema.
- No seas tan crítica. No te odian.
- Tampoco me quieren con locura, y lo sabes.
- Deberías hablar con tus padres.
- Ya lo había averiguado.

Bennett se permitió sonreír de nuevo. No fue una sonrisa optimista ni alegre, como las sonrisas que aparecen en las fiestas, cuando estás cómodo entre amigos o leyendo un buen libro. Fue una sonrisa amarga, triste, reflejo de la realidad que querían esconder sus palabras. Catherine iba a perder a sus padres, al igual que él los perdió años atrás.

En realidad, desde antes de llamar, sabía de sobra que Catherine tenía que elegir esa opción. De hecho, todo había estado perfectamente programado desde bastante tiempo antes, de manera que si la familia Adams se quisiera mudar al día siguiente de la visita del representante de la contraorden, podría hacerlo.

-Tu educación no se dejará de lado, por supuesto. Aprenderás los mismos contenidos que se estudian en tu instituto.

Ronald disfrutó unos segundos de la expresión de incredulidad de Catherine.

-También aprenderás a luchar con armas blancas y de fuego, ya que agitar un palo no suele vencer a los Helhest; no en la mayoría de los casos.

Agitar un palo era exactamente el método que había empleado Catherine el fin de curso anterior para quitarle a Bennett un Helhest especialmente insistente de encima.

-¿Y qué más se hace?

-Investigar, obviamente.

Catherine sonrió de aquella manera tan especial que le hacía parecerse más a un duende o a un elfo travieso que a una chica de dieciséis años.

-¿Qué te parece?

-Me parece que no va a ser tan malo, al fin y al cabo. Pero quizás mi madre acabe conmigo antes que los Helhest.

-Tu madre es una mujer muy comprensiva.





–Lo dice el que no la ha visto ni media hora durante la entrega de notas.

–Me causó buena impresión.

–Tú le causas una buenísima impresión a todo el mundo –replicó ella. No sabes la buena impresión que siguen teniendo todas las alumnas y profesoras casamenteras de ti. No hay día que no se pregunten el porqué de tu partida.

–Es usted una señorita muy chismosa.

–Para saber eso no hay que chismorrear. Basta con cerrar la boca y escuchar a los demás en los descansos. Todos suspirando por ti. Incluso la Fitzgerald.

–¿Fitzgerald? ¡Pero si es una vieja conserje insensible!

–Ah, pues deberías escucharla hablando con Sarah Lockhart. Ay, era un galán –dijo, imitando a la conserje–. Un magnífico partido. Y qué porte, qué hermosura. Qué ganas de vivir.

–Catherine...

–Ay, sí, era muy guapo –continuó, imitando a la profesora de música–. Y tan bueno con los niños, tan simpático el hombre, tan cumplido, tan buena persona... Me pregunto si estará casado...

–¡Señorita Adams!

–Hija, espero que no, pero si es así, su mujer debe de ser muy feliz... –siguió Catherine, consciente de que Ronald la miraba tan intensamente que parecía querer estrangularla.

–Tengo que dejarte, Cat.

–Oh... ¿Ya te has ofendido?

–No. Tengo cosas que hacer, en serio.

Ella alzó la ceja izquierda.

–Lo que tú digas.

–Está bien. Estoy muy enfadado contigo porque me juntas con las mujeres más imbéciles y feas del instituto.

–Seguro que Liza también habla bien de ti –dijo ella, con picardía.

–Eres una...una.... Catherine, eres increíble.

–Lo sé, soy terrible. Pero dime que no estás enfadado conmigo.

Él la miró durante unos instantes. La ondulada melena castaña, recogida en una trenza al lado derecho de la cabeza, contribuía a su expresión inocente.





–Eres mala.

–Jo.

–Sabes que Liza me gustaba.

–Ya.

–¿Y me dices eso?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque soy una mala, malísima... –dijo, canturreando–. Y además, Elizabeth Thompson es la única profesora con cerebro de todo el instituto. Y es buena persona. Y es muy guapa.

–Sí, es muy guapa –dijo él, pensando en voz alta.

Recordaba a la profesora de Matemáticas perfectamente. No era muy alta, ni muy delgada. A Ron no le gustaban las mujeres ni muy altas ni muy delgadas. Además, había mantenido la calma y desalojado el salón de actos cuando la situación se volvió crítica, no como el resto del profesorado, que estaba en su mayoría tan asustado como los alumnos. Y tenía unos preciosos ojos verdes y un largo y sedoso cabello moreno. Y sus labios, aquellos labios rojos que parecían pedir que los besaran...

–¡Oh, estás enamorado de ella! Y quieres abrazarla, y quieres besarla, y quieres darle amor –canturreó de nuevo Cat.

–¡Catherine! –exclamó el, sonrojándose intensamente–. Me gusta, eso es todo. No quiero abrazarla ni besarla ni... ni darle amor. Y además –continuó, en un tono más sombrío–, sabes de sobra que no la voy a volver a ver jamás.

–¿Quién lo dice?

–Formo parte de la contraorden. No tenemos familia. Somos unos excluidos de la sociedad y no nos podemos integrar en ella. Y no voy a poner en peligro a Elizabeth por un simple capricho. Aunque sabes de sobra que daría lo que fuera por volver a verla, aunque fuese en una foto.

–¿Lo has sacado de algún libro? –dijo ella, sobrecogida–.

–Me ha venido la inspiración.

–¿Me perdonas?

–¿Qué quieres que te perdone?

–No empieces.



–Sí, te perdono. Ahora deja que me vaya, por favor. Por favor  
–dijo, esta vez en español–. Por favor, por favor.

Catherine se empezó a reír.

–¿Qué?

–Es que lo dices mal. Tan...inglés. Es por favor.

–¿Cómo?

–Por favor –repitió ella, exagerando las erres.

–Porrrrrr favorrrr.

–Ahora pareces ruso. Anda, déjalo.

–Es un idioma extraño. Parece que estáis enfadados todo el rato.

–Es un idioma altamente expresivo.

–Dais miedo.

Ella le sacó la lengua por toda respuesta.

–¿No tenías que irte?

–Pues sí.

–Lo digo porque ya son las ocho y mi madre me llama para cenar...

–¿Se lo dirás ahora?

–Cuanto antes, mejor.

–En eso tienes razón. Quizás mañana después del instituto ya tengáis allí al representante.

–Eso sí que sería difícil de explicar. Adiós, Ronald.

–Adiós, Catherine.

Ella suspiró al ver la duración de la llamada y apagó el reproductor de música. Iba a tardar bastante en explicárselo todo a sus padres.

Salió de su dormitorio y entró en la cocina, donde ya le esperaban sus progenitores.

–Papá, mamá. Tenemos que hablar.

–Eso suena a pareja con crisis, querida –dijo Walter Adams, un hombre alto y musculoso, de pelo rubio pajizo y ojos azules, gerente del British Museum–.

–¿No te habrás quedado embarazada? –bromeó su madre, más baja y de ojos y pelo castaños.

–¡Mamá!

–¿Qué? ¿No es normal en los jóvenes de ahora?

–Por el amor del cielo, Lucía. Déjale hablar.





Catherine los miró durante unos segundos: a la una tan abierta y expresiva y al otro, recatado pero bromista, y se quedó pensando en la mezcla tan rara que habían conseguido hacer, una niña cuya altura oscilaba entre sus dos progenitores, con los ojos de uno y el pelo de la otra y un carácter que no se sabía muy bien de dónde procedía.

–Es sobre el día de fin de curso del año pasado –dijo, sentándose entre las dos– ¿Lo recordáis?

–¿Cómo no lo vamos a recordar? ¡Nuestra pequeña Catherine, actuando con una compañía de teatro!

–Se refiere al atentado, Lucía.

–Ah, sí eso. Una pena que no te dejaran terminar.

–Terminé, mamá.

–Y luego cogiste una espada y te pusiste a pelear contra los terroristas –dijo Walter.

–Rasgando el vestido y rompiéndote un brazo –puntualizó su madre.

–Una temeridad innecesaria, porque la policía llegó cinco minutos después.

–Ya lo sé, me tuve que quedar en el escenario como una princesita.

–Exacto –dijeron los dos a la vez.

–Esos terroristas no eran usuales.

–Ya lo creo. La policía no encontró a ningún miembro de la banda. Un verdadero desastre –comentó su padre.

–Sabéis cuál era su objetivo.

–No, no sabemos cuál era su objetivo, sino que conocemos tu estúpida teoría.

–¡No es estúpida!

–Si el objetivo real de ese hombre hubiera sido dañar de alguna manera a tu profesor, no hubiera desistido tan rápidamente –dijo su padre. Sin embargo, actuaste con rapidez. Yo no me di cuenta de la amenaza hasta que se produjo y estaba al lado. Tú en cambio, estabas al otro lado del teatro.

–Sí, tú encima felicítala.

Catherine respiró hondo. Aquello iba a ser muy difícil de explicar. A la mañana siguiente, Cat apagó el despertador medio dormida.



La tertulia había durado hasta altas horas de la noche. Al parecer a sus padres no les cabía en la cabeza lo peligrosa que podía ser la Orden de Helhest.

Desayunó a toda prisa, se vistió y preparó su mochila todo lo rápido que pudo. Tras un segundo de duda, la cámara digital acabó dentro junto con sus libros y material escolar.

A la velocidad del rayo, se despidió de su padre y de su madre y bajó a la calle justo a tiempo para coger el autobús.

La mañana era fría, pero no llovía, aunque unos nubarrones amenazantes se acumulaban en el cielo de Londres.

Diez minutos después, su instituto esperaba, amenazante. Era un edificio enorme pero humilde, que daba la impresión de ser una cárcel más que la mayoría de lugares dedicados a la enseñanza.

Sin embargo, Catherine entró sin miedo. Aquel día sería la última vez que cruzase esas puertas en dirección a su clase y no le apenaba.

No pudo evitar mirar con superioridad a todos los alumnos que alguna vez se habían reído de ella o la habían mirado mal.

*“Pobres diablos”. “Os quedaréis aquí, aburridos y yo aprenderé cosas interesantes”.*

Sin embargo, un sentimiento de melancolía afloró en su corazón. Aquellos muros la habían visto crecer, llorar, reír, afrontar sus miedos y aprender a ser una persona, porque la educación no tiene otra función realmente. No podía evitar sentir cariño hacia cada una de las clases en las que había estado, hacia la mayoría de sus profesores, incluso hacia la Fitzgerald, que en ese momento la miraba con cara de muy pocos amigos.

–¡Buenos días, señorita Fitzgerald! –exclamó, ante la sorpresa de todos sus compañeros.

Acto seguido, se sentó en un banco a esperar que sonase la campana, canturreando una de las canciones del disco que había escuchado la tarde anterior.

Cuando volvió a su casa eran poco más de las cuatro, y ella había cumplido todos sus objetivos de ese último día de instituto.

Más que satisfecha, se sentó frente a su portátil y revisó todas las redes sociales y el correo, porque sabía que no iba a poder utilizarlas de nuevo.



Había recibido un mensaje de Ronald. Decía que el representante iría a su casa a las cinco, y que había surgido un imprevisto, pero que no se preocupara. Había añadido una posdata: Pórtate adecuadamente o te mato.

Ella sonrió, pero estaba intrigada. Bennett no solía amenazar de muerte a no ser que se tratara de algo muy importante o muy delicado o las dos cosas.

Eran las cuatro y media. Si el representante llegaba a las cinco, debía de avisar a sus padres sin tardanza.

Pensando en lo oportuna que había sido la visita, ya que el viernes era el único día en el que tanto su madre como su padre no trabajaban a la vez, les dijo que el hombre que debía hablar con ellos del asunto del atentado llegaría a las cinco.

Los dos asintieron, pero no dijeron una palabra.

Catherine suspiró. Sus padres la tomaban por loca desde la noche anterior. Cuando el representante llamase al telefonillo, seguro que primero pensarían que era un vendedor ambulante y luego, que era un bromista.

Pero el representante no llamó a la puerta de la calle, sino que apareció en la puerta del piso y llamó fuertemente con los nudillos.

Catherine acudió a abrir ignorando las miradas de sus padres.

Era un hombre de color, alto y fornido. Su pelo moreno estaba recogido en un elaborado peinado de rastas y llevaba un traje de raya diplomática.

–Soy el representante de la contraorden, Charles Jackson –dijo con una voz grave, que infundía respeto.

–Pase al salón, por favor –dijo Cathy, más respetuosa de lo que solía ser.

Jackson la miró de arriba abajo con sus brillantes ojos negros. Ella se sintió incómoda, como si estuviera pasando una inspección que sabía que no iba a superar.

–Eres Catherine Adams –dijo. No era una pregunta.

–Sí, señor. Esta es Lucía Gómez, mi madre, y Walter Adams, mi padre.

–Encantado –dijo, con un deje de vehemencia–. Siéntese, señorita.



A la chica le parecía ridículo que le invitasen a sentarse en su propia casa, pero se apresuró a ocupar el lugar del medio del sofá, entre su padre y su madre.

–¿Y bien? ¿Qué es esa cosa tan importante que tenía que decirnos?

–Como espero que Catherine les haya explicado, el atentado de fin de curso en su instituto no fue provocado por una banda callejera normal. Fue un grupo de terroristas organizado que se hacen llamar la Orden de Helhest.

–¿Quién es ese Helhest?

A Catherine le pareció increíble que su madre le preguntase eso al representante cuando ella le había mencionado el nombre completo de la Orden en repetidas ocasiones la noche anterior.

–Helhest es un caballo de la mitología nórdica –explicó Jackson, clavándole la mirada a Catherine en una clara regañina silenciosa–. El caballo de la muerte. La Orden viene de Dinamarca.

–¿Y cuál es el objetivo de esa Orden, si cabe preguntar?

–Impedir que las personas que investigan el manuscrito Voynich y averiguan su autor y su oscuro secreto sigan vivas lo suficiente como para revelárselo al resto del mundo.

–Entonces Ronald Bennett conoce ese secreto –saltó su madre.

Catherine estuvo a punto de exclamar un par de cosas malsonantes.

–No, Bennett no lo adivinó, aunque estuvo a punto. En cambio, sus padres si llegaron a la solución.

–¿Y qué es de ellos?

–Los asesinaron veinticuatro horas después. A ellos y a todos los que sabían el secreto.

–¿Y su trabajo? Otra persona lo podría interpretar, ¿no?

–Fue quemado, señor Adams.

–¿Y en qué nos concierne todo este asunto?

–Su hija defendió al hijo de los Bennett de la Orden, que quería asesinarlo. Es más, le escupió en la cara a su jefe.

–¿Es cierto, Catherine?

–Estabais allí.

–Pero no nos percatamos del...del...escupitajo.

–Em...fue para tener más tiempo.





–Fue luchar sucio –interrumpió Jackson–. Por eso, y por otras cosas menos relevantes, queremos que su hija entre en la contraorden.

–Ah, pero lo importante es el que sea una maleducada.

–Lo importante es que su hija mantuvo la mente fría en los momentos del ataque y que supo reaccionar perfectamente cuando se vio en apuros. Necesitamos gente así.

–¿Y cuál es el precio que hemos de pagar? Catherine nos dijo que jamás volveríamos a verla.

–Entonces les dijo la verdad.

Un silencio incómodo se extendió en la habitación, pero Jackson no tardó en romperlo.

–Sin embargo, no tienen otra opción. Si mal no recuerdo, Bennett te dijo que los Helhest no tardarían más de una semana en encontraros.

Ella asintió.

–Ayer a última hora recibimos un mensaje de nuestro infiltrado. Se intentaron colar en los archivos de tu instituto, pero la alarma sonó a tiempo. Esta noche no fallarán. Se tienen que marchar ahora mismo.

–¡Ahora! Pero...pero...No hemos hecho las maletas ni...

–Todo lo que necesiten les será suministrado en su destino. Cojan lo justo para el viaje y sus pertenencias más significativas.

–Tenemos un trabajo...no podemos...

–Está todo arreglado. Esta noche salen en un viaje de vacaciones a los Estados Unidos, pero su avión se estrellará en el camino.

–¿Van a estrellar un avión para recolocarnos? ¿Para fingir nuestra muerte?

–Por supuesto que no, pero tenemos infiltrados en los medios, en el transporte, en todo. Y los Helhest no lo saben.

–Entonces lo que harán, será...

–Una gigantesca pero bien elaborada mentira.

–Pero...

–No hay peros que valgan, señora. Hagan las maletas.

–No se lo tragarán. Un viaje de un día para otro...Y a los Estados Unidos, nada menos.



–¿De verdad cree que esto está hecho de un día para otro? No, amigo. Esto lleva tomando forma desde hace meses. Preguntarles a ustedes ha sido una mera formalidad.

–¿Y si no aceptamos?

–Tienen que aceptar.

–¿Por qué?

–Porque no hay otra opción.

–Siempre hay otra opción.

–La otra opción es morir, mamá.

–Todo esto...todo este lío...lo has formado tú. Tú, tu impulsividad y tu incapacidad para comportarte.

–Pero consiguió el tiempo necesario para que los Helhest se enfadaran, fueran a por ella y no pusieran la bomba que hubiera hecho explotar el instituto y la mitad de Mortlake.

Los tres se quedaron helados.

–¿Qué?

–¿De verdad creen que los Helhest dejan testigos de sus actos? No, señores. Hubieran acabado con Ronald y después con todos los que vieron su asesinato.

–¿Qué clase de locos sin escrúpulos harían eso?

–Los miembros de los Helhest. Creo que ya había quedado claro lo que podían hacer.

–¿Por qué se fueron cuando llegó la policía?

–Porque no quieren destacar. Sus trabajos son rápidos y silenciosos.

–¿Colocar una bomba es silencioso?

–Me refiero a que nadie sabe que lo hacen ellos, señor Adams. Simplemente desaparecen.

–¿Cómo?

–Nadie lo sabe. Pero lo importante es que lo hacen, y lo hacen bien. El silencio se instauró de nuevo.

–No es fácil abandonar una vida, pero nosotros le daremos una nueva.

–¿Y Catherine?

–Abrirán el archivo y reconocerán su cara. Lo mejor que puede hacer es unirse a nosotros.

–¿Y lo peor?





–Unirse a los Helhest.

–Me pregunto por qué los malos son siempre los que ganan – musitó Lucía.

–Porque la maldad es fácil de hacer. Es fácil que el blanco se convierta en negro, pero es casi imposible que el negro se haga blanco. Puede parecer que no tiene nada que ver, pero es un modelo que en realidad se corresponde a la perfección. La maldad reside en cada uno de nosotros, y la bondad también. Solo importa cuál de las dos elijamos potenciar, y, hablando claro, es más sencillo ser malo.

–¿De dónde sacan los fondos para todo esto? La ropa que necesitamos, la nueva casa, incluso es evidente que tendremos que utilizar otra cuenta bancaria...

–Eso es un secreto que no se puede decir a la ligera, señor Adams. Hagan las maletas. Irán por separado.

–¿Por...separado?

–Sí.

–¿Eso significa que no nos volveremos a ver?

–Sí.

–¿Pretende que nos despedamos de nuestra hija para siempre?

–Es lo que se entiende por no volver a ver.

–¿Por qué no han avisado antes?

–Porque se hubieran puesto ustedes nerviosos. Incrédulos. Finalmente habrían recurrido a la policía. Y en ese momento, los Helhest hubieran averiguado nuestro plan y ahora estarían muertos.

La familia no dijo nada más. Cathy fue directa a su cuarto, y eligió lo que iba a meter en la maleta, pues tenía que aparentar que la había preparado para una semana. Cogió poca ropa. El ordenador, el móvil, la cámara, una par de libros que significaban algo más que letras para ella. Y por supuesto, Reset, el disco que tanto amaba.

Tristemente, le echó un último vistazo a su habitación.

Reset. Eso es lo que tenía que hacer ella. Empezar de nuevo.

–Cathy –dijo su madre, sobresaltándola–. Quiero que tengas esto. Un colgante de oro con una pequeña imagen pendía de su mano derecha.



–¿El colgante de la abuela? ¿No se suponía que me lo ibas a dar cuando me casara?

–Se suponía, pero no creo que vaya a ver como te casas.

–Mamá...esto...todo es culpa mía...

–Me parece un cambio justo.

–Mamá...

–Me parece un cambio justo la ruptura de una familia por la vida de cientos de personas. Además, siempre quisiste aprender de manera diferente.

–Nunca será lo mismo. Voy a echar de menos a todo el mundo. A ti y a papá y a mis amigos y a Liza y al resto de profesores, incluso a la Fitzgerald.

–No es la Fitzgerald –le regañó, a la vez que le ponía el colgante alrededor del cuello–. Es la señorita Fitzgerald, cariño.

Catherine pensó en aquel momento en lo mucho que iba a echar de menos las correcciones de su madre, sus vestidos estrafalarios, sus vaqueros de adolescente, la manía de ver telenovelas de los años ochenta en cintas de vídeo y los días en los que no cocinaba ella, sino su padre, que siempre quemaba la comida, pero al que siempre le decían que le había salido bien, y las largas visitas al British Museum cuando ella era pequeña y ambos trabajaban, y los picnics en Hyde Park y las noches de película en las que acababan los tres dormidos en el sofá, en resumen, todas aquellas cosas que parecían insignificantes, pero que en realidad encerraban tanto amor que es difícil de expresar, un sentimiento de complicidad y cariño que siempre iba a quedar en sus corazones, aunque vivieran lejos y no se pudieran ver durante el resto de sus vidas.

–¿Ya están sentimentales las señoras? –dijo su padre, que acababa de llegar.

–Walter... –empezó Lucía, pero al parecer no tuvo fuerzas para continuar.

–Papá, eres un...un...Eres especial, ¿lo sabías? –murmuró Catherine, y terminó por echarse a llorar–. Eres muy especial.

Los tres se abrazaron, quizás durante más tiempo del que dura un abrazo corriente, pero sí queriendo demostrar más amor que en cualquier abrazo que hubieran dado jamás.





–Cat –dijo Walter, después de estar así un buen rato.

–¿Qué?

–¿Te acuerdas de esa vez, cuando tenías siete años, que ibas corriendo por el almacén y tiraste una caja?

–Sí.

–¿Te acuerdas que la recogí en seguida y que te dije que no había ocurrido nada?

–Sí.

–Te mentí.

–¿Qué? –dijo ella, mirándole a los ojos– ¿Por qué?

–Un objeto salió de la caja, y rodó hasta quedar exactamente en tus pies. Y me lo guardé.

–¿Eso es robo de patrimonio!

–Lucía, sabes que la mayoría de objetos que contienen esas cajas jamás se exponen. Y –continuó, sacando un pequeño objeto del bolsillo del pantalón– no sé por qué, pero este escarabajo y tú parecíais predestinados.

Era una bella figura de lapislázu, no más grande que una moneda de cinco peniques, pero ricamente tallada. Catherine la reconoció al instante:

–¡El escarabajo de Horus!

–Sí, es una representación del escarabajo de Horus. Sigue siendo una baratija de poco valor, pero no pensarías que iba a dejar que tu madre te regalase ese colgante y que yo no te iba a dar nada.

–Oh, papá...

Jackson carraspeó.

–Es hora de que partamos.

Los cuatro bajaron en silencio hasta llegar al aparcamiento del edificio. Allí les esperaban dos coches. Uno era un turismo, familiar, el tipo de coche que podrían usar los Adams y el otro, un Range Rover último modelo. Ambos eran negros y de cristales tintados.

–Bueno... –dijo Catherine– A...Adiós.

–Nunca digas adiós –replicó su padre.

–Porque adiós significa ir lejos e ir lejos significa olvidar –completó su madre.



A Catherine se le llenaron otra vez los ojos de lágrimas. Llevaba ese libro en la maleta.

–Prométeme que te cuidarás mucho –sollozó su madre.

–Lo haré.

–Prométeme que matarás a muchos malos.

–¡Papá! ¿Quieres que me convierta en una asesina en serie o qué?

–Si eso implica acabar con la Orden y volver a nuestro lado, sí.

Catherine lo miró, sorprendida. A ella no se le había pasado por la cabeza aquella posibilidad.

Aunque en aquellos momentos era la contraorden la que estaba peligrando, parecía una solución muy buena. Era una locura. Era el plan más tonto y arriesgado que había escuchado en su vida, pero si funcionaba, podría regresar a su vida normal.

–Me cargaré a todos los que pueda –afirmó, con una sonrisa pícaro, la misma que le había dedicado a Ronald.

Parecía tan lejana... Catherine no recordaba la mayoría de los detalles de la conversación, y eso que había tomado lugar el día anterior. Tenía la impresión de que su vida había tomado un giro irreversible desde entonces, aunque sabía que en realidad lo había desencadenado todo aquel día de fin de curso tan especial. Aquel día en el que despertó, muy ilusionada, porque había ganado (¡entre todo el instituto!) el concurso de interpretación de *Sueños Líquidos*, ya que necesitaban un miembro más para representar *El Rey Arturo*. Aquel día que su mochila no iba llena de libros, sino con un precioso vestido azul que con mucha paciencia había cosido su madre y una peluca, una peluca pelirroja y rizada, para representar el papel de la reina Ginevra. Recordaba las caras de envidia de todos sus compañeros y la sonrisa de Bennett, que no paraba de reírse junto a Liza cuando la chica salió, ya vestida, del cuarto de baño, y casi se mata andando por el pasillo.

El día en el que, después de representar la obra, había notado que hombres vestidos de negro se colaban en el teatro y que rodeaban a Ronald, aunque nadie parecía verlos. Ese día en el que había saltado del escenario con la espada falsa del actor que hacía de Arturo y casi la había partido luchando contra los Helhest. Sí, aquel día había sido el culpable de todo el asunto y no se arrepentía en absoluto de sus acciones.





–Esa es mi niña –dijo Walter, abrazándola–. Hasta pronto, Catherine.

–Hasta pronto, papá.

–Hasta pronto, Cathy.

–Hasta pronto, mamá.

Catherine observó en silencio como entraban en el coche de la derecha y le decían adiós con la mano y no pudo evitar que se le saltasen las lágrimas de nuevo.

–Vamos, Catherine –dijo Jackson, al parecer con la mayor amabilidad que podía–. Tenemos prisa.

El representante se ofreció a colocar la maleta de Cathy en el maletero del enorme Range Rover. La chica montó en la parte trasera con pesadumbre, pero también con esperanza. Sabía que podría haber sido peor, mucho peor.

Jackson se montó a su lado y le indicó al hombre que estaba al volante que condujera.

Catherine se limitó a mirar por la ventana durante todo el viaje. Miró los edificios de Londres y los monumentos que iban pasando y se fijaba en cada restaurante en el que había comido alguna vez.

Pero pronto resultó doloroso, demasiado doloroso y se limitó a mirar el pequeño escarabajo de lapislázuli. ¿A quién pertenecería? Era evidentemente un amuleto de protección, como los que se seguían vendiendo en Covent Garden o en Portobello en esos días. Catherine conocía muy bien la historia de los amuletos con forma de escarabajo: una pelea entre Seth, el dios egipcio del mal, y Horus, el hijo de Osiris, el dios de los muertos. No acabó bien para Seth: Horus consiguió encerrarlo, y dejó a su escarabajo junto a él para que no pudiera escapar. De esa manera, el escarabajo se convirtió en un símbolo de protección.

A Catherine le apasionaba la historia y la literatura, aunque también le gustaban las artes y las ciencias. Sin embargo, el modelo de enseñanza que se impartía no le gustaba: necesitaban menos teoría y más práctica, y no que fueran equitativas y que por la tarde se tuviera que quedar otra hora u hora y media terminando los ejercicios.

Sin embargo, parecía que en la sede de la contraorden aprendería cómo siempre había querido. Aunque de todas maneras le ponía un poco nerviosa el tema de la lucha, ya que nunca en su vida había empuñado una pistola y sus conocimientos de esgrima se limitaban, como bien había dicho el señor Ronald Bennett, a agitar un palo sin ton ni son.

*“Todo se aprenderá”, se dijo.*

Y era una buena manera de pensar, ya que era más que obvio que la mayoría de personas llegaban a la sede de la contraorden sin formación previa en las armas. En realidad, a Catherine le hacía bastante ilusión aprender a pelear y a defenderse de manera óptima, y no con la pantomima que montó en el salón de actos de su instituto el junio pasado, cuyos resultados fueron que:

1. No mataran a Bennett. Bueno.
2. Bennett acabase en el hospital, aunque vivo. No tan bueno.
3. Ella acabase con el brazo roto y casi tuerta. Malo.
4. Se rompiera el vestido que hizo su madre. Consecuencias fatídicas.

Considerando que solo hubo un resultado completamente bueno, Cathy intuía que, básicamente, no sabía pelear.

Aun así, quedó como una heroína ante sus compañeros y mayoría de profesores. A la que peor le sentó su heroica actuación fue a la señorita Fitzgerald, encargada de limpiar el teatro después del estropicio que formó la chica. Claro que ver a su queridísimo Ronald en camilla le enterneció el corazón, pero seguía muy enfadada. En el nuevo curso, los profesores no mandaban a Cathy a pedirle nada, porque no era precisamente un secreto que no le iba a dar ni un folio.

De todas maneras, Cathy no iba a arrepentirse de lo que pasó. Bueno, se arrepentía bastante de haber roto el vestido, pero esa era la única cuestión que le causaba cargo de conciencia.

–Actuaste bien, Catherine –dijo el señor Jackson, al parecer adivinando lo que la chica pensaba–. Los miembros de la contraorden no recibimos ningún aviso de que se podía cometer un posible atentado: se hizo todo con la máxima discreción por parte de los Helhest. Si hubiéramos sabido algo, hubiéramos mandado



un equipo preventivo, sabiendo que Ronald Bennett estaba allí y conociendo la identidad de sus padres.

–En el teatro...los Helhest se movían como si no destacaran. Estaban todos mirando el teatro y nadie se dio cuenta de que había intrusos, excepto...

–Excepto tú, lo que significa que no estabas del todo concentrada en la obra.

Ella se ruborizó.

–No te lo reprocho, Catherine. Era la primera vez que actuabas con una compañía de verdad.

–Era la primera vez que actuaba, directamente. Hay chicos de mi instituto que van a clases de interpretación, pero no pasaron la prueba.

–¿Y tú sí?

–Parecí gustarles. Decían que podía aparentar lo que quisiera: estar triste, enfadada, melancólica, eufórica, de todo, sin que mi estado de ánimo variase y que esa es una cualidad muy importante para el teatro.

El asintió.

–Podrías ser una infiltrada, si dices que puedes mentir bien.

–¿Infiltrada?

–En los Helhest.

–No me gustaría.

–Desde luego que tendrías que ser mayor, y fingir una afrenta lo suficientemente grande como para cambiarte de bando.

–O ser lo suficientemente buena para que si salgo de la contraorden sean ellos los que me lo propongan.

–Me gusta tu manera de pensar, Catherine Adams. Sin embargo, recordemos que le escupiste en la cara al jefe de la Orden; a Víbora Negra, nada menos. Esa clase de injuria no se olvida así como así.

–No sé cómo se me pudo ocurrir tal cosa.

–Como ya le he explicado a tu madre, reaccionaste bien ante un momento crítico. Sí, se consideraría como jugar sucio, pero todos jugamos sucio. Sí, jugamos sucio –repitió, ante la expresión de incredulidad de la muchacha–. No existe el blanco impoluto, recuérdalo. Ellos nos ganan ventaja con esos métodos y nosotros no



nos podemos permitir ser nobles y valerosos, seguir un modelo de conducta. Al fin y al cabo, los miembros de ambas organizaciones estamos cortados por el mismo patrón. Tenemos métodos rastreros y trampas ruines, somos seres mezquinos que defienden diferentes verdades. La curiosidad formó la contraorden. Y la Orden fue formada por aquellos que sabían que debían esconder un terrible secreto.

–¿Está diciendo que nosotros somos los malos?

–No existen ni los buenos ni los malos, solo infinitos tonos de gris. Sin embargo, algunas fuentes apuntan a que el secreto del manuscrito podría ser de bien común.

–Ronald...el señor Bennett me dijo que habían intentado robar el manuscrito.

–No te mintió.

–¿Quién?

–No tenemos ni idea –dijo con una amarga sonrisa–. Y, por lo que sabemos, tiene desquiciadas a las dos organizaciones.

–Entonces... ¿hay alguien más?

–Siempre hay alguien más, Catherine.

–¿Quién?

–Dímelo tú.

Ella se quedó pensativa un momento.

–Alguien que crea que el manuscrito real le puede dar más pistas que las copias digitales, alguien que crea que tiene derecho a robar el manuscrito o alguien que lo quiera solo para él.

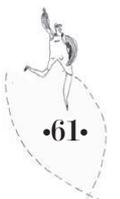
–¿Derecho a robar el manuscrito?

–Alguien que se considere descendiente de su autor.

–Las tres opciones son buenas. Sí, son buenas –dijo, al ver que la chica bajaba la cabeza–. Muchos de nuestros componentes han tardado años en dar con la misma respuesta. Piensa un momento. ¿Cuántas posibles autorías hay?

–Demasiadas.

–Tú lo has dicho. Demasiadas. Descendientes de personas que no pudieron escribir el manuscrito de ninguna manera reclaman su herencia a diario. Y además, no es posible saber si son o no verdaderos descendientes.





–¿Y por qué quieren tener el manuscrito? Está escrito en lenguaje extraño y nadie ha podido jamás descifrarlo. Como no se queden a mirar los dibujos...

–Exactamente. Nadie ha podido jamás descifrarlo. Han surgido historias acerca de ese libro, y una de ellas es que solo el elegido, el descendiente de su autor, podrá descifrarlo.

–¿Pero los Helhest conocen sus secretos!

–Conocen sus secretos, pero no pueden leerlo.

–¿Entonces por qué matan a los que lo averiguan?

–Porque quieren ser los primeros, bajo cualquier circunstancia.

–Jamás lo averiguarán.

–Coincido contigo en eso. Es imposible que sepan nada.

–Hay que ser estúpido...

–Sí, son todos unos imbéciles. Algunos muy inteligentes, pero muy imbéciles.

Tras unos minutos de silencio, Catherine se decidió a preguntarle una cosa a Jackson, y le llenaba de curiosidad saber la respuesta.

–¿Dónde está en el manuscrito?

–En la Biblioteca Beinecke de manuscritos y libros raros.

Al ver que no había aclarado nada, añadió:

–Universidad de Yale. Nueva York.

–¿En Nueva York?

–Sí.

–¿Vamos a ir hasta Nueva York?

–No, por el amor del cielo. La sede de la contraorden está aquí, en Inglaterra. La de los Helhest, en Dinamarca.

–¿Entonces no se encuentran junto al manuscrito?

–No, no. Pobre Nueva York si así fuera.

–¿Por qué?

–Porque nos odiamos, Catherine. Nos odiamos a muerte. Nuestros fundadores establecieron sus residencias en sus respectivos países y ahí nos hemos quedado. Además, el manuscrito no está allí desde siempre. No, no. Cambiaba de dueño con una facilidad asombrosa. Creo que es el volumen que más se ha revendido en toda la historia de la humanidad. Estuvo en manos de diferentes humanistas, hasta en el museo particular de un rey bohemio.



- ¿El gabinete de las curiosidades?
- Ah, veo que has investigado. Sí, el gabinete de las curiosidades del rey Rodolfo. Y el doctor John Dee fue a Praga no solo en calidad de embajador, sino de espía.
- Eso ya lo sabía. Entonces, ¿la reina Isabel quería el manuscrito?
- Como el resto de monarcas de la época. Pero Dee no pudo robarlo.
- ¿No? ¿Por qué?
- Estaba muy bien protegido.
- Eso no lo sabía.
- John Dee fue un hombre muy enigmático, aunque seguro que tú ya lo sabes, porque vives en su barrio.
- Lo conozco de sobra.
- ¿Y qué te parece?
- Inteligente. Pero muy feo.
- Acto seguido, se ruborizó fuertemente.
- Dices lo que piensas siempre, ¿no?
- Y por eso soy especial...
- No me cabe la menor duda. Inteligente pero feo. ¿Has visto un retrato de Nicolás Maquiavelo alguna vez?
- Eso ya es otro nivel, señor.
- Jackson no pudo evitar sonreír.
- ¿No te parece extraño que no se proponga a Maquiavelo como autor del manuscrito?
- De hecho, sí. En realidad, se debería proponer a la vez que a su amigo del alma, Leonardo DaVinci.
- Veo que eres muy curiosa.
- Tengo dieciséis años de curiosidad acumulada.
- ¿Sabes por qué Bennett fue a Mortlake?
- Por Dee, creo.
- Sí, por Dee.
- ¿Qué esperaba encontrar?
- Una pista que le llevase a conocer el secreto que descubrieron sus padres.
- Los diarios.



–Los diarios del señor John Dee son el mejor regalo que jamás nos pudo hacer. Son objetivos y detallados y relatan casi todo su servicio a Isabel. Y no iba a faltar el tiempo que estuvo en Praga.

–No sé cómo se le ocurrió. Si encontraban los diarios y se daban cuenta de sus verdaderas intenciones, no creo que importase mucho que fuese uno de los consejeros más próximos a la Reina Virgen.

–Tienes razón, por una parte. Pero te falta un factor muy importante a su favor.

–¿Cuál?

–Al rey le agradaba Dee. Además de saber su idioma perfectamente y de ser ciertamente perspicaz, Dee era sabio. Más sabio que la mayoría de los consejeros del bohemio.

–¿Confiaba en Dee?

–Más que en la mayoría de su gente.

–Vaya un agente secreto. Mejor que 007.

–¿A que te refieres con 007?

–A...Bond.

–Siento decirle que el número secreto de Bond no es otro que el de Dee.

–¿Qué?

Él asintió.

–Es una mera copia. Los dos ceros representaban los ojos de la reina. El siete es el número personal de Dee. ¿Y esa cara?

–Mi vida es una mentira –comentó ella, dramática.

–Es usted una buenísima actriz, señorita Adams.

Ella sonrió de oreja a oreja.

–¿Cómo voy a empezar a estudiar?

–Empezarás con esgrima básica todas las mañanas. Después, tres horas de materias normales y prácticas de tiro, con armas de fuego y con arco. Un rato para descansar y luego tendrás que darle veinte vueltas a la piscina. Otras tres horas de materias normales y podrás dedicarte a lo que te venga en gana. Ah, pero debes de dedicarle un rato a montar.

–Casi nada, oiga...

–¿Qué esperabas? Tienes que aprender, y rápido. No hay opción.

–¿Qué haré después?



–Cuando sepas hacer algo más que sostener una espada y no caerte al disparar, podrás salir a algunas misiones. Fin.

–Me parece bien.

–Eso esperaba oír –replicó él, y se concentró en su celular de último modelo.

Ella se quedó mirando por la ventana de nuevo. Atravesaban algún lugar de la campiña en ese instante, en dirección a no sabía dónde.

Se recostó en el cómodo asiento y cerró los ojos. Tendría bastante tiempo para imaginar locuras en el viaje, y eso era exactamente lo que iba a hacer, ya que no le restaría mucho tiempo en la sede de la contraorden.

Después de imaginar que mataba a unos mil hombres vestidos de negro al estilo Narnia, la boda de Ronald y Liza y su posterior vida (tenían tres niños muy guapos y una se llamaba Catherine), un frenado más fuerte de lo normal le hizo abrir los ojos.

Habían llegado frente a una vieja granja en ruinas. Aunque Catherine no comprendía de ninguna manera qué iban a hacer allí, no dijo una palabra.

El Range Rover avanzó hasta la puerta y, justo cuando la chica pensaba que iban a chocarse con ella, una puerta de garaje, muy bien escondida, se abrió.

Bajaron por una rampa en caracol que mareaba bastante, y cuando la chica ya creía que estaban bastante cerca del centro de la Tierra, el coche avanzó en línea recta de nuevo.

Parecían haber entrado en un aparcamiento enorme. El conductor dejó el coche cerca de lo que parecía un viejo montacargas que Catherine miró con desconfianza.

–Antes había que subir andando, así que no pongas esa cara. Vamos.

Jackson cogió la maleta de Catherine y los dos se subieron al montacargas, mientras que el chófer se quedó abajo, comprobando los neumáticos.

–Ésta es la sede de la contraorden. En las plantas bajo tierra están el aparcamiento, las salas de estudio, la piscina, la biblioteca, las cocinas, el gimnasio...

–¿Por qué bajo tierra?



–Para poder poner las habitaciones arriba, señorita Adams –replicó, con un toque de irritación–. Fuera tenemos un campo para pelear y unos establos. Por cierto, también tendrás que aprender a montar. Y a conducir.

–¿Ya?

–Puede darse el caso de que sus compañeros resulten heridos y no puedan llevar el coche.

–Ah...

El montacargas se detuvo en la planta del nivel del suelo. Había un atrio respetable, del que partían pasillos y escaleras, cubiertas con un material que a Catherine le recordó el suelo de su instituto.

–No sube más. A partir de aquí hay que ir andando.

La chica siguió a Jackson sin rechistar. Subieron por la escalera que más cerca se encontraba del montacargas, situada en la parte izquierda del atrio, y luego continuaron por el pasillo que salía hacia la derecha. Se pararon un momento en el rellano de la escalera, donde había un mostrador con una bajita y enclenque mujer rubia que parecía tener problemas de nervios y las llaves de todas las casas del mundo detrás.

–La doce A, Úrsula.

–Sí, señor Jackson –dijo la nerviosa fémina, y le dio una de las llaves, con torpeza.

–Cuando salgas de tu habitación dejarás aquí la llave, ¿entendido?

–Sí, señor Jackson –respondió Catherine.

Continuaron por el pasillo que quedaba a la derecha del mostrador. Solo había puertas con números a ambos lados de los pasillos. A Catherine no se le escapó que todas las personas con las que se encontraban miraban a Jackson con respeto, así que debía de tratarse de alguien importante.

Finalmente, se detuvieron en una puerta cuyo número era 12/A. Enfrente tenía la 12/B.

–Es una buena habitación, señorita Adams. Una de las pocas que tiene una ventana que da al exterior –dijo Jackson, mientras abría la puerta.

Era una estancia pequeña pero acogedora. Para llegar al dormitorio había que pasar por un pequeño pasillo que tenía una puerta a



la izquierda que parecía llevar al baño y un enorme espejo de cuerpo entero en la pared de la derecha. Catherine avanzó hasta la estancia más grande.

Toda la pared del baño estaba cubierta por un armario empotrado. Enfrente de este había una cama, más alta de lo normal, que hacía esquina, unida al escritorio y a la estantería. La gran pieza era toda de madera de color blanco, y también había una silla con ruedas. No dejaba mucho espacio, pero la enorme ventana, que ocupaba la pared desde la esquina izquierda hasta la estantería, le daba mucha luminosidad.

–Acomódese. Bennett vendrá dentro de poco a enseñarle lo básico –dijo Jackson, y se fue.

Catherine abrió la maleta, todavía pensando en el cambio de carácter que había experimentado Jackson a lo largo del tiempo.

Después de sacar sus pocas pertenencias se puso a explorar el cuarto: fue al baño, que era pequeño, pero funcional, abrió todos los cajones del escritorio y del armario (estaba todo vacío) y cuando se agachó para curiosear en los enormes cajones que había debajo del colchón, una voz conocida le dio un susto de muerte:

–¿Qué se supone que haces?

–¡Ronald! –exclamó ella, levantándose.

–La puerta estaba abierta. Por cierto, no va a haber nada hasta mañana. ¿Has dicho alguna barbaridad?

–No...muchas.

–Catherine Adams, dime que estás de broma.

–No he dicho nada, Ronald ¿Por qué?

–Porque el hombre que te acompañaba era Charles Jackson.

–¿Y?

–¿Cómo qué “y”? ¡Es el presidente de la contraorden!  
¡Normalmente no sale de su despacho! ¡Solo he hablado con él una o dos veces!

–Ahora eres tú el que está de guasa.

–¡No! ¡Y además, no suele hablar con nadie!

–¿Qué?

–No me digas que te ha hablado.

–Va a ser que sí.



- ¿Seguro, seguro? ¿No era con tus padres?
- Seguro, seguro.
- ¿Y de qué habéis hablado? –inquirió Bennett, que se había sentado en la cama.
- De nada en especial. Del manuscrito y de los Helhest y de Dee ¿Sabes que se copiaron de lo de 007?
- Ronald la miraba con cara de pasmo.
- ¿Qué? ¿No he podido mantener una conversación normal en un coche normal con un hombre normal?
- Charles Jackson no es normal. Ahí donde lo ves, tiene más de sesenta años.
- No fastidies... Pero si no parece mucho mayor que tú.
- Ah, muchas gracias.
- No te estoy diciendo viejo. Estoy diciendo que parece de tu edad. Tú no pareces de tu edad.
- Sí, sí, lo que tú digas.
- ¿Me vas a decir ya qué te pasó en la cara?
- Fue en una misión. Un Helhest.
- No me lo creo.
- ¿Por qué?
- Porque me lo hubieras dicho antes.
- Cat, no fue una misión cualquiera.
- “*Ni fue un Helhest cualquiera*”, se dijo Bennett.
- ¿Y por qué no era una misión cualquiera?
- Eso no te puedo decir. ¿Quieres ver la base? –dijo, cambiando indiscretamente de tema.
- Bueno –respondió ella, a regañadientes, dado que Bennett seguía sin responder a la pregunta y, conociéndolo, no respondería pronto, por no decir nunca–. Tengo que dejar la llave en conserjería, ¿no? –añadió, a la vez que cerraba su cuarto.
- ¿No te lo ha dicho?
- Sí, la verdad.
- Entonces –suspiró Ronald–. Vamos.
- ¿No hay más conserjerías?
- Sí, hay otra al otro lado del edificio. Con la otra mitad de las llaves. Y por supuesto, la grande del atrio.



Catherine asintió. Había visto el gran mostrador curvo antes, cuando había subido. Le recordaba a la recepción del Museo de Historia Natural de Nueva York, donde había estado en una ocasión.

–¿Y si pierdes la llave?

–Tienen una copia de todas en los archivos, junto con el expediente de quien la ocupa. Y si la pierdes, lo apuntan.

–¿Por qué hay tantas habitaciones?

–Oh, la mayoría están ocupadas, ¿sabes?

–¿Sí? Pero... ¿No estaba la contraorden en decadencia?

–No, no. Pero lo que ocurre es que los Helhest tienen una vida más cómoda y por tanto, más miembros.

–Ah –dijo ella, y se acercó al mostrador–. Em... Úrsula, ¿puedes guardar mi llave?

–Por supuesto, por supuesto. Doce A, ¿verdad?

–Sí, exacto.

–Muy bien. ¿Cómo te llamas?

–Catherine Adams.

–Tienes una buena habitación, Catherine. Que tengas una buena primera visita.

–Gracias, Úrsula. Adiós.

–Adiós, Catherine. Adiós, Ronald –dijo, y a la chica le pareció que lo había dicho con un tono especialmente amable.

–Las traes a todas de cabeza, ¿eh? –dijo, cuando ya estaban lo suficientemente alejados como para que Úrsula no los oyera.

–A todas menos a ti –replicó él, dramático.

–Oh. Y yo que creía que me tenías enchufada porque era la más lista –dijo ella, siguiéndole el rollo–.

–¿Es que no lo ves? Eras mi favorita por algo.

–Nunca lo hubiera imaginado, Ronald Bennett –replicó ella–. Mira qué caras les has dejado a las pobres –susurró, señalando a las mujeres del atrio, que se les habían quedado mirando con aprehensión–. Eres un ser malvado.

–Lo sé.

–¿Qué piensas todos los días cuando te miras al espejo? –dijo, ya con el tono normal.



–“Qué guapo soy” –dijo él, pasándose la mano por el pelo con arrogancia–.

Más de una se paró en ese momento.

–Eres un ser engreído, Ronald.

–Lo sé, querida

–Ya me imagino lo que dicen sobre ti. ¡Qué guapo es!–dijo, con voz aguda–. ¡Y qué valiente!

–¡Y qué malo peleando!

La que había pronunciado estas palabras era una mujer joven, alta y musculosa, con una larga cola de caballo, del color de la miel, piel bronceada y ojos oscuros, vestida con unos vaqueros rotos y una camiseta de tirantes.

–Catherine, esta es Ciara Belaqua. Belaqua, Catherine Adams.

–Encantada.

–Lo mismo digo. ¿Catherine Adams, la que le escupió a Víbora Negra?

–La misma.

Ronald se dijo que después tendría que preguntarle qué cómo sabía el nombre del jefe de la Orden.

–Eres una leyenda por aquí. Muy pocos se han enfrentado a él y han salido victoriosos.

–Le escupió a los ojos para tener más tiempo. Eso no es precisamente salir victorioso.

–Ah, el señor Bennett tiene envidia de su antigua alumna porque le salvó su culete de bebé. El señor Bennet sigue celosín de la señorita Adams.

–El señor Bennett dice que es usted una bruta y que no sabe preparar un buen plan, solo actuar.

–¿Y en qué se basa el señor Bennett para tal acusación?

–En que la primera vez que la vi era usted rubia y tenía la piel blanca como la nieve y ahora se le ha puesto así solo por darle el sol.

–Y la primera vez que yo lo vi era usted más guapo y nada arrogante y ahora se ha puesto así porque ha madurado y después de madurar se ha podrido.

Catherine los miraba, sonriendo, pero sin saber muy bien qué pensar.



–Creo sin equivocarme que usted no recuerda ese cuatro de julio tan bien como yo.

–Es usted un iluso. Claro que me acuerdo.

–¿Recuerda usted que llevaba un vestido blanco con un lazo azul?

–Recuerdo también que llevaba usted una camisa azul y unos pantalones blancos.

–¿Recuerda también que comimos al lado de un lago?

–Lo recuerdo perfectamente. Recuerdo también que a usted se le cayó el postre encima.

–Eso fue un accidente.

–Y que me quitó el mío.

–Eso ya no lo fue tanto.

–Se aprovechó de mí.

–Tampoco se pase, Belaqua.

–¿Adónde se dirige ahora, Bennett?

–Voy a enseñarle el complejo a Catherine. Si quiere acompañarnos...

–Lo haré con mucho gusto ¿A dónde prefiere ir, señorita?

–Em...Adonde quede más cerca.

Catherine estaba tan inmersa en la conversación ajena que no se le ocurrió decir otra cosa.

–Iremos entonces abajo y luego saldremos a los campos –respondió Ciara– ¿Algo que objetar, Bennett?

–En absoluto, Belaqua.

–Por aquí, señores –dijo, señalando el extremo opuesto del atrio a la escalera que llevaba a la habitación de Catherine. Había escaleras hacia arriba y hacia abajo, al igual que en el otro lado. Evidentemente, bajaron.

–En el primer sótano se encuentran las cocinas, el comedor, la biblioteca y la lavandería y unos aseos –explicó, indicando las distintas puertas a la vez que le daban la vuelta al perímetro.

Aquella planta estaba distribuida de manera distinta: un pasillo salía de las dos escaleras, formando un extenso rectángulo (el comedor y las cocinas) y, fuera de este, al lado contrario del pasillo que ocupaban, se encontraban la enorme biblioteca y la respetable lavandería. Había cuatro aseos en toda la planta, dos a cada lado de las escaleras.



–Es todo...

–¿Muy grande? Debes tener en cuenta la cantidad de personas que puede albergar este edificio. Sin embargo, es perfecto. El único problema es que la única gasolinera está en la carretera principal, a diez kilómetros por el camino más corto –dijo Ciara–. Vamos al segundo sótano.

Bajaron de nuevo. Catherine se estaba preguntando si había un ascensor, ya que no veía el montacargas por ningún lado y no le hacía mucha gracia tener que subir a pie, cuando Ronald abrió la puerta del gimnasio, que ocupaba la derecha de las escaleras, justo debajo de la biblioteca, en la que no habían entrado.

Pensad en el gimnasio más grande que hayáis visto jamás. Ahora multiplicadlo por dos, sumadle una piscina olímpica y podréis ver la zona de entrenamiento de la sede de la contraorden.

Cat estaba tentada de pellizcarse el brazo para testificar que era real cuando un tipo que parecía haberse entrenado bastante pasó a su lado, certificando que aquello no era un sueño.

–Hala... –fue todo lo que pudo decir.

–Sí, es grande.

–Enorme.

–Una barbaridad de gimnasio –dijo Bennett–. Vamos a ver la parte favorita de Belaqua.

–Una de mis partes favoritas –corrigió ésta.

El segundo sótano estaba situado de manera que las enormes duchas comunes quedaran a los lados de las escaleras. En el rectángulo que quedaba en el centro, más pequeño que el de arriba, se situaban las zonas de estudio y un pequeño teatro.

–Así que ya sabes...

–¡Cierra la boca, Ronald!

–Normalmente hay que pedir turno, porque es de las pocas instalaciones en las que no hay sitio para todos –dijo Ciara, ignorándolo–. Pero no es esto lo que te quería enseñar, sino lo que ocupa las salas de la pared que nos queda por explorar. El salón de esgrima y las salas de tiro.





Eran tres estancias equitativas: un salón de esgrima con armas amenazantes en las paredes, la sala que lindaba con esta, el salón de tiro con arco y por último, la sala de tiro con armas de fuego.

Entonces, bajaron a la última planta con escaleras: el garaje.

–Creo que ya has estado aquí. Ahora hay pocos vehículos. Los cuatro montacargas son las columnas grandes.

–¿Y ya está?

–¿Te parece poco?

–Al bajar pensé que habíamos llegado al fin del mundo.

–Eso es porque las rampas están hechas de manera que no ocupen espacio, ya que esta zona es la relativamente más nueva, y por eso tienen poca inclinación y muchas curvas. Deberías intentar subir en moto.

–¿Y nadie pensó en eso al construirlo?

–No. Había pocos miembros y pocos carruajes.

–Aunque muchos caballos –puntualizó Ciara–. Vamos a las cuadras.

Los tres montaron en el montacargas en el que habían subido Jackson y Catherine antes.

–¿No hay nada más?

–¿Te refieres a otra planta? No. Aunque se rumorea que hay un gigantesco depósito de oro debajo y que de allí sale todo el dinero para mantener la organización.

–Simples cuentos de viejas.

–¿Y entonces, cómo se gestiona?

–Hay talleres de pintura y muchos de nuestros miembros escriben.

–¿Vivís...vivimos del arte?

–Así es –asintió Bennett, aunque su compañera parecía contrariada–. Escritores que ganan mucho dinero y pintores de postín.

El resto de la subida hubiera podido ser en silencio, pero la curiosidad de la chica no se había saciado.

–¿Cómo es que los montacargas no están en las otras plantas?

–No se ven, Catherine. No es sinónimo de que no estén.

–Entonces...

–Están escondidos, como las puertas de vehículos.

–¿Hay más de una?





–Hay dos.

–¿Y no hay más accesos?

–Claro que hay más accesos. ¿Cinco...seis en total?

–Seis –confirmó Ciara–. Más las salidas a los campos desde el atrio. En ese momento, el montacargas llegó al nivel del vestíbulo.

Catherine siguió a la extraña pareja hasta lo que debía ser la parte de atrás de la gigantesca nave de la granja. Saliendo de ambos lados del gran mostrador, había dos anchos pasillos que se ramificaban a los lados en otros más estrechos donde parecía haber más habitaciones. Al final de los pasillos anchos, había unas bastas puertas de madera.

Claudia abrió una de ellas y salieron al exterior. El crepúsculo bañaba el edificio con sus últimas luces, dando lugar a un paisaje tan impresionante como bello.

Los talleres y los almacenes de armas y materiales estaban donde debían de ir las cuadras, para evitar ruidos de caballos a los ocupantes de las habitaciones contiguas.

Así, las cuadras eran unos edificios de madera que se encontraban cerrando el cuadrado en el que se encontraban el campo de práctica de lucha exterior y una zona de jardines con un pequeño lago, bancos y enormes sauces llorones.

Algunos miembros de la contraorden paseaban por los jardines y otros peleaban en el césped con asombrosa maestría, pero Belaqua fue derecha a las cuadras.

–¿Os puedo hacer una pregunta?

–¿Otra? –dijo Ronald, sonriente–. ¿Qué?

–¿Por qué tenemos que aprender todos a montar y a usar armas blancas?

–Porque los jefes de ambas organizaciones pactaron un acuerdo, hace muchos, muchos años, que decía que una vez fuera de la batalla en sí, si un miembro de un lado quería desafiar a otro, debía hacerlo formalmente, en un duelo a espada o en una justa.

–¿Una justa? ¿Cómo las medievales?

–¿Tú me escuchas cuando hablo? –exclamó Ronald– ¿Qué significado tiene para ti la palabra justa?



–Normalmente no se cumple –dijo Belaqua–, pero como muestra de respeto, siempre aprendemos.

–Buenas tardes, Ciara –dijo amablemente un hombre que estaba apoyado en la puerta de los establos, en el que Catherine no había reparado antes–. ¿Vienes a sacar a Blackstar?

Era alto y delgado, de brillantes ojos azules claros. Tanto su pelo largo hasta los hombros y recogido en una coleta baja, como la cuadrada barba, eran morenos, pero estaban repletos de canas. Llevaba una camiseta de manga corta negra, algo sudada y unos pantalones vaqueros claros anchos y desgastados.

–Mi intención es enseñarle los establos a esta joven, Arthur.

–¿Eres nueva?

–Sí. Me llamo Catherine. Catherine Adams.

–Encantado, Catherine. Soy Arthur Cardew y me ocupo de los establos ¿Sabes montar?

–No tengo ni la más remota idea –respondió ella.

–No supondrá un problema, no te preocupes –dijo él, mientras les acompañaba al interior del edificio–. Por cierto, me alegro de que no quieras sacar a Blackstar, Ciara, porque está el jefe en el campo con Triana y ya sabes que no le gusta que nadie le moleste.

Eran unos establos sencillos: un pasillo de dos metros de ancho separaba los emplazamientos de los caballos. Todos eran iguales, menos los dos últimos, más cercanos a la puerta, que explicó que eran para las hembras de parto y con potros jóvenes.

Arthur les indicó el nombre de cada caballo y sus características. También le enseñó a Catherine el caballo que empezaría a usar para las prácticas, Belladonna, un manso percherón de color marrón. Finalmente, llegaron al lugar que ocupaba Blackstar, el brioso caballo árabe de Ciara. Era un precioso macho de color azabache. Sus crines y su cola estaban perfectamente cuidados y Catherine intuyó que era casi seguro que Ciara lo cepillaba todos los días. Junto a él había un espacio vacío: el lugar de Triana.

–Es una buena yegua: una andaluza purasangre que tiene ya unos cuantos años, aunque últimamente solo le cae bien Blackstar. Es ciertamente como su dueño –murmuró–. Venid, creo que podremos mirar un rato sin molestar demasiado.





Jackson cabalgaba sin miedo en la enorme pista de arena, que era circular y estaba rodeada por una alta valla. La bella yegua era veloz y musculosa y sus crines y cola se agitaban al viento y tanto el hombre como el animal parecían complementarse, estar unidos en aquel maravilloso espectáculo.

Aunque los cuatro esperaban pasar desapercibidos, nada escapaba a los vivaces ojos de Jackson, que se paró junto a ellos en la segunda vuelta.

–Buenas tardes, Bennett. Señorita Belaqua. Señor Cardew. ¿Habéis terminado ya la visita, Catherine?

–Sí, señor. Eso creo –respondió ella, con diligencia.

Jackson parecía haber recuperado el buen humor y, por otro lado, llamar a la chica por su nombre había sido un detalle que no había obviado ninguno de los presentes.

–Un maravilloso lugar, ¿no crees?

–Es ciertamente acogedor –murmuró ella.

Los ojos oscuros de Triana la habían atrapado. No eran simples órganos de la vista de una bestia, escondían algo más. Sabiduría, experiencia, valentía.

Ninguna de las dos le tenía miedo a la otra. Ninguna de las dos bajó la mirada.

Cathy despertó a las siete y cuarto, alertada por la alarma de su móvil. Cuando había llegado a su cuarto, después de la visita, el armario estaba bien surtido de ropa de su talla y en los cajones de debajo de la cama encontró suficientes pares de zapatos para una temporada. También había encontrado un horario en el escritorio, un bastante atareado horario.

Después de bajar a cenar y ducharse, había dormido como un tronco.

Empezaba a las ocho, con lecciones de esgrima, hasta la hora siguiente, que estudiaría Matemáticas, Lengua y Biología, todo aplicado a la vida de la organización, por supuesto. Después, prácticas de tiro (se alternaban el tiro con arco y las armas de fuego) y dos maravillosas horas libres para comer y descansar un rato, veinte vueltas a la piscina, que estaba temiendo, y otras tres horas de Historia, Física y Química. Finalmente, tenía que ir a



las cuadras, a practicar con Belladonna. Un día a la semana esto se cambiaba por ir con el coche al prado, al igual que las materias normales iban rotando. Solo se podía descansar los domingos.

Con un profundo suspiro, se levantó. Había tenido una pesadilla que involucraba a sus padres, a varios Helhest y a Víbora Negra.

Se puso unos vaqueros, una sudadera y una camiseta básica de manga corta, se hizo una cola de caballo sin mucho esmero y fue a desayunar.

Un carraspeo justo cuando iba a bajar las escaleras le recordó que tenía que dejar la llave en conserjería. Sonrojada, se la entregó a Úrsula.

Había bastante gente abajo, pero al final encontró una mesa libre en el extremo izquierdo del comedor, que era bastante parecido al de un hotel. Simplemente había un enorme buffet ocupando la pared que daba a las cocinas. Cuando volvió de servirse, Ronald y Ciara estaban allí.

–Buenos días –dijo, a sus espaldas.

Los dos dieron un saltito y se giraron, con lo que Catherine pudo apreciar sus impresionantes caras de sueño.

–¿A qué hora se supone que os acostasteis ayer? –dijo, sentándose.

–Muy...tarde –suspiró Ciara–. El señor no-paro-de-dar-vueltas-en-la-cama no me dejó dormir en toda la noche.

–Tengo insomnio, ¿qué quieres?

–Compra pastillas.

–¿Dónde quieres que las compre?

–En la farmacia. O vas a la enfermería.

–¿Hay enfermería?

–Sí. Según se sale al campo de lucha por la puerta que nosotros no utilizamos ayer, a la derecha. Todo ese lateral.

–¿Eso no era importante?

–Se me olvidó.

–A mí también.

–Eso –dijo ella, alzando la ceja izquierda– es evidente.

–No te hagas la listilla, Catherine Adams.

Ella ignoró el comentario y se dedicó a sus cereales.





–¿Pensáis desayunar? ¿U os vais a quedar aquí mirando como desayuno yo? Os guardaré el sitio, si no os fiais.

Al acabar de desayunar, Catherine dejó a Ronald y a Ciara peleándose a gusto y subió a su habitación. Eran las ocho menos veinte y no tenía nada que hacer. Leyó el horario un par de veces para hacer tiempo y bajó al segundo sótano.

–¿Eres Catherine Adams? Llegas temprano. Yo soy James Colingwood.

Su profesor de esgrima era un hombre no mucho más alto que ella, de un metro setenta y cinco, sacándole apenas dos dedos a la chica. Su pelo rubio estaba recogido en una cola baja, como el de Arthur, pero lo llevaba un poco más corto. Llevaba unos pantalones de deporte, grises y anchos y una camiseta púrpura con el logo de la contraorden, un hexágono con una estrella en su interior.

Sin embargo, la chica notó, pese a sus amigables palabras y gestos, un aire siniestro en aquel tipo, que le recordaba a alguien que conocía, como un amigo de la infancia que jamás había olvidado.

Tardaron más de media hora en conseguir que Cathy cogiera la pesada espada adecuadamente. Colingwood le confesó que la mayoría de alumnos tardaban un par de sesiones, así que era una marca bastante buena. También le dijo que habían empezado duro para que no le costara avanzar.

De todas maneras, la chica acabó molida y sin apenas fuerzas.

*“Y ahora, Matemáticas”. “Sin Liza jamás será lo mismo”.*

En ese momento, recordó que tenía que enseñarle una cosa a Ronald, pero pensó que, ya que estaba tan unido a Ciara, sería mejor no abrir la boca.

Entró a la sala de estudio, donde le habían indicado que daría las materias cotidianas. No fue difícil localizar a su nueva profesora, ya que la alta, esbelta y joven mujer de color, de ojos almendrados del color de la avellana y largo pelo moreno, recogido en una coleta algo más larga que la de Cathy, era la única persona que había en toda la sala.

–Buenos días, Catherine.

–Buenos días –dijo ella, sentándose junto a ella.





–Soy Irina Naughton, y me ocuparé de enseñarte el campo de Matemáticas, Física y Química.

Irina era una mujer profesional al enseñar, y muy amable. Aunque Catherine seguía echando de menos a Liza, no podía negar que Irina era una buena profesora.

A las diez en punto, un hombre bajo, rechoncho y con cara de sapo entró en la sala de estudio. Era barbilampiño y su pelo, rubio platino, ya lleno de canas, estaba cortado en círculo, como poniendo un cazo alrededor de la cabeza. Antes de despedirse, Irina le deseó buena suerte en un susurro ahogado y si en ese momento no entendía el motivo, al final de la clase ya lo había comprendido perfectamente.

Edward Montesco era el profesor más imbécil, creído e irascible con el que Catherine había tenido en su vida la desgracia de encontrarse. Su manera de enseñar era terrible, y Cathy se tuvo que esforzar para tomar todos los apuntes que podían ser de utilidad en el archivador que Irina le había proporcionado. Al dar las once, le agradeció a los cielos que le hubieran quitado a Montesco de encima.

Poco después, el que se dio a conocer como Ulises McCheine hizo su aparición en la sala. Era un hombre maduro, de pelo castaño, flaco, alto y amenazador, que instaba a no abrir la boca en el transcurso de su clase. También se ocupaba de la enfermería. Catherine se prometió a sí misma que no se caería con mucha frecuencia.

De doce a una, tenía prácticas de tiro. Colingwood era el encargado de enseñarle la parte de defensa, tanto los tiros con arma de fuego y arco como la esgrima, y le dijo que en ese momento lo más importante que tenía que hacer era no caerse por el retroceso del arma al disparar.

Después de esa desastrosa sesión de tiro, Cathy fue derecha al comedor. Ron y Ciara la esperaban en la misma mesa del desayuno, que al parecer ya se había convertido en algo de su propiedad.

–¿Qué tal tu primera mañana?

–Estoy reventada. Y a las cuatro a la piscina.

–Recuerda que son veinte vueltas, no veinte largos.





Ella lo miró con cara de pocos amigos.

No tardó en subir a su cuarto y poner su disco favorito en el ordenador para relajarse un rato. Cuando acabó, se puso el bañador debajo de la camiseta y los vaqueros y bajó con una mochila para el gimnasio que contenía una muda limpia de ropa interior, una toalla y un gorro y gafas de buceo.

Terminó a las cinco menos cuarto y fue a la sala de estudio, feliz porque por fin le tocaba clase con Ronald.

Cogió su archivador y su material de la estantería y se puso a darle una vuelta a los apuntes de Lengua.

Pero cuando al fin se abrió la puerta de la sala, no fue Bennett quien se sentó junto a ella, sino Montesco, que la miró con asco por llevar el pelo todavía húmedo.

Cathy se tuvo que resignar a pasar otra hora con el odioso personajillo, que se empeñó en explicarle la vida del señor John Dee. Al final de la clase, la chica se estaba preguntando seriamente si su profesor conocería en persona al astrólogo de la reina.

Después, tuvo dos horas con Irina, que se compadeció de ella, y fue a las cuabras.

Aunque Belladonna era mansa y Cathy no se resbaló de la silla ni una vez, aquel día, después de cenar, se duchó y se acostó rendida.

Al día siguiente pudo descansar, dado que era domingo: desayunó a las diez y fue a leer al lago, averiguó que había Internet en el complejo y estuvo casi todo el día con Ron y Ciara, pero el lunes cayó de nuevo, exhausta. Y el martes. Y el resto de la semana.

No había conocido a ningún profesor más: los cuatro se turnaban, de manera que los veía todos los días y a alguno hasta dos veces. El viernes fue el único día en el que cambió su rutina un poco, pues en vez de salir con Belladonna fue con Irina al prado con un todoterreno para aprender a conducir, donde descubrió que no lo hacía tan mal.

Estar tan activa a lo largo del día tenía ventajas. De esa manera, no podía a pararse a pensar en sus padres y por la noche su cuerpo estaba tan centrado en recuperarse que se olvidó de tener horribles pesadillas.





No había ningún chico de su edad allí, pero tampoco le causaba mucha congoja, ya que había trabado buena amistad con dos espadachines muy simpáticos, Peter y Ted, de apenas veinte años, gemelos, con una joven escritora, Emily y con un viejo pintor, Victor. Peter y Ted eran dos tallos altísimos, al menos de metro noventa, con el pelo color zanahoria y ojos azules claros que se pasaban el día entrenando con las espadas, arte en el que eran muy buenos. Emily, de profundos ojos grises metálicos y cabello rubio y rizado, era también buena con la esgrima y una excelente arquera, pero lo que de verdad le gustaba era escribir. Y Víctor, alto y elegante, de ojos verdes y pelo ceniciento, era un excelente jinete que se manejaba de maravilla con cualquier arma que le pusieras en las manos, fuera una espada, una catana o un revólver, pero lo que en realidad amaba era pintar.

Antes de que Catherine se diera cuenta, había pasado un mes en la sede.

Había descubierto muchos secretos del lugar. Por ejemplo, que las ventanas no se veían desde fuera porque estaban cubiertas por un vidrio especial y ya montaba de manera aceptable, era buena en esgrima y con las armas de fuego y el arco. Además, se había hecho con una catana con la que peleaba con Víctor en el campo a menudo. Había ganado bastante resistencia gracias a la natación intensa y conducía con comodidad. En lo referente a las materias que requerían estudio intenso en sillas también iba muy bien. El único que parecía más molesto a medida que mejoraba era Montesco.

El rollizo profesor también le daba clase de idiomas, y había empezado con el español. Había hablado en un perfecto español, rápido y óptimo en cuanto a pronunciación, pero que cualquier estudiante no hubiera entendido. Sin embargo, Catherine no era cualquier estudiante.

Después de aquello, le tomó manía. Pero Irina, Ciara, los gemelos y Emily le dijeron que no se preocupara, ya que era evidente que se sentía superado por ella.



Catherine no había hablado con Jackson desde su primer día. A veces lo veía con Triana, en el prado o en la arena, pero parecía cada vez más preocupado.

Los Helhest se estaban movilizando y la mayoría de los miembros de la contraorden estaban fuera. Llegó un momento en el que solo quedaron en el complejo los que trabajaban allí, los profesores de Catherine y ella misma. Un frío día de finales de otoño, una semana después de que Bennett volviera de una misión, los dos fueron llamados al despacho de Jackson.

La residencia del jefe de la contraorden estaba fuera del edificio principal, en lo que sería la casa del granjero, un edificio de piedra gris austero y frío.

Los dos subieron las escaleras hasta llegar a unas enormes puertas de madera oscura, y Bennett llamó dos veces.

–Adelante. Buenos días, señor Bennett. Señorita Adams. Siéntense, por favor.

Jackson les señaló el mapamundi que estaba estudiando.

–Los Helhest están actuando. Creemos que su objetivo principal es robar el manuscrito, pero no estamos seguros. Por eso hemos puesto a trabajar a todos nuestros efectivos. Sin embargo, tenemos un problema más grande.

–¿Cuál, señor?

–Que alguien se les ha adelantado. Quizás el mismo sujeto que actuó en verano.

–¿Y nos culpan a nosotros?

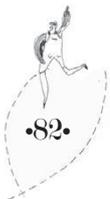
–Perspicaz como siempre, Catherine. Sí, nos culpan a nosotros. Y además, han empezado a provocar atentados para que se lo devolvamos.

–No es suyo.

–Pero tampoco nuestro. Debe estar en la biblioteca Beinecke.

–No ha sido una noticia muy divertida –dijo Ronald.

–Colocaron una copia, pero los Heshest saben que lo han robado. En este momento, vuestros compañeros están haciendo todo para evitar que los atentados se produzcan o dañen a los inocentes. Para vosotros, tengo reservada otra misión. Encontrar al ladrón. Hemos recibido un soplo en Francia. Iréis a investigar. La señorita





Naughtong será vuestro contacto aquí y os informará de cualquier novedad que se presente –dijo, y sacó dos sobres del escritorio–. Aquí tenéis vuestros pasaportes, los billetes de avión, nuevas tarjetas para los móviles y dinero para el viaje. Salís de Bristol a las siete de la tarde, así que os tendréis que marchar de inmediato. Buena suerte.

–Gracias, señor.

–Por cierto –añadió, cuando ya estaban a punto de marcharse–, es posible que necesitéis bastantes armas.

–Sí, señor –dijeron los dos, a coro.

Poco después, Cat ya tenía la maleta hecha. Iban a tener que facturar, ya que sabía de sobra que los dos llevaban unas cuantas armas.

Llamaron a la puerta en ese momento. Catherine no preguntó antes de abrir, sabía de sobra de quién se trataba.

–¿Estás lista?

Ella pasó la mirada por toda la habitación, indecisa, y se dio cuenta de una cosa.

–Entra un momento, tengo que apagar el ordenador.

Sin embargo, recordó que aún no había hecho una cosa. De todas maneras, no sabía si sería conveniente hacerlo, así que le preguntó al aludido su opinión.

–Oye, Ronald, ¿crees que una foto puede afectar seriamente al rendimiento de una persona en el trabajo?

–Depende de todo, Cathy.

Ella se mordió el labio un momento, y se decidió.

–De todas maneras a lo mejor la palmo o me secuestran –dijo, y se sentó en la cama junto a él–. Y antes quiero que veas esto.

–¿Ver el qué?

–Bueno, cuando hicieron la foto de los profesores el fin de curso del año pasado tú estabas en el hospital.

–¿Y?

–¿Recuerdas la última vez que me llamaste por Skype?

–Sí.

–Dijiste...dijiste que darías lo que fuera por volver a ver a Elizabeth.





–Catherine Adams, ¿qué clase de locura has hecho?

–No ha sido una locura. Técnicamente –dijo, mientras sus dedos iban de un lado a otro del panel receptor del portátil– solo me llevé la cámara al instituto. Si me hubieran pillado, no me hubiera pasado nada, ya que no iba a volver allí. Mira.

Era Elizabeth. Elizabeth, dando clase. Elizabeth, por los pasillos. Elizabeth, hablando con Fitzgerald.

–Ca... Catherine...

–Yo...te lo iba a enseñar antes, pero como parecías tan unido a Ciara y, además, dormisteis juntos...

Ronald la miró, sorprendido. No sabía si reír o llorar. Al final se decidió por la primera opción.

–¿Qué?

–Eres la alumna más desequilibrada a la que jamás he tenido el honor de enseñar. Claro que me alegro de que te arriesgaras por mí. Y además, Ciara es mi...

Volvió a reírse. Tenía a Catherine en ascuas. ¿Mi qué? ¿Mi ex? ¿Mi esposa?

–Ciara es mi prima.

–Pero...

–Vivía en los Estados Unidos, y la vi por primera vez en la boda de nuestra tía. Yo tenía diez años y ella cuatro. Íbamos conjuntados porque éramos...damos de honor o como quieras llamarlo. Y nuestras habitaciones eran contiguas, por eso me escuchaba dar vueltas en la cama. ¿Qué pensabas?

–Pensaba que...que vosotros...en fin, cosas mías –terminó, en un suspiro.

Ronald se rio tanto aquella vez que se cayó hacia atrás y se dio en la cabeza con la pared.

–Estoy bien, estoy bien –dijo, y continuó riéndose.

–Vamos, perderemos el avión.

Dejó la llave en conserjería, donde Úrsula les deseó buen viaje y miró a Bennett con susceptibilidad, al parecer pensando que estaba enfermo.

–¿Qué le pasa a ése? –preguntó Irina, que les estaba esperando en el atrio para despedirse.



–Que se ha dado un golpe y está afectado.  
–¡Oye! –exclamó él, pero sin poder parar de reírse.  
–Ya veo... Bueno, os recomiendo que os empecéis a llamar por vuestros nombres falsos, los del pasaporte.  
Catherine sacó el suyo. Se llamaba Helen Laine, y era hija de Mark y Olivia Laine.  
–Creo que te llevarás una sorpresa al ver el de Ronald, Cathy.  
–¿A qué te refieres?  
Bennett le tendió el pasaporte.  
Al leer el nombre falso, abrió mucho los ojos.  
–¡Eres mi padre!

Aquella noche, mientras el avión aterrizaba en París, Catherine volvió a examinar minuciosamente el escarabajo. Su posible historia la tenía totalmente hipnotizada y no se percató de que habían tomado tierra.

–Helen –dijo Ronald, sentado a su izquierda–. Vamos, tenemos que recoger las maletas.

–Sí, papá –respondió ella.

Los dos se habían hecho a la idea de las falsas identidades. Ambos eran buenos actores, y habían sellado un pacto en el coche, de camino al aeropuerto: que todo aquello sería como una gigantesca obra de teatro.

Fueron a recoger las maletas y salieron al exterior, donde cogieron un taxi hasta su hotel: empezarían a investigar por la mañana.

Una vez estuvieron instalados, Ronald encendió su portátil y le mandó un breve correo a Irina mientras Cathy se duchaba. Pronto recibió una respuesta.

–Tenemos que ir a una pequeña librería de Montmartre, cerca del Sacre Cœur. Hay que comprar un libro sobre Flamel, el alquimista, esa parece ser la señal para que el dueño suelte información.

–Está bien. Cogemos un taxi mañana, ¿te parece?

–¿A primera hora?

–He pensado que podemos ir a pasear por el Sena si es muy temprano y luego coger un taxi hasta Montmartre. ¿Cómo se llama la librería?



- Librairie Jeanne D’Arc –respondió él–. ¿Te vas a acostar ya?  
–Sí, son las diez. Y tú deberías hacer lo mismo, papaíto.  
–No te atrevas a llamarme papaíto.  
–*Oh, mon petit papa...*  
–Eres increíble.  
–Y tú vas a estar despierto hasta la una por lo que no me vas a dejar dormir.  
–Me acostaré si te molesto tanto, pero a cambio de una cosa.  
–¿Qué?  
–¿Tienes las fotos de Elizabeth?  
–Están en la tarjeta de la cámara.  
–¿Y bien?  
Cathy resopló, pero se levantó para buscar el aparato y sacó la tarjeta.  
–Toda tuya.  
–Cierra el pico.  
–Seguro que está pensando en ti ahora mismo.  
–Helen Laine, cierra la boca.  
–Vale, papaíto –respondió ella y le dio la espalda para poder dormir.

A la mañana siguiente Catherine estaba despierta a las siete y media, pero Bennett no. Con un suspiro, le dejó dormir y se asomó a la ventana. Los tejados de París formaban una escena pintoresca, y se veía la Torre Eiffel a lo lejos. Era paradójico que hubiera querido ir tantas veces a esa ciudad y que ahora estuviera en ella y no la pudiera visitar. Esperó hasta las ocho y cuarto para llamar a Ronald y bajaron a desayunar.

A la chica, el pequeño y acogedor comedor francés le parecía perfecto comparado con el gigantesco espacio de la sede.

Los dos comieron abundantemente, ya que sabían que les esperaba un día intenso. Poco después de las nueve estaban en la orilla del río que cruzaba la capital francesa. Cathy no paraba de hacer fotos.

–Querida, pareces una turista.

–Ésa es la idea, papá.

Vieron Notre Dame por fuera y pasearon un rato. Cuando se



percataron que ya eran las once menos cuarto, buscaron un taxi que les llevara a Montmartre.

No les costó encontrar la librería: era pequeña y se encontraba en un edificio de aspecto antiguo. Al entrar sonó una campanilla.

Su dueño era un hombre encorvado, con el pelo totalmente blanco y unas gafas de media luna que se sostenían en una nariz torcida.

Se quedaron un momento observando el local, ya que les precedía un pequeño cliente.

–*Prends, Pierre, un billet tout neuf* –dijo el niño, rubio y de unos diez años, que le extendía al librero un billete de cinco euros.

–*Ah, le nouvel argent de cinq euros. Regarde, Étienne, il y a une face.*

El niño se apoyó sobre el mostrador para ver mejor.

–*Ah, c'est vrai. Bon, au revoir, Pierre.*

–*Au revoir, j'ouvenceau. Est-ce que je peux vous aider?* –les preguntó.

–Buscamos un libro sobre Nicolás Flamel –respondió Cathy, en el mismo idioma.

–Ah, Nicolás Flamel. Curioso personaje. Sí curioso personaje. Algunos aseguran que consiguió el secreto de la inmortalidad. Otros que convertía las piedras en diamantes. Y a ustedes no les interesa su vida, sino el autor del robo de cierto libro antiguo que puede suponer un problema.

–¿Cómo lo ha sabido? –se sorprendió Ronald.

–Yo era un Helhest –dijo el hombre, ya en inglés– y sé cosas. Sin embargo, no estoy de parte de la Orden. No estoy de parte de nadie, excepto de una persona.

–¿De quién?

–De alguien que se merece más que otras personas la posesión del manuscrito.

–¿El descendiente de su autor? –inquirió Bennett.

–Podría decirse.

–¿Lo conoce? –inquirió Catherine, impresionada.

–Hija, nadie lo conoce del todo en realidad. Va de ciudad en ciudad intentando que el secreto no se propague demasiado lejos.

–¿Esa no es tarea de los Helhest?

–Los Helhest no saben dónde detenerse.

–¿Él nos podía ayudar a resolver el misterio?



–Supongo que sí, si le caéis en gracia. Sin embargo, no creo que sea muy difícil, ya que lucháis por las mismas verdades que él.

–¿Y si no le caemos bien?

–Mala suerte –respondió Pierre, encogiéndose de hombros–. Me habéis caído bien, así que os diré que la última vez que le vi, hace apenas dos semanas, se dirigía a Venecia a ver a un amigo.

–¿A quién?

–Al dueño de uno de los bares de la plaza de San Marcos, el que está más cerca de la basílica. Se llama Bruno Lucchetti.

Ronald miró a su compañera, condescendiente.

A las doce en punto de la mañana siguiente los dos bajaron del taxi acuático que les había llevado a la plaza de San Marcos.

Catherine encontró el bar y a su dueño enseguida.

–*Signore Bruno Lucchetti?*

El hombre, que tenía una calva reluciente y era bajo y algo rellenito, asintió.

–Buscamos al heredero del manuscrito –continuó, en italiano.

–¿Qué manuscrito?

–El Voynich.

–Ah, Nicolás. Se quedó aquí una semana, con su esposa.

–¿Y adónde fueron?

–¿Por qué he de decírselo?

–Necesitamos hablar con el del manuscrito. Parece que alguien ha conseguido descifrarlo. Es un asunto urgente.

–¿Han descifrado el manuscrito?

–Creen haber encontrado la clave.

–Entonces creo que es razonable que os diga que se marchó a su casa de Nueva York. Buena suerte si deseáis encontrarlo –dijo, y siguió atendiendo a sus clientes.

–Esa idea ha sido magnífica, Helen.

–Gracias, papaíto. Vamos a llamar a Irina. Necesitamos ir a Nueva York.

El viaje a la Gran Manzana fue más largo y más accidentado que los anteriores. Tuvieron que salir desde Milán, porque desde Venecia no había ningún vuelo periódico, y estuvieron a punto



de perder el avión. Cruzando el charco se encontraron con una tormenta y numerosas turbulencias y al aterrizar en Nueva York, las maletas tardaron tanto en salir por la cinta que los dos pensaron durante un buen rato que se habían perdido.

Como allí era de noche, se acostaron, intentando ignorar el jet lag. A la mañana siguiente, después de desayunar y de dejar las maletas en una habitación que el hotel poseía para tal menester, salieron a buscar al misterioso Nicolás.

Lo primero en que gastaron los dólares que habían cambiado en el hotel fue en un taxi hasta Central Park, con la esperanza de poder obtener alguna información útil.

Sin embargo, no podían imaginar que no iban a tener oportunidad de usarlos de nuevo.

Catherine los vio primero.

Se deslizaban como sombras entre los árboles. Nadie parecía percatarse de su presencia. Eran invisibles a los ojos de los neoyorquinos que corrían por el parque o lo atravesaban para llegar al trabajo, incluso para los indigentes que allí había.

–Papá –murmuró–. Están aquí.

Su intento de pasar desapercibidos no funcionó. En poco tiempo, los Helhest los habían rodeado.

Catherine tocó la empuñadura de su espada, que estaba escondida dentro de su largo abrigo y cogió la pistola con disimulo. Notó como, a su lado, Ronald hacía lo mismo.

–¿Estás lista para tu primer tiroteo?

–No sabes cuánto –murmuró ella– ¿Hay civiles?

–Los han echado. Parece que quieren hacer un trabajo limpio. Dispara a matar a la de tres. Una...dos...tres.

La primera bala de Catherine alcanzó a un Helhest en la cabeza con certera puntería. Se desplomó silenciosamente.

*“Uno”*

La desigual batalla dio comienzo en aquel instante.

Aunque dos pelearon con bravura, cada vez más hombres de negro llegaban a los alrededores. La muchacha se preguntó por qué la policía no acudía. ¿No escuchaban acaso el tiroteo?



Un aullido de Ronald la hizo volver dolorosamente a la realidad. Ella dejó escapar un alarido que clamaba venganza y sacó la espada, ya que se había quedado sin munición. Los Helhest caían como moscas bajo el filo de su acero. No pensó en lo que estaba haciendo. Solo actuó.

La hierba ya estaba teñida de rojo y Bennett se había desplomado a su lado. Un Helhest parecía dispuesto a rematarlo, pero una mano llena de anillos que causaban pavor lo detuvo. Después, una voz seseante e hipnotizante que Catherine conocía demasiado bien, dijo unas palabras que perdurarían para siempre en la memoria de la chica:

–Los quiero vivos.

Entonces, la muchacha sintió un agudo dolor en la cabeza y todo se volvió negro.

Despertó en una habitación pequeña y de pintura amarillenta y desconchada de la que habían quitado todos los muebles. Tanto su compañero como ella estaban encadenados a un radiador, pero él seguía inconsciente.

–Oh, no –murmuró ella, al ver las oscuras manchas en el costado y en la pierna de su amigo y recordando los sucesos que habían acaecido anteriormente–. No. ¡No!

Intentó romper las esposas, sin éxito. No tenía ninguna de sus armas, pero conservaba la cadena de su madre y el pequeño escarabajo. Y no le dolía nada, excepto la parte de la cabeza en la que había recibido el golpe, donde sospechaba que había salido un enorme chichón.

*“Al parecer sí que eres un amuleto poderoso”. “A ver si nos puedes sacar de ésta vivos a los dos”.*

Nada más pensar esto, la puerta del cuartucho se abrió. Aparecieron Víbora Negra, un hombre alto, delgado y calvo, con cara de caballo y un gran bigote; su lugarteniente, otro varón, alto y fornido y con un corte de pelo negro militar y una tercera persona, una mujer baja de ojos azules y que recogía sus cabellos en una larga trenza, a la que la chica no conocía.

–Buenas noches, Catherine.



Ella no hizo otra cosa que mirarlo con aversión y comprobar por la pequeña ventana, que, efectivamente, había anochecido.

–Creo que te deberías guardar esas caras –dijo, con un profundo acento–, ya que algo tan importante como la vida de tu amiguito está en juego. Ya comprobé en una ocasión que lo podías defender con tu vida. ¿Han cambiado tus ideales?

–Nunca cambiarán.

–Hagamos un trato –dijo Víbora Negra, a la vez que se agachaba. Catherine notó que su aliento apestaba. Qué asco.

–Mi propuesta es la siguiente. Te he visto pelear y creo que lo haces muy bien. Si te unes a nosotros, dejaremos que Bennett viva. De otro modo, lo mataré yo mismo. Ante tus ojos. Y luego te torturaré a ti hasta que seas una Helhest, porque yo siempre consigo lo que quiero.

–No...lo escuches –dijo Ron, con la voz rota–. Miente.

Víbora Negra le pateó el costado herido.

–Tú a callar, gusano. Te daré hasta que amanezca, Adams. En caso contrario...

Señaló a su compañero y se pasó el índice por el cuello.

Los tres salieron de la habitación y Catherine rompió a llorar.

–No le escuches. No te unas a ellos.

–Sabes que prefiero morir –sollozó ella.

Cuando la luna estaba bien alta en el cielo, la manilla se movió. Era la mujer rubia, que iba con una bata de dormir.

–¿Qué...?

Ella le indicó que se callara y le dio la llave de las esposas.

–Están todos borrachos. Confía en mí. Vamos a salir.

–¿Cómo quiere que confíe en usted?

–Jade... –dijo Bennett, con dificultad.

–Vamos a sacarte de aquí, ¿vale?

–Te matarán.

–Víbora me quiere. Es mi marido. No me matará.

Cat estaba totalmente perdida.

–Espero que ahora no sueltes que es tu cuñada, Ronald Bennett –dijo, muy seria.

Él sonrió.



–Es...

–No me lo cuentes. No quiero averiguarlo, o gritaré y los despertaré a todos.

Las dos ayudaron a Ronald a salir del edificio. Jade les dijo que estaba lleno de Helhest, y que por eso no se arriesgaba a coger las armas.

–Os van a pillar porque hay uno de guardia, así que alejaos todo lo que podáis –murmuró, en el recibidor y besó a Ronald breve aunque intensamente en los labios.

*“No me quiero enterar”. “No me quiero enterar”.*

Catherine y el Don Juan, como la chica empezó a llamarlo en su mente, se apartaron del bloque todo lo que pudieron, pero unos diez minutos después, saltaron las alarmas.

Jade, quien había conseguido deslizarse de nuevo bajo el brazo de Víbora Negra antes de que nadie despertara, suspiró. Ahora la suerte era la única aliada de Ronald y Catherine.

Los hombres de negro salieron del edificio, como un ejército invencible.

Mientras tanto, los dos fugitivos solo habían pasado dos manzanas. Desesperados e impotentes, vieron que los Helhest ya se habían dado cuenta de su huida.

Entonces, un coche, negro y muy elegante salió de entre las sombras. Los dos se resignaron a cumplir su triste destino.

–Ha sido un placer conocerle, Ronald Bennett.

–Lo mismo digo, Catherine Adams.

Sin embargo, la cara de caballo de Víbora Negra no fue lo que vieron cuando la ventanilla del conductor bajó.

Era un hombre barbilampiño, de pelo castaño, ya con algunas canas plateadas, y una camiseta negra del grupo Ramones.

–¿A qué esperais para subir? ¡Os van a pillar!

Catherine sabía que subir a un coche desconocido con un desconocido y con Ronald medio desangrado no era la mejor idea del mundo, pero los Helhest los seguían muy de cerca y aquel hombre parecía estar dispuesto a ayudarlos.





–¡No estoy con ellos! –exclamó–. ¡Vamos!

La chica se resignó a romper de nuevo la regla más antigua de la contraorden: no interactuar con nadie, no hablar con nadie, no recibir ayuda de nadie si no es de la contraorden.

Abrió la puerta trasera y ayudó a Bennet a subir. Después entró ella misma y casi le faltó tiempo para cerrar la puerta antes de que el hombre pusiera el motor del coche a toda velocidad.

Aquel tipo conducía bien y evidentemente conocía la ciudad como la palma de su mano: en menos de un minuto perdieron a los Helhest y poco después circulaban por una carretera secundaria.

–¿Quién es usted?

–Nicolás. Bruno me llamó porque Pierre –lo pronunció con perfecto acento francés– había perdido mi número y le había llamado a él para comentarle que unos Helhest algo subidos habían ido a preguntarle por un hombre y una chica que habían estado allí. Luego fueron a ver al propio Bruno, que les dijo que estabais en Nueva York. Y gracias a Dios que a Perenelle se le ocurrió llenar el depósito esta tarde al volver de sus lecciones de taekondo, porque de otro modo hubiera tardado otra media hora que obviamente no teníais. Aunque creía que tendría que subir yo a por vosotros.

–¿Ha...dicho Perenelle?

–Sí, señorita.

–¿Entonces usted...es...?

–Nicolás Flamel, el alquimista. Para servirle.

–Ah –dijo, y no volvió a abrir la boca.

Una lucha intensa contra Helhest, la huida de su cuartel, conocer a otra novia de Ronald y después al mismísimo Nicolás Flamel era más de lo que sus nervios podían soportar.

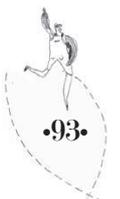
Poco después, llegaron a la mansión Flamel. Era un gigantesco chalet a las afueras de Nueva York.

Flamel frenó en el camino de grava.

–Bienvenidos a mi humilde choza –dijo, abriendo la puerta de Catherine.

*“Si usted considera esto una choza, ¿que será cuando habla de un palacio?”*

–¡Ah, el hogar! ¡Qué maravillosa sensación estar de vuelta!





–Ni que te hubieras ido a la guerra, Nicolás –dijo una dulce voz de mujer.

Su dueña era una mujer de mediana altura y edad, de rizado cabello castaño que recogía en una trenza de raíz. Llevaba un pijama blanco y una bata de flores.

Catherine acudió a ayudar a Bennett, mientras que Flamel sacaba algo del maletero. Algo que le era vagamente familiar...

–Cathy...

–¿Sí?

–¿Esas balas estaban envenenadas o lo que veo ahí son nuestras maletas?

–Son nuestras maletas.

La chica despertó pasadas las diez y bajó a la cocina, despeinada.

–Buenos días, bella durmiente.

–Buenos días, don Juan Tenorio –replicó ella–. ¿Y las balas?

–En la basura –replicó Perenelle–. Donde deben estar. ¿Quieres desayunar, niña?

–Mal invento esos bichos del diablo –comentó Nicolás, que estaba leyendo el periódico sentado en un taburete–. Muy mal invento.

–Tú también inventaste cosas malas.

–¿Crees que este es el mejor momento, Perenelle, querida?

–Pienso que te vas a escaquear de otro modo, Nicolás.

–Aún están muy cansados para...

–¡Nicolás!

–Está bien, está bien –suspiró él, y apartó el periódico–. Vosotros me buscabais porque pensabais que os podría ayudar a desentrañar el misterio del ladrón del manuscrito, ¿cierto?

Ellos asintieron.

–Yo robé el manuscrito.

–¿Por qué?

–Porque debe de ser destruido.

–¿Y con qué derecho hizo tal cosa? –inquirió Cathy, olvidándose de su desayuno.

–Con el derecho que da ser su autor. Encontré el secreto de la inmortalidad, como ya habréis averiguado, y al ver que funcionaba...



–Primero lo probó conmigo para ver si funcionaba –puntualizó Perenelle.

–Sí, sí, bueno... El caso es que me fui haciendo viejo y no creía poder recordar el secreto, así que escribí un manuscrito en clave, por si caía en malas manos, y ahí apunté todo lo que había descubierto en mi vida y lo que llevaba de inmortalidad, pero...

–Se lo quitaron. En una posada.

–Solíamos viajar mucho para mantener nuestra identidad en secreto y lo seguimos haciendo. El caso es que encierra demasiados secretos, cosas que pueden ayudar a la humanidad o destruirla por completo. Y por eso lo quemé.

–¿QUÉ? –exclamó Bennett.

–No se preocupe, le tiene demasiado cariño como para quemarlo. Está en su estudio.

–Tiene que devolverlo –dijo Catherine, con determinación.

–¿Por qué? ¿Es que no me has escuchado?

–Nadie lo ha conseguido descifrar nunca y jamás lo hará.

–Eso es lo que hace la contraorden, ¿no?

–Nosotros nos limitamos a evitar que los Helhest se pasen de la raya.

–¿Y qué pasa si no lo devuelvo?

–Los Helhest también lo han estudiado durante siglos y saben que lo que dejó en su lugar no es el verdadero. Y están atentando contra la humanidad para que lo devolvamos.

–¡Pero si vosotros no lo tenéis!

–¡Pero piensan que así es, señor Flamel! ¿Es que no lo ve? Toda la contraorden está dedicada a evitar que suceda el desastre. Toda la contraorden, menos nosotros.

–Si lo descubren...

–¿En qué se basa para que sea tan peligroso? ¡No conocerán los ingredientes siquiera! ¡No sabrán hacer nada!

–Es un mero potingue que hace que las células se mantengan sanas y se multipliquen con rapidez si es necesario.

–¿Comprende que ese potingue podría ser la cura contra el cáncer?

–Vivirían unos pocos poderosos y los demás serían con suerte sus criados.



–¿Quién lo dice?

–El ser humano es así. Avaro. Mezquino. Miserable.

–¿Cómo está tan seguro?

–Lo he vivido, Catherine.

Tras un momento de silencio, Nicolás clavó sus ojos marrones en los azules de la chica.

–No obstante, si ese es tu deseo, devolveré el manuscrito. Solo pido que no reveléis nuestra situación.

–Descuide, señor.

–Deberías saber que desde siempre he apoyado la contraorden. Es más, me paso dos veces al año para transformar unas cuantas piedras en diamantes. No pongáis esa cara, que estoy de broma –se apresuró a añadir.

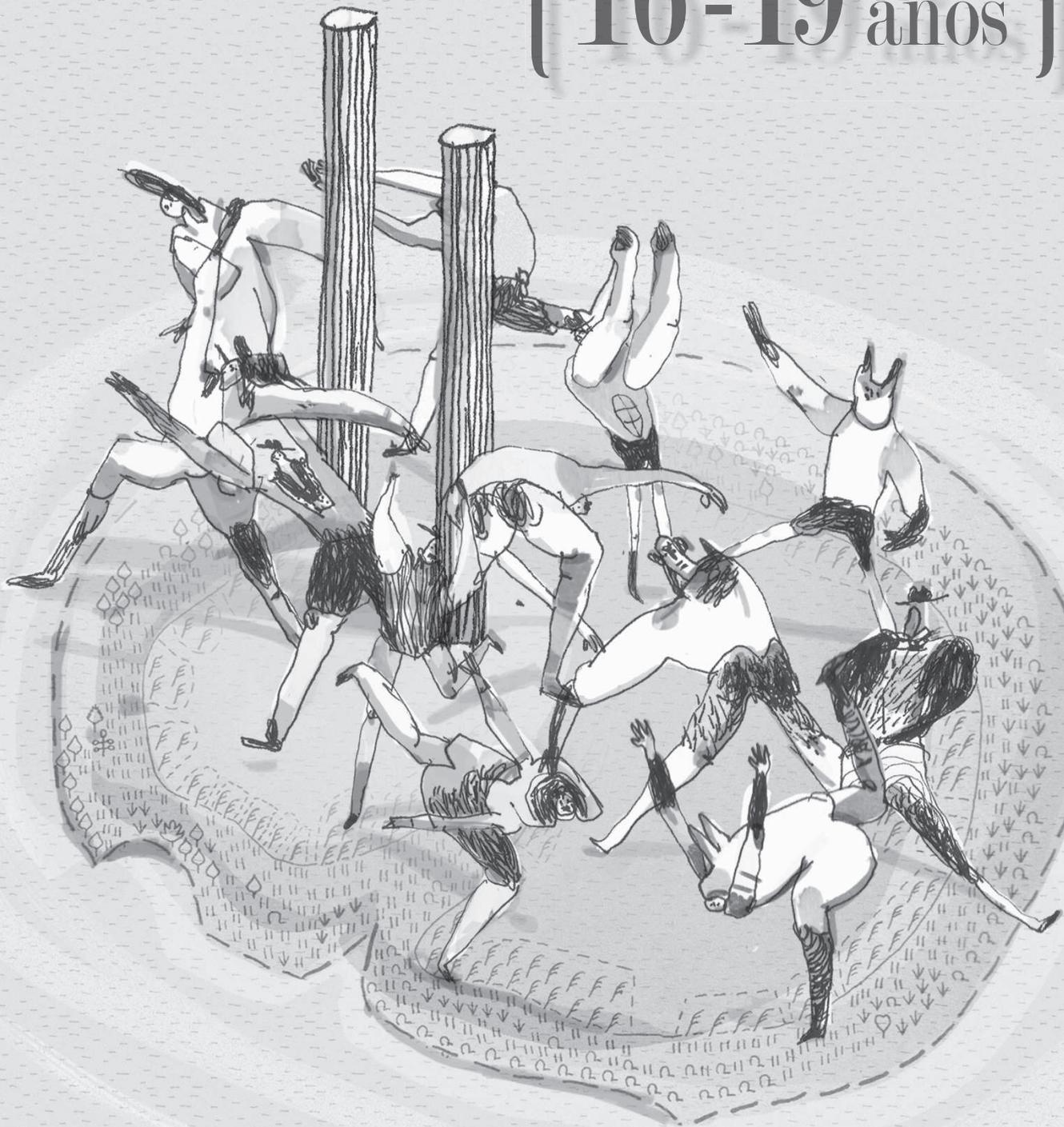
Catherine no sabía si creer o no al inmortal, ya que además de tener esa enorme casa les pagó el vuelo de vuelta a Bristol.

Los llevaron hasta el aeropuerto, y se quedaron con ellos un rato, ya que era temprano. Mientras Ronald y Nicolás charlaban animadamente sobre historia, Catherine le preguntó una cosa a Madame Flamel, algo que le intrigaba bastante:

–¿Usted cree en la magia, Perenelle?

–Depende de lo que entiendas por magia. Hay personas que dicen poder hacer ocurrir cosas que otras no comprenden. Otras personas crean magia con palabras o utilizan la química para que sus trucos parezcan reales. Y luego están los objetos que toman emociones de su alrededor y las guardan, simplemente porque pueden hacerlo. Esas emociones pueden provenir de cualquier persona que haya interactuado con ellas, sea el fabricante, su primer poseedor o su significado. Les da fuerza a sus poseedores, les hace creer que no pueden fallar, que no pueden detenerse, porque tienen ese objeto especial, una joya de la familia o un regalo querido, como ese pequeño escarabajo tuyo. ■

{ R E L A T O }  
{ 16-19 años }





# De huidas y fracasos

*Carlos Catena Cózar*

Jaén

PRIMER PREMIO.

RELATO. 16-19

## *I. Dos*

**E**stábamos tumbados en la cama, medio tapados por la sábana, mirábamos distraídamente el pequeño televisor Sanyo que su padre había colocado en la esquina del escritorio. En La 2 ponían un programa de viajes. Una señora gorda hablaba, su voz se perdía por la habitación, por las fotos de la pared, por los carteles en blanco y negro.

Yo me apoyaba sobre mi brazo y la miraba. Con la mano bajo la sábana le acaricié la espada. Ella tenía la miraba perdida en algún bultito de gotelé. Le gustaba acariciarme el pecho, arañarme con sus uñas pintadas, rozar el vello. Se levantó y, desnuda, fue al cuarto de baño a buscar el paquete de tabaco. Caminaba segura, descalza y desnuda, hacia la cama. Con un cigarrillo entre los dedos. El humo ascendía hasta el techo y envolvía el detector de incendios, tapado con una bolsa de plástico. Se sentó en el filo de la cama y me ofreció. El poco carmín que quedaba en sus labios estaba ahora entre mis dedos.

Llevábamos poco tiempo acostándonos juntos; estábamos a veintinueve de octubre. Sin embargo, ya había dormido con ella más veces que con cualquier otra mujer. Nos conocimos tres días después de empezar el curso: alguien puso una nota para ella en mi puerta y yo se la llevé. Mira... Juani, se han equivocado y me han puesto esto. Los carteles nos dieron conversación para toda la tarde. Esa noche nos sentamos juntos en el comedor. Luego recordé que había olvidado el mechero en su habitación. Es extraño que una veterana se folle a un novato, me susurró al oído, y menos a principio de curso. Me limité a sonreír, supuse que era un piropo.





Unos días más tarde descubrimos que teníamos el mismo horario, así que empezamos a quedar para ir juntos a la facultad después de desayunar cada uno en su mesa: ella con sus amigos del año pasado, yo con todos los novatos. Tengo grabada en la retina cómo me daba los buenos días sonriendo, con su boina beis, su pelo liso y el archivador entre sus bracitos. Cuando hacía frío se acercaba a mí y se me cogía del brazo.

Comenzamos, incluso, a salir juntos los sábados, pero nunca solos. Es más, en público nunca íbamos de la mano, ni nos abrazábamos, ni nos besábamos. A los ojos de los demás éramos dos compañeros, dos camaradas como otros cualesquiera: para sus amigos yo solo era un novato majo que le caía bien a Juani y se les acoplaba los fines de semana. Además a mí me venía bien, pues todavía no había tenido tiempo de congeniar en condiciones con ninguno de mis homólogos novicios.

Normalmente dormíamos juntos los martes, los jueves, los sábados y los domingos. Algunos lunes echábamos la siesta juntos. Además tomábamos café de vez en cuando, cuando a ella le apetecía se venía a leer a mi cuarto, abrazada por mis piernas. Incluso alguna noche llamó de madrugada a mi puerta. Tengo miedo, es que he salido con Gloria a ver una de miedo, me decía, ¿me proteges mientras duermo? Y yo me hacía a un lado para dejarla pasar, en pijama, arrastrando su almohada como un osito de peluche sucio y viejo pero nunca olvidado.

El programa de La 2, el de los viajes, lo echaban todos los domingos a las seis. Cuando, agotados, nos dejábamos caer sobre el colchón, ella alcanzaba el mando a distancia y apretaba cualquier botón al azar. La misma mujer gorda de siempre. ¿Qué le pasa a esta tele que siempre sale lo mismo?, le dije un día mientras le besaba el cuello. Está rota, solo sintoniza La 2.

Los martes y los jueves tenía clase a las ocho con un catedrático poeta que dedicaba las horas a los grandes literatos de la poesía. Cuando a ella le gustaba alguno de los versos que se recitaban, se los apuntaba a boli en el antebrazo, y luego me los susurraba a mí al oído. Años después supe que aquel profesor la inició en la escritura, y que muchos de los versos que me susurró entre gemido y gemido eran suyos.



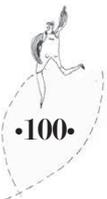
Así fue nuestro primer trimestre juntos. Entre versos; éramos dos amigos, universitarios, del mismo colegio, que tenían muchas cosas en común. O eso decía ella cada vez que nos presentaban a alguien nuevo y nos preguntaba qué éramos. ¿Qué se nos ve muy compenetrados?, reía, ¿a él y a mí? Si somos casi como hermanos, solo somos amigos, compañeros de facultad y colegio, nos llevamos muy bien. Yo me limitaba a asentir.

Nunca me gustó esa definición. Me jodía que se negara a aceptar nuestra relación tal y como era: novios. Nos queríamos, yo a ella mucho, y ella a mí también, creo. No encontraba razón para aquella respuesta programada. ¿Acaso se avergonzaba de mí? ¿Es que para ella no era más que una polla y unos labios? No, no podía ser, ¿a qué venían entonces los versos de Neruda?

Sin embargo, nunca tuve valor para preguntarle. La veía tan fuerte y a la vez delicada, tan segura de sí misma, tan autosuficiente, que me daba miedo enfadarla, cansarla y que no volviera a esperarme para ir a clase.

Hubo un jueves que no me recitó nada. Estaba muy callada; me dijo que no tenía ganas. No paraba de fumar, el cenicero rebosaba colillas. Vete, por favor, quiero estar sola, necesito pensar. Me callé y me largué. Déjale su espacio, me dije, ya te enterarás de lo que le pasa. Al día siguiente no estaba. Ni al otro. Ni siquiera salió el sábado.

Volvió un mes más tarde, con ojeras y la piel pálida, el pelo hecho una maraña. Tocó a mi puerta a las tres de la mañana, llevaba una gran maleta en la mano. Ni hola ni nada, al no verme en pijama lo primero que hizo fue preguntar qué hacía despierto a esas horas. No me pidas explicaciones tú a mí, ¿sabes lo preocupado que he estado?, tendría que haberle dicho. En cambio musité algo ininteligible incluso para mí: tenía que ver con los exámenes. Entonces se abalanzó sobre mí y de la mano me llevó a su cuarto. En la tele echaban una redifusión. Cuando me atreví a preguntarle dónde había estado me dio un beso y me calló con un poema. Sobreentendí algo de un hospital, no sé qué de una enfermedad, me llamó *amor*.





Todo volvió a la normalidad, no a la normalidad ordinaria, común a cualquier pareja joven, sino a nuestra normalidad, nuestros horarios, nuestras costumbres. La primera vez que quedamos solos, y no para ir juntos a clase, fue un viernes por la tarde: me pidió que la acompañara al centro, que tenía que comprarse un vestido para navidad. Poco cabía esperar de aquello, pues era viernes, y de sobra era sabido que los viernes no entraban en nuestro horario.

Se compró un vestido negro de tirantes, bastante corto, que le dejaba la espalda al aire. Lo único que no me gustaba de él era que todo el mundo sabría, a partir de aquella fiesta, que tenía dos lunares en la espalda. Eso era un pensamiento de mi propiedad, solo yo me orientaba en su cuerpo sin mapa, solo yo sabía que al unir los puntos con besos le crecían bajo los omóplatos dos alitas de águila olímpica.

Cuando salíamos de la tienda, ella agarrada a mi brazo, una chica teñida de rubio se acercó corriendo a nosotros. Juani empezó a gritar, me soltó, tiró la bolsa al suelo y abrazó a la chica. Luego me enteré de que fueron muy amigas en el instituto y tenían planeado compartir piso una vez acabado bachillerato, pero que a la chica se le atravesó Historia del Arte y la pobre tuvo que repetir segundo. Mantuvieron el contacto durante el año siguiente, pero les fue muy difícil: a Juani le aburrían los teléfonos y la otra chica se había buscado un trabajo de dependienta que, junto con pasar a limpio los apuntes de Arte, no le dejaba tiempo para nada. Todo esto lo supe porque pasamos la tarde juntos: me arrastraron hasta una cafetería de barrio y comenzaron a hablar sin parar mientras yo bebía un batido tras otro. Descubrí más cosas de Juani aquella tarde que en todas las que habíamos pasado juntos.

Su padre tenía una tienda de electrodomésticos, Electrosur se llamaba, y su madre era ama de casa. Cuando empezaba la temporada de aceituna dejaban a su sobrina de encargada en la tienda y ellos se iban en la misma cuadrilla que sus parientes. Por lo visto, eran bastante de derechas, ciudadanos de orden, y estuvieron a punto de echar a su hija de casa cuando dijo que votaría al Partido Comunista. La relación de Juani con sus padres no era muy buena: ellos siempre esperaban que se echara un novio



que la mantuviera, y que acabase pronto la carrera para sacarse la plaza fija. Nunca superaron la ruptura de su hija y un tal Javier y, por lo visto, su hija tampoco. La chica, la amiga, no le conocía ningún novio a Juani aparte de ese Javier.

Me fue mucho más fácil tratar con ella a partir de aquella tarde. Conociendo su pasado, me sentía el amado, el que llevaba los pantalones en la relación, aunque fuera mentira. Cuando iba a la biblioteca a estudiar, aprovechaba cualquier descanso para buscar alguna antología poética y aprenderme unas palabras que soltarle al oído. La primera vez quedó perpleja, se paró en seco y le costó retomar el movimiento pélvico. La primera vez que la trataban como a una reina, supongo.

Un día me lié la manta a la cabeza y me atreví a susurrarle que *No es amor aquél sino yo, conmigo olvidarás a...* Sus labios evitaron que yo siguiera con aquella farsa de verso, tópico, declamatorio y ripioso. Con su saliva agradeció mi intención, pero me aconsejó silenciosamente que me dedicara a lo que yo de verdad sabía hacer: callar y besar. Cuando se sentó en el borde de la cama con el cigarrillo entre los dedos, la gorda del programa de La 2 hablaba de México.

–Qué bonito, cojones, y yo aquí entre la mierda.

–¿Quieres que te lleve a México?

Se dio la vuelta hacia mí y se apartó el pelo de la cara, los dientes le asomaban bajo el labio superior ya sin pintura. Mis dedos recorrían su columna vertebral. Pues a México te voy a llevar. Se quedó boquiabierta, yo no supe cómo reaccionar.

Lo dije por decir algo, son promesas tontas de enamorados, todas las parejas se las hacen. El problema es que nosotros no éramos una pareja normal. Aún entonces seguíamos siendo amigos. Por su reacción, supuse que nadie le había prometido esas cosas nunca antes.

Al día siguiente, a la hora de comer, apareció con un folleto de una agencia de viajes. *Cumple tu palabra*, había escrito con boli bajo la foto de una playa de arena blanca y fina y agua cristalina. Yo no dije nada. Dos años más tarde, cuando conseguí ahorrar lo suficiente, me planté en su habitación en plena época de finales.



Toma, le dije, y le tendí dos billetes de Iberia.

Tres días más tarde, cruzamos Despeñaperros montados en el Citroën Saxo granate de mi hermano. Ella intentó dormir pero los nervios no le dejaron; no paraba de hablar. Tenía tantas ganas, decía, era tan feliz. Hojeaba la guía de viajes que había sacado de la biblioteca y doblaba las páginas que hablaban sobre lo que quería visitar. Mira esto, y mira, ¿tú sabías que...?, ay, qué pena que no podamos ver un equinoccio en Kukulcán, aún no hemos llegado y ya hay cosas que no vamos a poder hacer. El azul de sus ojos se había vuelto de niña impaciente un seis de enero, no me lo creo, no me lo creo. Aprovechaba cualquier momento para plantarme un beso en cualquier sitio (Juani, ten cuidado a ver si vas a provocar una catástrofe), me ofrecía chicles, me metía patatas fritas en la boca, me ponía su cigarro en los labios y yo le agradecía que me acercara tanto los restos de carmín, pero apartaba la cara, Juani, tú sabes que yo solo fumo en ocasiones especiales. Ya, rió ella, pero porque no sabes. Y reía y reía y carcajada por allí y carcajada por allá. La miré de reojo mientras se acercaba la guía a los ojos para mirar detalladamente una foto, pensé que, si es cierto eso de que la felicidad no es sino la alegría momentánea, estaba cruzando la Mancha con la más feliz de todas las dulcineas. Y yo su Don Quijote, que, afortunadamente recobraría la cordura al poner un pie en su lecho de muerte.

Dejamos el coche en el aparcamiento del aeropuerto y metimos las maletas en un carrito de metal. Cuando se cansaba de estar de pie, se sentaba entre los bultos y reía a carcajadas. Estaba irreconocible: derrochaba alegría, reía por todo, los ojos más azules que nunca. No quedaba ni rastro de la Juani misteriosa y callada que con cada palabra lanzaba dagas.

No era montar en avión una experiencia nueva para ninguno de los dos, así que nos cogimos de la mano y miramos por la ventana cómo se alejaba y alejaba el suelo. Luego me contó que a su abuela la cuidaba una muchacha mexicana de rasgos indígenas y a la que jamás había visto soltar ni una palabra fea. Por lo visto estuvo trabajando de puta en Tijuana mientras buscaba la ocasión para cruzarse a Estados Unidos, pero como ésta parecía no llegar, cogió



todo el dinero ahorrado, mandó a su hijo a casa de una tía o de una hermana o de una prima, y se embarcó en el primer vuelo que encontró con destino a España. Cobraba nada y estaba la pobre de interna, y como no salía para nada de la casa excepto para ir al mercado y al médico, al mes mandaba el sueldo casi íntegro en un giro internacional al que invitaba la vieja. Pobrecita, deberías haberle dicho que veníamos por si quería que le hiciéramos algún recado, le dije yo. No, si se fue, se cansó de mi abuela, dijo que de puta se vivía mejor y se marchó pidiendo perdón por irse así tan de repente, casi sin avisar. La abuela siempre creyó que algo se traía entre manos, ya se sabe a qué vienen todos, diría, ya se sabe.

Juani quiso montarse en el primer coche que se ofreció a llevarnos a la pensión, pero yo le tapé la boca y le recordé que allí te secuestraba cualquiera. Se rió de mí y se metió en aquel auto blanco. Cuarenta minutos más tarde, y después de una afable conversación con aquel conductor gordo y bigotudo, nos plantamos los dos forasteros, yo con las dos maletas, ella con la cámara de fotos colgada del cuello y la guía de viajes en la mano, delante de un hotel bonito pero básico, al estilo europeo, de reciente construcción. La piscina estaba cerrada, nos dijeron, pero cuentan con bañeras en sus cuartos. Una vez en la habitación, descorrió las cortinas y salió al balcón, fui tras ella y la abracé. Desde la terraza del segundo hotel se verá el mar, le dije al oído, al menos eso me han dicho en la agencia. Me di cuenta de que estaba llorando.

El viaje se nos pasó volando, sobre todo los cuatro primeros días. Recorrimos el DF de punta a punta, entramos a todos los museos, a todas las galerías, a todas las iglesias. No nos dejamos nada por ver, según su guía de viajes. Para comer nos sentábamos en cualquier terraza, o comprábamos algo para llevar en el primer puestecito ambulante que encontrábamos. A veces no había quien se lo comiera, y otras queríamos volver a comprar más. Los vendedores nos preguntaban, con sonrisa pícaro, que si éramos novios, si estábamos de luna de miel. Ella siempre intentaba decir que no, que no éramos más que amigos, pero yo me adelantaba y respondía que sí, que todavía no nos habíamos casado pero que podía considerarse nuestro viaje de novios. En estas situaciones



obviaba su incomodidad, palpable a distancia, pues me había propuesto volver de Centroamérica con una relación estable, que todo el mundo pudiera conocer y admirar, basada en el respeto, la confianza y el cariño, en la reciprocidad. Y sin embargo...

El jueves a mediodía cogimos un avión a Mérida y luego fuimos en un autobús de línea abarrotado y destartalado hasta el centro de Cancún. De allí en taxi hasta el hotel, donde tuvimos que esperar más de media hora sentados los dos en una butaca de terciopelo granate. Ella encima de mí. Le cogí la mano que le asomaba bajo el poncho que yo le había regalado. Mira qué bonito, me dijo al pasar junto al puesto en el que lo vendían. Acogió el precio con desilusión y hundió su nariz en mi hombro. Luego yo salí de la habitación mientras se duchaba. Tomé un taxi, lo compré y se lo puse cuando salía de la bañera, aún mojada. Gritó como loca, me abrazó, me mojó. ¡Soy Frida Khalo!, gritaba frunciendo el ceño y sujetándose el pelo con la mano. Luego me besó. Ahora quise besarla de nuevo, en mitad de la recepción, pero me apartó de un empujón, me dijo que lo sentía mucho y salió corriendo en dirección a los servicios, dejándome allí recostado hacia atrás, con las piernas separadas y los tobillos asomando bajo el dobladillo de los pantalones. A ella le gustaban así. Ya el primer día, cuando volví a por el mechero a su cuarto, me dijo que mejor doblar los bajos dos dedos para arriba. Te quedará mejor, ya verás, da estilo. Se agachó para hacerlo ella misma y luego...

Me la encontré en las escaleras, le dije que ya nos habían asignado habitación y se abrazó a mí, me pidió perdón. Una vez en la habitación seguimos el mismo ritual que unos días antes en la capital del país, pero esta vez ella no lloró: se dio la vuelta y a empujoncitos me llevó dentro hasta que me tiró sobre la cama. No recitó nada; se oía el mar.

Siguiendo su guía de viajes al pie de la letra, ignoramos por completo la playa privada de uso exclusivo para los clientes del complejo hotelero y nos fuimos a Chichén Itzá. Me dio la cámara a mí y ella sacó una libreta y un boli bic de su bolso. Voy a tomar apuntes, me dijo, creo que voy a intentar escribir una novela.



¿Seré yo el protagonista? Me acarició la mano y me dijo que me reservaría un papel secundario, un camarero, un vendedor ambulante bigotudo y gordo, el guía de la excursión. Reímos a gusto, nada vaticinaba la tormenta del día siguiente. Esa noche, con las ruinas aún recientes en nuestras retinas, el mar volvió a colarse en nuestra cama. Después encajamos nuestros cuerpos de perfil: yo me dormí abrazándola, ella con la guía en la mano, planificando el día siguiente.

Cuando desperté no estaba. Miré el reloj y ya eran las once; la salida estaba prevista para las diez. Bajé en bañador a la cafetería y me la encontré sentada en un sillón de mimbre, en la terraza, mirando al mar. El cielo estaba nublado. Pedí el desayuno y me senté dando los buenos días. Me miró con el ceño fruncido, hemos dormido abrazados, espetó. Yo me encogí de hombros, me rasqué la nuca. No sabía qué quería decir, incluso sonreí. ¿Y qué pasa?, logré articular finalmente, ¿no nos íbamos a las diez? Hoy prefiero quedarme a descansar, dijo sin mirarme, ve tú si quieres, haz muchas fotos.

Por mucho que me hubiese propuesto ser el que llevase los pantalones durante el viaje me acabé el desayuno en silencio, me levanté, le di un beso en la mejilla que estuvo a punto de rechazar y subí a la habitación a seguir durmiendo. Ni siquiera me llamó para comer.

A las cinco saqué de la máquina expendedora del vestíbulo una bolsa de algo parecido a las patatas fritas y bajé a la playa con la toalla al hombro. Al pasar por la puerta de la cafetería me fijé en si estaba sentada en el mismo sillón de por la mañana, pero el local estaba cerrado; en la puerta había un cartel que decía que se les había estropeado no se qué, que reabrirían en cuanto pudieran, el bar de la playa estaba abierto desde por la mañana hasta por la noche.

Extendí la toalla y me senté, mis pies jugaban con la arena. Cada vez estaba más cabreado, me estaba hartando, siempre ella la enigmática, la víctima, la amada y nunca la amante, siempre yo el amante y nunca el amado, el que se preocupaba, el que se gastaba los ahorros en hacerla feliz, el que se callaba. El mar estaba



gris. Eso tenía que acabar, y tenía que acabar ya. La situación me estaba sobrepasando, estaba lleno de rabia, si en este mismo momento la tuviera delante no sé qué haría –pensaba cuando la vi caminando por la orilla. Llevaba los brazos cruzados, como estaba nublado, parecía que tenía frío. Llevaba el pelo suelto y los ojos sin desmaquillar, tan guapa... Agaché la cabeza. Toda la rabia anterior había sido sustituida por un instinto paternal que me empujaba a levantarme y abrazarla y decirle que no pasaba nada, que no tuviera miedo.

Pero debía mantenerme firme, esperar a que viniera ella, tendríamos una conversación, era de total necesidad. Ella dudó, y, flemáticamente, se dirigió a mí, se sentó a mi lado e hincó su cara en mi hombro. Empezamos a llorar, los dos. La conversación quedaba pospuesta.

Durante el día y medio que nos quedaba en América solo mantuve una conversación con la muchacha que nos subió la cena y con mi hermano, a quien llamé por teléfono para decirle que le dejaría el coche en el parking de donde lo cogí. Me preguntó que cómo iba el viaje, le dije que bien, que cómo estaba Juani, un poco resfriada, que cómo estaba yo, cansado, que si recomendaba México, sí, muy bonito, vamos a dejarlo ya que esto sale muy caro, en cuanto llegue te llamo y te cuento detalladamente, ¿eh?, venga, un abrazo. Fue colgar y romper a llorar.

No veía el momento de la conversación con Juani, después de casi 48 horas comunicándonos con monosílabos no me sentía con ganas, ni con fuerzas, de iniciar un monólogo expositivo de los problemas de mi mundo interior y verla llorar hasta que al fin explotara y me dijera lo que yo no quería oír.

Dormíamos separados, sin rozarnos, ni mar, ni poesía, ni cuerpos encajados: en pijama. El sonido ambiente de la habitación estaba compuesto de sollozos y mocos siendo sonados, del agua de la ducha, del timbre de la puerta y el consecuente abran–que–les–traigo–lo–que–han–pedido.

Un algo dentro de mí quería salir y ver lo que le quedaba por visitar, cogerla en brazos y pasearla por toda la península del Yucatán con el pelo al viento, comerle la boca a cada paso, decirle



que disfrutara de lo que estábamos viviendo, que mañana nos íbamos y probablemente sería la última vez que pisaríamos el suelo de un continente tan lejano, ni Turquía ni Marruecos cuentan como viaje exótico tras cruzar el Atlántico, vayamos a comprobar tus suposiciones antropológicas sobre los indígenas, llenemos tu libreta de notas, a cada cual más bonita, ¡planeemos que nos vamos a vivir juntos! Sin embargo me callaba, me aguantaba las lágrimas –cuando podía–, comía en silencio y dormía vestido.

Casi perdemos el avión, pues el taxista quiso hacernos un tour turístico por los alrededores del aeropuerto para que el taxímetro sumara más dólares. Durante las ocho horas de vuelo, solo hablamos a la hora de comprar una botella de agua a medias. Yo busqué su mano, pero ella la escondió. En el coche ella durmió y yo escuché la radio.

Eso no era lo que yo quería, lo que yo esperaba de aquel viaje. Me había gastado un dineral para hacerla feliz, para demostrarle que en mí encontraría lo que buscaba, y no para volver como una pareja de recién casados que descubren en la luna de miel que no se pueden aguantar. Yo no quería un silencio incómodo en cada semáforo en rojo, sino un beso. Que me dijera ella la hora y no la locutora.

Ya en Granada, se bajó del coche, abrió el maletero, cogió su equipaje y se fue sin decir adiós, y si lo dijo, yo no lo escuché. La vi irse sin moverme ni un milímetro, y con cada paso suyo, yo quería ir detrás de ella, cogerla del brazo y tener allí mismo, en mitad de un aparcamiento polvoriento, la conversación que tanto me angustiaba y me carcomía por dentro. Pero no, allí seguí, y cuando la perdí de vista le eché la llave al coche y, entonces, me marché yo.

Estuve dos noches sin dormir y una semana sin descansar. Como el colegio ya había cerrado, me alojaba en el piso de mi hermano, que ya se había ido al pueblo. Allí no había quien me sacara de la cama, ni me diera de comer, ni me cuidara. Quería engañarme haciéndome la víctima, pensando que, a fin de cuentas, nadie nunca me había cuidado a mí, siempre había cuidado yo. Otras veces quería echarme la culpa a mí de lo que había pasado, pero como



no era capaz de ponerle un nombre a lo ocurrido, ni siquiera de describirlo, aquellos pensamientos se perdían pronto en el vacío.

Sin embargo, peor fue cuando caí en la cuenta de que probablemente no la volvería a ver más: ella había acabado la carrera hacía dos semanas y no habíamos hablado de lo que tenía pensado hacer después. Ya veré, decía, ¡déjame improvisar como hago siempre! Estaba claro que al colegio no volvería, pues ya me había dicho en un par de ocasiones que se sentía demasiado vieja cuando hablaba con los novatos. Incluso tú me lo haces sentir, bromeaba, con los dos años que te saco.

Aquel mismo día cogí el coche de mi hermano, sin pedirle permiso, y me fui al pueblo. Granada se apellidaba Juani.

## II. Tres

Al principio la vida en Alemania fue dura: el frío, los horarios, el idioma, las relaciones. Llegué a primeros de septiembre y ya en los servicios del aeropuerto abrí la maleta para sacar un jersey marrón. En la ropa mal doblada se notaba mi desasosiego al empacar, las pocas ganas y los miedos a marchar. No había vuelto a Granada, pero la caja llena de los objetos de mis estanterías, traída por mi hermano tras mi admisión en Colonia y mi negativa a recoger yo mismo la habitación del colegio, me sumió en una tristeza no ya olvidada, sino hibernada, guardada a buen recaudo, entre cómo montar en bicicleta y las tablas de multiplicar. Así, lo que apenas dos meses antes me había llevado a buscar la forma de huir desesperadamente, ahora me hacía querer quedarme, buscarla, y por fin hablar.

Pero no lo hice. Sabía que al encontrarme con su cara a tan poca distancia de la mía callaría cobardemente, como había hecho en tantas ocasiones, y la situación entera dependería de ella, como siempre. Por lo que me bajé del avión perdido, con el ceño fruncido, arrastrando tras de mí un proyecto fracasado, proyecto en el que había trabajado durante dos años y que había supuesto el horizonte de felicidad al que todos aspiran llegar. Dormir juntos todas las noches, hacerle el desayuno, ducharme con la puerta abierta. La rutina en general era a donde yo quería llegar. Pero no solo, sino con ella; de la mano.



Roland me ayudó desde el principio. Nunca se lo he preguntado, pero supongo que solo con cruzar nuestras miradas por primera vez adivinó los motivos que me habían llevado tan lejos del sol y el calor. Era mi compañero de habitación. Al principio me habló en inglés, pero cuando entendió que me era tan extraño como el alemán, dejó de complicarse la vida. Tras su bienvenida yo le dije que lo sentía, pero que en el instituto solo había estudiado francés. Él me sonrió, tan afable, y me llevó del brazo hasta mi cama. La señaló: *Dein Bett, ok?*

Ni siquiera hoy sé cómo nos entendimos. A pesar de las clases de alemán, mi aprendizaje fue lento, lentísimo, incluso algo desesperante. Sorprendentemente él entendió mi español y yo su alemán, solo el suyo. Comenzó a acompañarme a todos lados, era mi traductor, mi intérprete. Cuando compré mi primer diccionario español-alemán me enteré por fin de qué estudiaba: era bailarín.

Nunca más pude mirarlo con los mismos ojos. Siempre lo había imaginado desquiciado contra el escritorio, pegado a una calculadora las veinticuatro horas del día, bebiendo mucho café. Pero resultaba que se desvivía por la música, por subirse a un escenario y moverse dejándolos a todos boquiabiertos. *Jetzt mache ich mein letztes Jahr.* Y yo asentí. Meses después sabría que le quedaba un año para graduarse, y que buscaba como un desesperado colarse en cualquier compañía.

Me introdujo en su ambiente. Al verme debió de sentir el mismo instinto paternal que sintiera yo por ella en México, pobrecito, tan triste, tan solo como lo ha dejado, y encima está rodeado de cosas extrañas. Él siempre sonreía, con su pelo tan cortito, las arrugas en la nuca y la cara tan arrugada a causa de la sonrisa. A los dos días de estar allí me sacó de fiesta. *Trink um zu vergessen!*, me animó mientras me pasaba un gran vaso. Oyendo pero no escuchando una ristra de nombres bárbaros, lo ingerí todo de una vez. Y todos me miraban. ¿Acaso Roland les había contado algo de lo que intuía? Hike se acercó y entre el ruido ambiente del bar me dijo que ella sabía un poco de español. Y empezamos a hablar.

De todo y de nada, hablaba con aquella extraña como si la conociera desde hacía siglos, sin saber que encontraría en ella la



amiga que necesitaba en Alemania, la que, aparte de sobreentender, comprendiera mis palabras, y con quien pudiera mantener una conversación larga. No importaría su escaso vocabulario, ni su pronunciación extraña, nuestra amistad duraría, y supongo que iré a mi funeral.

Un día Roland me invitó a ver su escuela. Estaba en el centro, mejor que fuera en taxi, ya que todavía no me llevaba muy bien con el transporte público. Me dijo que podía pasarme a última hora, que preguntara por él en recepción, que ya dejaría él avisado que iba a ir para que me dijeran adónde tenía que dirigirme. Y así lo hice. Llegué, a propósito, antes de que acabaran las clases para poder verlo en plena acción. Solo lo había visto estirando y tenía cierta curiosidad por disfrutar de sus movimientos.

La recepcionista resultó ser una gorda parecida a la que presentaba aquel programa de viajes que tanto había influido en mi vida. Nunca me había parado a pensarlo, pero cuando la señora empezó a hablar, mi mente comenzó a divagar. Todo por un puto programa de viajes. Si ese día no hubiese sido sobre México, ella no me habría pedido llevarla y no... Si ni siquiera existiese ese programa... Pero es que si el padre de Juani no hubiese instalado el televisor en el escritorio... Quizá si alguien se hubiese preocupado de arreglarla para que sintonizara más canales... ¿Y qué más daba?, intenté convencerme, ¿qué iba a sacar de eso? Nada, alargar unos meses lo inevitable; estaba claro que no podíamos seguir así, que si ella no lo aceptaba no teníamos nada que hacer. Solo hubiese servido para aumentar la decepción y la amargura, para vaciar mi vida de sentido aún por más tiempo, para acabar con más planes de los que ya se desvanecieron entre arena fina y aguas cristalinas.

En realidad mi expedición a Alemania empezaba a surtir efecto: por un lado por fin era capaz de defenderme en alemán, y por otro había dejado de pensar en ella tanto. Supongo que tendría demasiadas cosas en la cabeza como para andar recordando. Estaba distraído de mis quehaceres como desenamorado, se me había olvidado llorar, no dormir, repetir una y otra vez los mismos versos. Si bien es cierto que a veces Juani volvía sin avisar y me dejaba destrozado por dentro, siempre intentaba sobrepasarla,





quedar por encima de ella y taparle la boca al pasado con el presente y el futuro.

Además estaba Roland.

Me bajé del ascensor en la tercera planta y avancé vacilando por el pasillo de parqué, buscando dónde se encontraba el piano que unas manos, sin duda magistrales, tocaban. Tchaikovsky resonaba en los ventanales de cristal. Oh, hay una puerta abierta al final. Tardé poco en localizarlo: corría con los músculos apesadados por una especie de mono negro a través del cual se adivinaba su anatomía perfecta, tan bien esculpida. Saltaba, levantaba los brazos, giraba, elevaba la pierna, ora cogía a una chica, ora a otra. Rebosando elegancia, era como si rayos de elegancia partieran de su cabeza y se extendieran por todo el cuerpo, descendieran por la espalda y el pecho y resbalaran al vacío por el empeine, recorrieran sus brazos y echaran a volar por sus dedos estirados. Los rayos dorados que Bernini vertiera sobre Santa Teresa se introducían en cada poro níveo de Roland, perdía la mirada al estirar el brazo y luego la mantenía fija al girar sobre sí mismo.

Mirada perdida por última vez y la música paró y yo respiré. La sala se fue vaciando, él recogió sus cosas y se acercó a mí sonriendo.

–*Das ist wirklich schön* –acerté a decir.

–*Danke schön! Ich komme sofort* –y se fue con una toalla al hombro.

Me senté en el pasillo a esperar. Volvió un cuarto de hora más tarde, en vaqueros y con jersey. Me dio la mano para ayudarme a levantarme y no me la soltó hasta que llegamos a la residencia.

Volvimos andando. Lo pasamos bien. Reímos y hablamos lo poco que pudimos. Él me abrazaba a cada paso. Me paseaba orgulloso, demostrando a la ciudad y su frío el trofeo que aquella tarde por fin había conseguido. Y yo lo miraba sonreír, como siempre, pero más feliz, con los ojos achinados y las patas de gallo tan arrugadas.

Lo nuestro funcionó. Fue simple: nos queríamos. Y no había más. Esa misma noche juntamos las dos camas y creímos que no las íbamos a separar nunca. Yo encontré en él la mitad que me faltaba desde que Juani se la llevó y él en mí alguien a quien darse. Él no solo fue un sustituto, fue mucho más que eso: fue lluvias torrenciales que hicieron rebosar el embalse que siempre solía estar al cincuenta



por ciento de su capacidad. Se instaló un embarcadero de cuento en la orilla norte, y le regalé una barquita a remos, con un cisne en el mascarón, un cisne bonito y sonriente. A él le gustaba pasear remando, rompiendo la tranquilidad de las aguas, sometiendo a los peces del fondo a unas cosquillas insoportables que daban lugar a la apertura de compuertas. Se deslizaba hábilmente por la cascada y luego volvía a llover su barquita del cielo. Y volvía a navegar por mí. Una y otra vez, incansablemente.

No había versos, pero ¿quién quiere versos habiendo música, movimientos acompasados en una danza prehistórica? Una noche, tras encajar nuestros cuerpos de perfil para dormir, vino su boca a mi oído para decirme buenas noches, como siempre, solo que cambió las palabras:

–*Weißt du was “bessere Hälfte” bedeutet?*

–*Du, meine Liebe. Du.*

Y con esta declaración de amor al tercer día quedó sellada nuestra relación. Hike la celebró con gran alegría. Me alegro un montón, dijo, te lo mereces, pero, sobre todo, él te merece a ti. Tomábamos café en una cafetería de aire parisiense. Me abrazó e invitó ella. Se fue apresuradamente, luego nos vemos, me dijo mientras se alejaba, *tschüs!*

Abrochando el último botón de la chaqueta salí a la calle; metí las manos en los bolsillos y me encaminé hacia la librería, mirando escaparates. Estábamos a principios de diciembre y para Navidad tenía que volver. Me asustaba perder la estabilidad emocional en el aterrizaje, pasar por una carretera en cuyo asfalto estuviera su cara grabada, encontrarme un libro dedicado en la estantería. Si bien Roland se había ofrecido a viajar conmigo, quien sabe si por desconfianza o por dar un paso más, no me había planteado esa posibilidad: demasiado pronto. No debía de pasar nada, Juani no era sino una foto olvidada en un cajón; estaba siendo demasiado dramático al pensar de aquella manera. *Juani was over.*

Llegué a la Bucherfernster y entré a mirar las novedades en juvenil. El dueño ya me conocía; yo era cliente asiduo. Dennis había sido testigo de cómo evolucionaba desde cuentos infantiles con más ilustraciones que letras hasta las novelitas juveniles que leía





ahora y que solo tenían una ilustración por cada diez páginas. Me gustaba pasear por la sección de narrativa acariciándole los lomos a los libros, pensando en cuál sería el primero que leería cuando me independizara del diccionario. Los de edición cara parecen muy difíciles, barrocos, enrevesados. En cambio las ediciones de bolsillo siempre tienen pinta de coloquiales, directas, entretenidas, fáciles. La sección de poesía estaba vetada, solo por si acaso.

Reparé aquel día en que la sección de ensayo se había visto reducida y ahora, en el extremo de la estantería, colgaba un cartel que rezaba SPANISCHE LITERATUR. Acudí casi corriendo, con *Johnny, der Schnell* bajo el brazo. No tenía pensado comprar nada en español, tenía que aprender alemán, pero reconocer las palabras, saber pronunciar los nombres, era algo que hacía tiempo que echaba en falta.

Apenas había diez tomos, todos con una franja roja que los prometían como best-sellers. No me sonaba ninguno. Eran ediciones caras, de incómoda pasta dura. Era curioso que cinco de los diez fueran novelas históricas, tres policíacas, uno de autoayuda y otro... *México 1992* tenía nombre de novela de ciencia ficción, tipografía de novela histórica y portada de dramón femenino. La tira roja que proclamaba el éxito que la novel escritora había recogido no dejaba ver el nombre de ésta. Movido por la curiosidad lo cogí para leer la contraportada, y allí estaba ella.

Con el rostro serio se apoyaba en su brazo, el pelo liso le caía por los hombros, tenía un boli caro entre los dedos. Al verla allí no sentí sino sorpresa. Quise dejar inmediatamente el libro en su lugar, pero me moría de ganas por saber si había escrito la novela a partir de las notas que tomara en nuestro viaje a México. Leí la sinopsis. A simple vista no parecía tener nada que ver conmigo: una chica anoréxica, desesperada por encontrar lo que había perdido, un viaje a México como desencadenante, oligofrenia pasajera mientras intentaba escribir un poemario por encargo. Eran palabras bonitas que poco decían pero que vendían. Recordé la conversación en el trayecto desde el Hotel hasta Chichén Itzá. Si yo salía entre aquellas páginas era como camarero, o frutero, o cualquier personaje secundario. Y si era algo más que secundario no



quería saberlo. No estaba dispuesto a sumergirme en los recuerdos como aquellos arqueólogos gringos que se sumergían en el cenote sagrado aquel día, cuando Juani me dijo al oído que tenía calor, que la empujara cual sacerdote a la doncella bellamente engalanada.

Así que pagué por *Johnny* y me fui.

Durante la visita de aquellas navidades mi madre insistió mucho en que quería conocer a Roland. Quería que le enseñara fotos, no paraba de preguntar sobre él. Y mi padre se callaba, pero se le veía en el brillo de los ojos la curiosidad que sentía, también apreciable en cómo bajaba el volumen del televisor cuando mamá se disponía a otro de sus interrogatorios. Incluso mi hermano dio a entender que le tenía intrigado con mi romance alemán: cuando se marchó a Granada y nos despedimos me dijo que a ver cuándo podía ir a verme a Colonia.

En España compré un jersey muy gordo para Roland, y mi madre nos tejió dos bufandas eternas en tonos marrones porque, según ella, en Alemania hace tanto frío que nunca está de más llevar algún color otoñal, de los que te recuerdan el calor que pasaste en verano.

Al llegar al aeropuerto el día 2, y tras la parafernalia requerida por las fechas, enrollé la bufanda alrededor del cuello de Roland y lo besé sonriente.

–*Du kannst nicht vorstellen, wie habe ich dich vermissen.*

–*Oh, doch, ich kann es vorstellen.*

Y el invierno. Y la primavera. Todos esos meses pasaron volando. Yo con los exámenes de mi último año de carrera, él con sus audiciones en compañías de toda clase. Siempre volvía quejándose de que los directores solo cogían a los que sabían bailar flamenco. No es justo, ¡podrías enseñarme flamenco!, me decía enfurruñado mientras yo me masajeaba las sienes colapsadas. Entonces se dejaba caer exhausto sobre el sofá. Yo me sentaba junto a él y lo atraía hacia mí, le acariciaba la barba y lo tranquilizaba. El estrés de las audiciones lo agotaba tanto que a menudo se quedaba dormido entre mis brazos, y yo sacrificaba el resto de tarde de estudio por contemplar la tranquilidad de su piel pálida, de sus pestañas alargadas.



Al fin lo cogieron. Al fin acabé los exámenes. Su contrato empezaba a principios de septiembre y yo tenía pensado empezar a dar clases particulares de español a finales de agosto, una vez recuperado de todos los nervios, de todas las tensiones, de todas las caídas de autoestima sufridas durante las noches de exámenes. Así que propuse a Roland viajar a España. No cabía de alegría en sí, *aber natürlich! Oh, Spanien, die Sonne, das Meer, Flamenco!* Ya me encargué yo de explicarle a dónde iba, por lo que no se desilusionó al ver el pueblecito decadente donde nos dejó el autobús de línea después de cinco interminables horas desde Madrid.

Eran las cuatro de la tarde, Roland parecía al borde del golpe de calor y en la parada esperaba la familia entera. Mi madre se abalanzó sobre mí y me secó el sudor con el dorso de la mano. Mientras, mi hermano y mi abuela me rodeaban esperando impacientes que acabara mi madre, papá le tendió la mano a Roland, le quitó el equipaje y lo llevó a la sombra. Los días en el pueblo pasaron lentos y pegajosos. El calor se colaba por las rendijas de las persianas y yo veía a Roland sufrir como no lo había visto nunca. Sin embargo él sonreía, arrugándosele las patas de gallo, y asentía a todo lo que se le dijera. Con mi padre se entendió perfectamente: todas las mañanas iba con él al campo, y cuando volvía me contaba entusiasmado todo lo que había aprendido. Tu pueblo es genial, no entiendo cómo puede no gustarte, decía.

La familia entera se mostró hospitalaria con Roland como nunca lo había sido con las novias de mi hermano. Supongo que lo imaginaban tan indefenso como él me había imaginado a mí a mi llegada a Colonia. Los extranjeros suelen parecernos, a los xenófilos, seres entrañables y perdidos que necesitan de nosotros para encontrarse. Papá siempre programaba nuevas actividades con Roland, la abuela le hablaba muy rápido y a trompicones y Roland se reía, mamá lo sentaba en la cocina para que viera cómo preparaba las comidas *typical spanish*. Hasta mi hermano intentaba conversar con él en su tosco y pueril inglés. Roland se sentía como en casa. Y al fin y al cabo lo era. La casa de uno está donde está su corazón; yo era su corazón, él el mío.



Incluso le dio a él más pena que a mí que se nos acabaran las vacaciones, según me contó en el vuelo. Lo que estaba claro era que nuestra relación había salido más que favorecida de aquel viaje. Durante casi dos meses habíamos invertido los papeles: yo me había hecho cargo de él como él se volvió a hacer cargo de mí en cuanto pisamos suelo centroeuropeo. Había visto la obra tanto desde la platea como desde el palco de honor, y ahora me creía capaz de entender lo que él sentía, lo que se le pasaba por la cabeza.

Aquella noche de domingo de agosto, 29, nos supo a gloria encontrar la piel cálida del otro a la hora de cambiar de posición, así como sentir la respiración complementaria calentándonos los bigotes. Si algo había sido insoportable de aquella estancia rural, había sido el dormir separados. Aunque en la misma habitación, en camas separadas. Ah, y besarnos sin mirar antes a los lados, eso también lo habíamos echado de menos. En vez de buenas noches, aquel 29 de agosto, al dejarse caer exhausto y sudado, susurró *ich liebe dich. Ich auch, liebbling*, lo besé yo.

Y sin embargo, apenas año y medio después, nuestro perfecto mundo de amor pareció tener fecha de caducidad cuando Roland llegó anunciando que iba a hacer una prueba para no sé qué compañía vienesa. Al verlo tan contento le di ánimos al mismo tiempo que empezaba a preocuparme por la mudanza que supondría su nuevo empleo. De todas maneras no le hice mucho caso: no había nada seguro. Además me dijo que la prueba era en septiembre. Quedaban nueve meses. Nueve meses en los que dedicaría los descansos en casa para seguir practicando. Me pidió perdón por adelantado por el tiempo que iba a dejar de dedicarme.

Entretanto me llevó a Moscú. Tenemos una vacante en el vuelo, dijo, y nadie puede llevar acompañante, dicen que es muy precipitado. Dije sí sin pensármelo dos veces. Moscú, lo que para mí implicaba nieve, y Roland. Sin embargo no caí en las horas muertas en el hotel, el aburrimiento paseando siempre por los mismos negocios, solo, o sentado en la platea del teatro mirándolo saltando aquí, elevando la pierna allá, agachándose aquí, girando allá,... Además no nevó. Por lo que fue solo Moscú.



Y en septiembre vino a recogerme al aeropuerto con sus buenas noticias. Yo había pasado un mes en el pueblo, mes que él había pasado preparándose para la prueba mañana, tarde y noche.

–¿Dónde te has dejado a Rolando? –preguntó mi padre decepcionado.

–Tiene una prueba el mes que viene, en Viena; está preparándose.

–¿Y eso es bueno?

Pues para él sí, evidentemente. Pero para mí... Cuando Roland me dijo que lo habían cogido me mordí los labios durante el trayecto en metro para descargar una vez cerrada la puerta tras de mí. Egoístamente comencé a despotricar en alemán como nunca había pensado que sería capaz. Olvidé entonces toda aquella empatía aprendida en aquel verano que se antojaba tan lejano y puse el grito en el cielo por la inminente mudanza sin razón ninguna, pues, realmente, lo único que tenía en Colonia, aparte de Roland, era a Hike. Apartamentos tan bonitos como el nuestro encontraríamos en cualquier ciudad, incluso más grandes y baratos, y las clases particulares podía impartirlas igualmente en un país que en otro. Pero en aquellos momentos me pareció el fin del mundo. Subconscientemente había ligado las mudanzas, los exilios y las huidas con los fracasos. Si bien el fracaso amoroso mexicano me llevó a Alemania, al irme a Viena no perdía nada, pero Roland no fue capaz de hacerme verlo, pues no hay más ciego que el que no quiere ver.

Dormí en el sofá, recapacité, llegué a la conclusión de que el que más tenía que perder (y que ganar) era él y al día siguiente me dispuse a seleccionar los objetos que quería llevarme, aunque ya predispuesto a pasar los peores meses de mi existencia en Viena, a no adaptarme a la capital del antiguo Imperio Austro-Húngaro, a no soportar el sabor de la Sachetorte.

Y así fue. Predicho y hecho.

El nuevo horario de Roland solo me permitía verlo a partir de las cinco, cuando regresaba exhausto, con ganas solo de cenar y dormir. Y eso con suerte, pues las giras de esta nueva compañía, mucho más conocida y con mucho más caché, doblaban el tiempo que yo estaba acostumbrado a pasar sin él. Y yo llenaba sus



ausencias con tantas clases particulares como el horario de los austriacos me permitía. Y me iba introduciendo en una espiral de tedio y aburrimiento que parecía no tener fin. Y mis alumnos me lo notaban en la cara. *Du siehst unglücklich aus.* Que parecía triste. Y yo disimulando como podía: *nichts wichtig, kein Problem*, excusando la brevedad de mi respuesta en mi condición de extranjero. Y yo mordiéndome los labios para no empezar a hablar hasta que acabara la hora, intentando no parpadear para no llorar.

Porque tenía un novio al que solo veía para dormir, porque estaba en una ciudad preciosa por la que tenía que pasear solo, con las manos en los bolsillos y la boca tapada por la bufanda, porque estaba empezando a odiar incluso al alemán: había localizado una librería bastante céntrica donde había una estantería de literatura castellana, por lo que podría decirse que, teniendo en cuenta las clases y los libros que devoraba, sustituía a Roland con el español.

Esperaba los fines de gira como las mujeres esperan a que sus maridos regresen de la guerra: sentadas justo en mitad del sofá, con las piernas y los brazos cruzados y mirando el reloj con desesperación. Y los fines llegaban, y Roland entraba por la puerta de casa a deshoras arrastrando una maleta negra, me besaba ligeramente y se dejaba caer en la cama. *Oh, mein Bett, wie habe ich dich vermissen!* Yo me sentaba junto a él. Lo veía tan cansado que le acariciaba el pelo corto mientras me limitaba a observarlo. ¿Es que a mí no me has echado de menos? Y los aber-natürlich:meine-Liebe coloniales eran sustituidos por sus ronquidos.

Aunque entonces lo culpara, ahora no. Es más, llego a compadecerme de él como el ama de casa de su marido camionero. ¿Y qué vas a hacer? Es lo que hay. Yo ya sabía que era bailarín cuando juntamos las camas, y ya sabía el tiempo que llevaba prepararse una prueba cuando lo traje a España por primera vez, y ya sabía de sobra lo que era esperar los fines de gira cuando nos hicimos pareja de hecho. Yo elegí. Pero yo necesitaba la atención que me dedicó al verme perdido entre el frío germánico, con Juani y todo el amor que se llevó de golpe reflejados en los ojos, con una cara de pena.

Un nuevo espectáculo, una nueva gira, se volvía a ir. Y yo le decía que no había pasado ni una semana desde que volviera. Hace ya



un mes, ¿no te acuerdas? Ah sí, claro, disimulaba, debe de ser que a tu lado el tiempo vuela, y sin ti reptaba. La serpiente de las esperas seguía reptando, y reptaba y reptaba, y se enrollaba en la espiral de tedio, clases, libros, agujas que no avanzan y noches que no acaban. Trataba de mantenerme ocupado para no pensar, pero al final de cada frase del libro que estuviera leyendo o de la redacción que estuviera corrigiendo a mis alumnos, me sorprendía pensando en lo que haría si Roland estuviera aquí. Y si Roland estuviera aquí nos íbamos juntos a pasear, y si Roland estuviera aquí saldríamos a cenar, y si Roland estuviera aquí iríamos a casa de sus compañeros, y si siguiéramos en Colonia...

Muchas veces quise sentarme junto a él y hacerle recapacitar, decirle que no necesitábamos ganar más dinero, que no era necesario que estuviera siempre trabajando. Sin embargo yo lo sabía satisfecho e ilusionado. Además aquello podía durar un año, dos, o incluso no acabar nunca, pero siempre estaba presente el riesgo de que la compañía pasara de moda, dejara de ser contratada, de que conociera la decadencia que ya se había llevado por delante a su antigua compañía.

Y si estuviera Roland aquí..., y si estuviera Roland.

A veces incluso lloraba, y quería irme. Yo solo necesito a Roland, murmuraba, ésa es la medicina que acabará con todos mis males, una palabra suya hubiese bastado para sanarme. Yo me voy de aquí, yo me voy de aquí. Pero no iba a ningún lado. Me negaba a marcar una huida más en el mapa de mis fracasos, a huir de Austria para olvidar a Roland como había huido de España para olvidar a Juani. Porque no, porque algo tendría que haber aprendido en la vida, porque eso tenía que solucionarlo yo. Que sí, que sí, mañana, cuando vuelva, le digo que no puedo más, que esto tiene que acabar. Pero el timbre sonaba y yo respiraba profundamente secándome los ojos antes de abrirle, y le sonreía, y él me besaba, y luego dejaba la maleta a un lado y se tiraba en la cama y...

Hasta que un día me harté; las lágrimas recogieron por mí toda mi ropa, la rabia cerró la maleta, la soledad cerró la puerta al salir y se metió en mi abrigo. Maldita soledad, maldita seas. Pero no fui capaz de irme sin despedirme. Me iba, sí, otra vez; sin hablar,



sí, otra vez; pero al menos esta vez Roland sabría lo que había pasado. Podría decirse que eso era lo que me había enseñado la experiencia: yo no quería hacer como la Juani que atravesó el parking sin decir adiós o, en su defecto, murmurándolo. Yo no quería ser la Juani que empezó a llorar porque habíamos dormido abrazados. No, yo no quería ser Juani. Aunque lo estuviera siendo.

Así que busqué papel y boli y empecé a escribir: siete folios por las dos caras, en español. No sé cómo llené tanto espacio, supongo que los tres primeros serían halagos del enamorado débil que no sabía sacrificarse, rodeos para no poner en mayúscula que me iba porque ya no había nada allí que me retuviera como lo había habido en Colonia, que ya no encontraba a mi Roland, el que se había volcado en mí al verme tan así como yo estaba, el que había conseguido que me desviviera por él desviviéndose por mí. En otras palabras: huyo de ti porque te echo de menos, Roland, porque te echo de menos.

Recuerdo que me inclinaba sobre el papel vomitando palabras, sentimientos y lágrimas. Acabé, plegué los folios por la mitad y los besé. Me fui.

Hasta que no me hube montado en el avión no empecé a tener auténticas dudas sobre tan drástica decisión. En el taxi y en la sala de embarque yo solo pensaba en el que creía el único momento bueno que había pasado en Viena: cuando a los pocos días de llegar callejamos por la ciudad los dos juntos, agarrados del brazo, como una pareja turista que ha huido de la rutina para amarse sin preocupaciones. Sin embargo nosotros no habíamos huido de la rutina: íbamos directa a ella.

Y ya en el asiento, con cada nube que atravesábamos, me iba acordando de uno nuevo: cuando pasamos dos días metidos en la cama saliendo solo para recoger la comida que nos traía el repartidor, cuando en Moscú sacó dos horas libres de debajo de las piedras para ir a buscarme al hotel y llevarme a cenar al mejor restaurante que le habían recomendado, cuando aprovechamos el domingo aquel para pasear por los jardines del palacio imperial, cuando corríamos tras el tranvía, cuando veíamos la tele abrazados, cuando hablábamos, cuando lo oía respirar a mi lado, cuando se



dormía en mis brazos, cuando volvía, cuando era, él en sí y por sí, él, Roland.

Lloraba y lloraba mis lágrimas de cobardía. En lugar de un avión a España debería haberlo cogido a Italia, pensaba, para buscarle, y decirle que nos íbamos los dos a España, juntos, a vivir del amor. Pero no podía obstaculizar su carrera profesional después de todo lo que había hecho por mí. Tampoco podía abandonarlo, tratarlo tan mal como a mí me había tratado Juani. Estaba en una de las mayores encrucijadas de mi vida, y ya que había reunido agallas suficientes como para huir, me limité a dejarme llevar por mi errónea decisión, aunque cada vez que pensara en Roland encontrando el apartamento sintiera los cristalitos de pericardio hincarse en las venas de las muñecas.

Así me bajé del avión. A la salida la azafata me deseó feliz estancia. Y me dijo que no sufriera más.

–Ya vendrá alguien que te quiera tal y como tú necesitas.

Yo no sonreí, ese alguien era Roland y lo había echado de mi vida como Juani me echó de la suya en aquel parking del demonio. Lo había vuelto a hacer, había vuelto a huir, había, voluntaria o involuntariamente, fracasado de nuevo.

### III. Uno

#### EPÍLOGO

*Uno puede acostumbrarse a vivir en las circunstancias más desfavorecedoras. Podemos acostumbrarnos a vivir en la mentira, en la violencia, en el sexo, en el hambre, hasta el punto de no percibir adónde nos llevan esas circunstancias. El mitómano no ve el precipicio cuando manda las invitaciones de su no-boda, ni el maltratado cuando le dan la primera hostia, ni el adolescente cuando se masturba, ni yo tampoco lo vi cuando empecé a sobrevivir a base de manzanas. Nadie me dijo, chica, que esto no es normal. Nadie me rescató en el último momento. Ni tuve un profesor pederasta que me cocinara ni un Holden Caulfield que me agarrara por la cintura antes de desmayarme entre el centeno. No tuve nada durante mucho tiempo. Solo la imagen monstruosa que el espejo me devolvía, solo los genes chorreando por encima del elástico de las bragas, solo mi cara de gorda. Hasta que un día el cocinero*





*llamó a mi puerta. Ya saben la historia: en aquel hotel mexicano, aquel camarero bigotudo, señorita, no he podido evitar observar que lleva usted tres días sin bajar al comedor, estoy empezando a preocuparme por su salud.*

*No lo voy a negar. Quise dar con la puerta en las narices a aquel tipo que venía a interrumpir mi trabajo. El mar se oía de fondo y antes de poder reaccionar me plantó delante el carrito con platos dorados rebosantes de manjares tropicales. Establecimos un pacto silencioso, ya se lo he contado: él me traería comida todos los días y yo a cambio le dejaría entrever los versos de mi poemario entre mis cabellos desparramados.*

*Fueron los mejores días de mi vida, eso no se lo he dicho, pero espero que hayan sido capaces de intuirlo. Y sin embargo estaba a punto de culminar aquel verso octosílabo, el boli ya empezaba a enfilar la última palabra de la última letra del último poema del último libro que escribiría por encargo, cuando caí en la cuenta de cómo mi vida había perdido toda la normalidad a la que yo estaba acostumbrada. Corrí a patadas a aquel tipo bigotudo que me había estado maleando, y cerré la puerta tras de mí. Me vi tan sola frente al espejo con los genes desbordantes sobre el elástico de las bragas a un lado, con los huesos atravesando la piel blanca al otro.*

*No consigo entender cómo razoné, como llegué a la conclusión de que había fracasado en todo. Me comí el manuscrito y luego me metí los dedos para evitar que mi cuerpo asimilase tanta tinta. Qué horror, pensaba, el ombligo dilatado y coloreado de azul. Creí que con la última bocanada la laringe se me partía, creí que en cualquier momento escupiría los trozos de tripa, que me desangraría, que el ombligo se me pondría morado. Qué horror. Pero la laringe seguía en su sitio tan elegante y tan vertical como las agujas de mi cuerpo no conseguían estar. Escupía y escupo cosas como una fuente barroca en decadencia.*

*Ahora aquí yazco medio muerta medio viva a veces gorda a veces seca. Un trocito de papel vomitado se me ha hincado en las pestañas y no encuentro la fuerza para arrancármelo de un manotazo. Quisiera llamar al tipo. Quisiera arrastrarme manchando la moqueta de bilis azul y descolgar el teléfono. Señorita, haga usted subir al tipo del bigote, por favor, por lo que usted más quiera. Y si ella me contestara que el tipo bigotudo no se encontraba ahora en el hotel yo le ofrecería todo, señorita, lo que usted quiera, unos boletos para España le puedo comprar, ¿sí?, pero hágale subir, por la serpiente de plumas, Dios santo, por la serpiente de plumas.*



*Y sin embargo me he arrastrado hasta el escritorio para escribir bajo el membrete del Hotel Quetzalcoalt el epílogo de un poemario inexistente. Y lo hago porque cuando me veo flaca en el espejo aprecio demasiado al tipo del bigote como para hundirlo destrozando su autoestima haciéndolo venir después de haber destrozado sus intenciones. Sé que no se negaría a venir a rescatarme de las fauces hambrientas de la muerte, y por eso mismo no quiero decirle que venga a por mí. Que pueda seguir eternamente regodeándose en lo macho que es habiendo olvidado al cliente que rechazó sus manjares. Y si, algún día, cuando huela a muerte porque la parca esté duchándose con mi sangre, con mi vómito, con la poca cordura que me queda de vez en cuando, viene a ver qué pasa, que encuentre esta carta y se coma el amor por mí, pero que venga. Le abriré solo a él, que dé tres toques en la puerta. Le recibiré con la boca abierta si sigo aquí, si no estoy: dádselo todo. Para que viva, para que coma, para que se peine el bigote y salve a más princesas del dragón americano que las tiene apresadas en su torre de marfil. Pero reptá volando por el océano, salvador, los dioses todo lo saben, todo lo pueden, todo lo quieren. Los españoles ya se acercan y empiezo a rozar el precipicio. Tienes tiempo en tanto el centeno resista mis embistes.*

*Cancún, julio de 1992.*

Nunca tuve buena memoria. Y sin embargo conozco cada palabra de este epílogo. Conforme lo leía cada espacio era un salto al vacío, un vuelco al corazón, cada símbolo que yo entendía era una molécula de oxígeno, una inyección de morfina. Y cuando creía que ya lo había dicho todo, pasé la página esperando encontrar un espacio en blanco y descubrí aquella frase endemoniada:

*Tú conduces.*

Leí el libro del tirón, en la misma mesa de la cocina donde lo encontré a mi llegada. Y del tirón también hice las maletas, eché gasolina y arranqué el coche camino a Galicia. Era la vigésima edición de la novela, y ella, o su agente desesperado porque la gallina de los huevos de oro había dejado de incubar, o incluso su limpiadora al verla tan triste, quien sea, me la había hecho llegar. Justo al comienzo del epílogo encontré la tarjeta. Carretera de Aranga s/n, A Coruña. En courier, la tipografía que a ella más le gustaba. Escrito a boli con una letra muchísimo más tosca e infantil



que la que yo le recordaba ponía que era la única casa en un radio de veinte kilómetros. Fachada de piedra y muchas macetas.

Mi imprevisto regreso había sorprendido a toda la familia. A mi madre casi le dio un infarto al verme aparecer en el marco de la puerta. Llovía y me había dejado el paraguas en un paragüero a más de mil kilómetros. La lluvia, o las lágrimas, qué más da lo que fuera, se deslizaba por la cazadora roja y goteaba empezando a formar charcos bajo mis pies.

–¿Tú qué haces aquí? –yo creo que pensó que era un fantasma. Ay, Dios mío, mi niño se ha muerto en un accidente y ha venido a verme.

Entré de puntillas para no mojar toda la casa, besé a mis padres de soslayo y me encerré en el cuarto de baño tras poner las maletas a secar delante de la chimenea. Me senté en la bañera e intenté recapacitar, aclararme las ideas. La gira de Roland duraría todavía dos semanas más, así que aún podría volver a Viena a tiempo para quemar la carta. Diría a mis padres que me había dado un ataque de nostalgia, que hacía mucho frío, Roland estaba de gira y yo estaba tan solo. Porque acababa de llevar a cabo la mayor locura de mi vida. Como un crío, no había tenido conciencia temporal y había pensado que la soledad era para siempre. ¡Si ni siquiera me había sentado a hablar con él! Me sentía tan arrepentido... Hasta que bajé las escaleras envuelto en un pijama de franela y al llegar a la cocina encontré el paquete en la esquina de la mesa. Mis padres ya se habían acostado y, por una nota, supe que ese paquete había llegado meses antes. *Si no te he dicho nada es porque una no puede estar en todo.*

Lo abrí impaciente, sin ni siquiera pararme a mirar el remitente, y encontré aquella portada mezclada entre la ciencia ficción, la novela histórica y el dramón femenino. La misma portada que en Colonia acariciara sorprendido y dejara de nuevo en su lugar por no tentar a la suerte. Y eso debería haber hecho otra vez. Sin embargo, la casualidad de estar en mi peor momento con Roland me hizo creerlo señal celestial, divina, del destino. Así que me senté y abrí las tapas duras.



Eran las seis de la mañana cuando llegué al epílogo. Me encontraba desconcertado. ¿Qué tenía que ver todo aquello conmigo? ¿Por qué Juani me la había hecho llegar si en ella solo podía identificarme con el camarero barrigudo que ella me había prometido? Pero aquellas últimas hojas lo esclarecieron todo, no dejaron ningún cabo suelto, fue la indirecta pedida a gritos, un dile que me gusta pero no le digas que te lo he dicho yo.

Mi camarero bigotudo cobraba un papel protagonista llamando a la puerta como llamé yo en aquel mi primer año de universidad. Y establecimos, luego, nuestro pacto silencioso, el de los amigos compenetrados, los camaradas inseparables que follaban en secreto. *A punto de culminar aquel verso octosílabo*, cuando yo ya le decía a todo el mundo lo que éramos, vino la extrañeza del obrero atrapado en la vida burguesa. Los pobres siempre seremos pobres, para lo bueno y para lo malo. Aunque fueran los mejores días de su vida, lo cual yo debía de haber intuido mejor de lo que lo hice, me corrió a silencios de aquel continente exótico repleto de belleza exuberante. Ahora se arrepiente, quizás como yo me hubiera arrepentido de dejar a Roland antes de sentarme aquí a leer, cuando no conseguía entender cómo había tomado esta decisión, cómo había razonado. *Ahora aquí yazco medio muerta medio viva a veces gorda a veces seca*. Una canción desesperada tras los poemas de amor, una llamada de emergencia en toda regla pero hecha con la delicadeza de que sea yo el que decida, *que pueda seguir eternamente regodeándose en lo macho que es habiendo olvidado al cliente que rechazó sus manjares*, y aunque no venga a por mí, que venga por mí, para dejarme tranquila, para que yo pueda morirme tranquila de que sigue salvando *princesas del dragón americano que las tiene apresadas en su torre de marfil*. *Tienes tiempo en tanto el centeno resista mis embistes*. Esa última oración. Quizás estuviese enferma, quizás estuviese moribunda, quizás me necesitase solo a mí, su doctor, su medicina.

Hacía sol cuando arranqué el motor. Mi padre se quedó perplejo. Mi madre lo había entendido todo sin apenas necesitar palabras. Me había encontrado de madrugada leyendo el libro, así que le dijo a mi padre que se callara y que ya se lo explicaría ella. Me



dejaron su coche. Mucho *cuidaíco*, hijo mío, y, hagas lo que hagas, que te salga bien. Dios, estaba tan nervioso que los brazos me temblaban. Me sentía superdébil, en cualquier momento creía que iba a hincar mi cabeza contra el claxon, o a dejarme caer hacia un lado. Pensaba en Juani, en nuestros tiempos, en Los Tiempos. En mi cabeza tomaba vida un poema de Baudelaire que Juani algún martes o jueves o sábado o domingo me había recitado. *J'aime le souvenir de ces époques nues*. Pensaba y pensaba y pensaba. Roland se batía en duelo contra Juani. Tantos años Roland a la cabeza, ahora Juani parecía recuperar su posición, relegando a Roland a la esquinita de la compasión. No me daba cuenta entonces de que estaba idealizando los años de Juani, estaba confundiéndolos, quizás, con los de Roland. A pesar de lo débil, me encontraba en un estado de superhombre: todo lo puedo, todo lo quiero, todo lo soy. Un superhombre dueño de su vida que acudía a inclinarse como un camello ante la llamada de un dios que, durante la primera etapa, no había parado de cargarle las espaldas, qué ironía. Así que ni hambre ni sueño ni sed; tenía un camino por recorrer y quería recorrerlo ya.

Cuando llevaba más de tres horas conduciendo, las horas sin dormir empezaron a pasarme factura. La excitación no había resultado eterna, por lo que las necesidades primarias empezaban a hacerse notar de nuevo. Se me cerraban los ojos en cada curva, empezaba a temer por mi vida. La excitación dejó paso al cansancio, incluso al hambre. Se me iluminó la cara –supongo–al ver la salida de la autopista que llevaba al barrio de Madrid en el que mi hermano llevaba viviendo desde que había acabado la ingeniería.

Aparqué a dos manzanas de su casa y a las dos llamé al timbre. Temí que no hubiera nadie, y acerté. No se me ocurrió otra cosa que dejarme caer hasta el suelo, apoyando la espalda en la pared. Allí me dormí, con las manos en los bolsillos agarrando la cartera y las llaves del coche.

Mi hermano vino del trabajo a las tres. Se asustó mucho al verme: dio un sobresalto justo cuando salía por la puerta del ascensor y, cuando se le normalizó el ritmo cardiaco, se agachó y me despertó posando su mano en mi hombro con la intención de zarandearme.





–Mamá me ha llamado esta mañana. Vas a Galicia, ¿no?

Yo asentí desperezándome y rascándome los ojos. Me dolía el cuello, la espalda, el culo, la cabeza. El suelo estaba muy frío y me había enfriado demasiado. Cada puntito de gotelé se me había hincado en la piel, en la camisa, en la cabeza.

–Anda, pasa, a ver qué tengo para darte de comer.

Era la segunda vez que estaba en aquel piso y, teniendo en cuenta que la primera aún estaban todas las habitaciones sin amueblar, me sorprendió mucho verlo todo tan ordenado, tan bien decorado. Las paredes de la entrada eran verdes, y al fondo del pasillo se adivinaba una salita con cortinas amarillas y sofás de color beis. Acaricié el recibidor, no había ni una mota de polvo. Comimos en el salón, con las persianas bajadas y la tele apagada. Los rayos de sol proyectaban los agujeros de la persiana sobre el mantel. Hablamos un poco de su trabajo, de cómo le iba la vida. Él parecía sentirse incómodo, como si tuviera algo que decir y no supiera cómo hacerlo. Pero al final me lo dijo, a quemarropa:

–A ver, yo... Lo que te haya pasado con Roland es asunto tuyo y yo no voy a meterme ahí, pero creo que necesitas saber qué vas a encontrar si sigues yendo hacia Juani. Las cosas han cambiado mucho desde que estás fuera, la prensa ha dicho muchas cosas... Así que creo que deberías replantearte lo de Roland después de ponerte al día. Con él te he visto feliz, mucho más pleno que con Juani... –dejó de hablar de Roland al percatarse de mi ceño fruncido, y fue al grano.

Por lo visto, Juani llevaba recluida en esa casa de la carretera de Aranga desde que su libro se convirtió en un auténtico best-seller. Apenas se sabía nada de ella, solo que estaba allí encerrada, con la única compañía de sus gatos y sus libros, aunque no había vuelto a escribir, o entregar algo a su editor, desde *México 1992*. No concedía entrevistas a nadie, su relación con la prensa era nula aun cuando Juani se había convertido en un auténtico fenómeno mediático: casi era un personaje más del corazón. Las tertulias de por la mañana de vez en cuando volvían a sacar a relucir el tema. Alguna foto robada, algún conocido encontrado que quisiera



hablar de ella, algo. Una inadaptada al éxito era algo tan morboso que no importaba si ese éxito procedía de la literatura, así que se habían inventado todo tipo de bulos para aumentar la morbosidad de la situación. El problema era que ya no se sabía qué era un bulo y qué no. Por sentido común, estaba claro que Juani no se había entregado a ningún tipo de rito satánico, pero ¿quién era capaz de afirmar que Juani no era una drogadicta? La última información que mi hermano había leído sobre el tema decía que Juani se encontraba en un avanzado estado de drogodependencia. No estaba muy claro qué se metía, pero nada bueno. Lo más probable era que se gastase en cocaína los beneficios de las ventas, en parte aumentados por estos programas de por la mañana que no paraban de promocionarla.

–Está sola y tiene problemas, y si está así es porque ya perdió su oportunidad. Valora antes de decidir –me rogó mi hermano–, no desperdicies tus oportunidades como hizo ella.

Cuando me eché en la habitación de invitados y cerré los ojos todo se me agolpaba en la cabeza. La información recibida no me la creía, aún así tenía que digerirla. No era capaz de imaginarme a Juani cocainómana. No podía ser. Y sin embargo eso explicaría la última frase del epílogo. Una Juani desesperada que quiere morirse si no me tiene, que se arrepiente tanto de haberse marchado del parking de esa forma, que si no puede remediarlo no quiere seguir viviendo en el arrepentimiento constante. Una Juani que ha encontrado en la droga la medicina a pensar demasiado, que ve en la droga su boleto a la paz, una paz eterna y exenta de remordimientos, una paz sustituta de los versos que escribió para mí.

Daba vueltas por la cama medio despierto medio dormido mientras pensaba esto. No sé qué esperaba al alargar el brazo hacia a la derecha, pero no encontrar nada me entristeció profundamente. *Y si estuviera Roland aquí...* Una vez Roland había venido a casa a las tantas de la madrugada y yo lo había esperado despierto. Ese día acababa la temporada, por lo que tenía un mes entero para mí. Entre unas cosas y otras nos dormimos a las seis de la



mañana, y a las ocho y media le sonó el despertador. Lo primero que pensé fue que se volvía a ir, me dio coraje. Pero justo cuando me incorporaba lo escuché trajinar en la cocina. Me dejé caer hacia atrás. Hemos llegado a donde íbamos, me dije, ya puedes comprar los muebles caros. Se había despertado para prepararme el desayuno. Y ahora yo lo había abandonado.

De esta guisa comencé a vestirme, pensando cómo Roland llegaría a casa y se sentaría en el sofá, todavía con la chaqueta puesta, llorando y estrujando los siete folios de carta que él no entendía. Y también sola me vino la imagen de Juani tirada en una cama baja, con el brazo colgando y lleno de cicatrices. Una habitación sucia y desordenada, una ventana abierta.

Cuando salí del cuarto de invitados colocándome la camisa mi hermano había vuelto al trabajo. Había dejado una nota en el recibidor. Me decía que tuviera cuidado, haz lo que quieras, pero piensa las cosas dos veces antes de hacerlas, y mucha suerte. Pensé en dejarle otra nota, pero al empezar a escribir sobre el papel amarillo tuve un *déjà-vû* demasiado agresivo, demasiado melancólico. Otra vez me marchaba dejando notas de despedida, otra vez me marchaba. Así que bajé a la pastelería de abajo. Rompí el papelito en mil trozos mientras el ascensor descendía. También en el ascensor decidí si mi viaje iba a continuar hacia el norte o si iba a ser un viaje de vuelta. Pensé que lo más difícil es empezar a hacer algo, pues luego simplemente tienes que dejarte llevar, así que tenía que seguir hasta Galicia, aunque solo fuera para confirmar la información proporcionada por mi hermano. Ese fue el razonamiento que me había llevado a dejar a Roland. Definitivamente, el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

Quedé perplejo al salir a la calle, no me esperaba el sol tan bajo. Miré el reloj: había dormido más de tres horas. Entré en la pastelería y pedí una bandeja de trufas.

—¿Son para regalar? —me preguntó la dependienta. Yo asentí —Ah, ya veo. ¿Hay alguna muchacha esperándole? —había empezado a envolver la bandejita con papel y sonreía como una estúpida.



Al llevar tanto tiempo viviendo fuera de España, había perdido la costumbre de que cualquiera te preguntara cualquier cosa, así que me molesté un poco y respondí con un escueto monosílabo a la vez que fruncía el ceño. Pero la señora no pareció darse cuenta –Oh, pues es una pena. Si yo tuviera unos años menos de buen grado lo esperaría a usted –rió esperando a que yo riera. Me obligué a ser simpático y le sonreí. Cuando me daba el cambio le dije que los pasteles eran para mi hermano, pero sí, sí que hay una muchacha esperándome, al menos eso me ha dado a entender.

–Ay, bendita juventud. ¿Y no quiere usted llevarle unos pastelitos también a ella? Llévele unos bombones de éstos –cogió una caja roja de la vitrina que se encontraba tras de sí. A Juani le volvía loca el chocolate. Podía comer tabletas y tabletas sin hartarse. Yo le llevaba una cada martes, jueves, sábado y domingo. Se la comía prácticamente ella sola, pero le gustaba decir que nos la comíamos a medias. Y yo le daba la razón para que se quedara más tranquila, para que me besara con la comisura de los labios manchada.

–Ya... pero es que... ni siquiera sé si se los merece.

Al final me llevé también los bombones. Tras dejar la bandeja de trufas sobre el recibidor de mi hermano volví al coche, me acomodé, y dejé los bombones en el asiento del copiloto. A Roland no le gustaba el chocolate. Supuse que quizás mantener esa caja de bombones cerca de mí haría que lo tuviera todo más claro, alejaría los recuerdos germano-parlantes. Y supuse mal.

Puse la radio. El sol castellano inundaba el interior del vehículo, dotaba al ambiente de una calidez que había echado mucho de menos en Alemania, una calidez de partículas de polvo flotando atemporales y estáticas, ajenas al ritmo de la música. Sonaba una canción bastante hortera, alegre también. Me vi sonriendo en el reflejo del parabrisas. Optimista, bastante optimista de no ser por cómo los bombones empezaban a derretirse. Si Roland estuviera sentado en ese asiento, con esos bombones sobre las piernas, me estaría pidiendo que me los comiera para no verlos. *Bitte*, cómetelos, pero mira qué aspecto tienen, *igitt!* Pero si en lugar de Roland fuese Juani la que estuviera sentada en el sillón del copiloto, yo





los bombones ni los habría olido. Me sentía feliz. Sería el sol, supongo. O quizás sería que me sentía valiente conduciendo hacia el problema, sin huir de nada. No podía salir nada mal. Me reencontraría con Juani, ¿qué tal estás?, cuánto tiempo, cómo han cambiado las cosas, y si descubría que Juani era un paso hacia atrás no tendría más que darme la vuelta, montarme en el coche y conducir a través de Europa hasta Viena, hasta Roland. A fin de cuentas todavía tenía tiempo para quemar cada una de las siete páginas de carta. Que Roland hubiese llegado antes de tiempo y ya no quisiera verme después de todo, eso ni me lo planteaba. No me dejaba el sol, no me dejaba la luz.

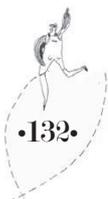
Sin pensar alargué la mano, abrí la caja y me comí un bombón prometiéndome que guardaría los demás para Juani.

Pero luego me comí otro.

Y otro.

Tenía hambre y me comí la caja entera. Cuando dejé atrás el cartel verde que anunciaba la provincia, el sol era rojo y la caja roja estaba vacía. Muy buenos. Agradecí a la pastelera que me los recomendará.

Bajé a estirar las piernas en la que, según el mapa, iba a ser la última ciudad antes de llegar a mi destino. Había bares en los pórticos de la Plaza Mayor, pero yo solo entré a comprar tabaco. Me senté con el paquete en un banco lateral. Pedí fuego. Sorprendentemente acerté a encenderlo. Yo no sé fumar, nunca he sabido, y eso a Juani sí que la divertía. Tosí con la primera calada. Y con la segunda. A la tercera conseguí tragarme el humo, pero antes de querer expulsarlo lo sentí salir por la nariz. Y luego me dejé caer hacia atrás. *El lago de los cisnes*. Ay, Tchaikovsky. Una bailarina con porte aristocrático y un bailarín con la elegancia abriéndose paso a través del empuje decoraban un cartel a franjas blancas y negras. No estaba dispuesto. No. Me negué en redondo y me levanté tras apagar el cigarro casi entero de un pisotón. Una vez más me repetí el mismo argumento. Ese cartel. Una vez más me dije que las decisiones se toman aceptando todas sus consecuencias—... me era familiar, no solo aquella sensación sino también aquel cartel.





Volví sobre mis pasos y lo que me temía. Así que por fin vienes de gira a España. Corrí hacia el coche.

No quería pensar, pero en el asiento del copiloto solo había una caja de bombones vacía. Y un paquete de tabaco lleno. Y ya, sin dueña. Su dueña estaba a hora escasa de allí, en una casa reformada y revestida de madera según pude entrever a través de las cortinas. Era de noche y se oían ladridos y dejé los faros del coche encendidos. El estómago me palpitaba bajo la camisa. Creí que al verla me dolerían los años en el hígado, que la córnea sacaría el paraguas para que los besos resbalaran por las mequillas. Pensaba que al menos sonreiría. Pero al verle la cara chupada quise huir. Ay, Juani, qué te ha pasado, pensé cuando un pelo negro asomó tras la puerta entre un hostil espero que no seas de la prensa. Ay, Juani, Juani, debes odiarme si echarme de menos te ha causado todo lo que llevas sobre lo que antes era la Olimpia de Tiziano con tinte negro y vaqueros. Los ojos rehundidos, tan pálida. Aunque llevaras rímel las pestañas parecían que se fueran a caer de un momento a otro, no sé, Juani, yo te vi muy mal. Allí en medio de la noche campestre, con la camiseta manchada y tan delgada tan delgada. Miré por encima de su hombro: una escalera, luz anaranjada, la moqueta manchada, una manta en el suelo. Se oyó un maullido.

—¿Y bien? ¿Qué quiere?

(Esa misma casa. Limpita y ordenada. Hay niños en vez de gatos. Las cortinas descorridas, las persianas levantadas. Mira cuántos libros, mira, todo el ático es una biblioteca. Los hay también en alemán. Hay de todo en alemán, incluso el recetario del que ahora copio los ingredientes que necesito. 170 gramos de zanahoria rallada, 200 de azúcar moreno, harina, tres cucharaditas de levadura, una pizca de sal, otra de canela, otra de nuez moscada, y el queso para la cubierta. El reloj que avanza y yo no le tengo miedo; ni me obsesiona de noche ni nunca. ¿Cuánto queda para que vuelva papá?, dice Ulrike con su voz de nieve. Ya mismo, venga, vamos a prepararle la tarta, ¿quieres? Pero desde la ventana veo un coche oscuro llegar. No puede ser, si todavía faltan tres horas.





Sigo pelando las zanahorias mientras veo la puerta abrirse. Papi, papi, papi, Roma corre a abrazar a Roland y Ulrike salta desde lo alto de la encimera, donde intentaba abrir el paquete de azúcar).

–¿Qué le pasa?

La mano escuálida de Juani pasando por delante de mis ojos me hizo volver al desarrollo lineal, me sacó a la fuerza de la escena atemporal de película americana. Clavé la vista en sus huesos intuidos a través de la fina piel, en el reloj abrochado en el último agujero, los cardenales y las marcas ennegrecidas de los brazos. Estaba empezando a desesperarse y se tocaba el pelo constantemente. También estaba asustada, se notaba que calculaba qué posición debía adoptar para poder cerrar la puerta en cualquier momento. Un gato se escurrió entre sus tobillos y ella dio un repulso. A Roland le gustaba levantarse antes que yo por las mañanas para esconderse y asustarme, y yo le gritaba y le pegaba y él me abrazaba como ahora mismo Juani abrazaba al gato levantándolo del suelo. Qué susto me has dado, Némesis, *Arschloch*, Roland.

–Sabes, Juani, a veces no tiene sentido lamentarse por las decisiones tomadas, no tiene sentido masacrarse porque uno no dijo nada, o porque no se dejó nada por decir. Holden Caulfield es mentira, todos nos equivocamos, pero ya no hay serpiente de plumas que venga a rescatarnos. Los españoles vienen, destruyen tus casas, violan a tus mujeres y esclavizan a tus hijos. O quizás no vienen. El caso es que siempre hay un camarero que te sirve manjares tropicales en platos dorados. Quizás solo nos corresponda uno por cliente, no podemos acaparar a todo el servicio (todo el mundo tiene derecho a que le lleven el desayuno a la cama los domingos de resaca), pero lo que sí es cierto es que tú tuviste el tuyo, tú tuviste a un tipo bigotudo que se preocupó al no verte participar de la fiesta de Eros, se preocupó e intentó solucionar la situación lo mejor que pudo. Que lo hiciera mejor o que lo hiciera peor... pero era tu camarero y tú dejaste de darle propinas.

>>Ahora el camarero ha ahorrado, se ha gastado los ahorros de toda una vida en unas vacaciones a Centroeuropa. Los camareros





a veces viajan, los camareros a veces son servidos. A ellos no se les olvida dar propinas, no necesitan nada sino la experiencia para darse cuenta de que las cosas hay que agradecerlas, los fracasos también, así que gracias, Juani.

Ante su estupor me di la vuelta. Sin mirar atrás comencé a caminar hacia los faros encendidos del coche. Y entonces ella también vio los faros, ella reconoció las piernas que la abrazaron durante aquella noche en la que se tapó los oídos con la almohada para no escuchar el mar, ella reconoció mis andares, o mis gemelos, o el culo, o simplemente la silueta. Yo no era ningún fan, ningún lector obsesionado con su novela. Yo era su novela, su historia, la que ahora mismo se montaba en un destartalado Seat Panda blanco en el que volaban las partículas de polvo cuando entraba el sol por la luna, en el que había una caja de bombones vacía que no nos habíamos comido a medias y un paquete de tabaco que nadie fumaría nunca.

Giré la primera curva con la vista fija en la maleza iluminada y mantenida a ras del asfalto. Giré la segunda curva y vi a Juani muerta de sobredosis sobre el sofá y relamida por los gatos. Giré la tercera curva y bajé la ventanilla: tanto la caja roja como el paquete de tabaco sintieron el vértigo mexicano antes de clavarse las espinitas de las zarzas, las tuyas. Subí la ventanilla. Siento no haberte reconocido, Juani, Roland me ha amado mucho, no tengo tiempo para tus existencialismos, quiero ser sentimentalmente burgués y tengo una ficción epistolar que quemar. Hasta nunca, Juani, yo ya he encontrado mi lugar.

Tenía semana y media para llegar a Viena antes que él. Si todo salía bien no se enteraría de nada. Un cómo ha ido, muy bien y una cama. Y aquí paz y después gloria. A las dos horas paré a comer, y a mear, y a llamar. Dije que me llevaba el coche. Mamá asintió. Pagué el bocadillo y me monté en el coche con el sabor del café todavía en la lengua. Ahora sí que estaba nervioso. Efectivamente yo conducía, así que aceleré hasta llegar.

El viaje fue eterno. A menudo me arrepentía de haber sido tan impulsivo y no haber esperado un avión, incluso temía no llegar a



tiempo para acabar con la carta antes de que Roland la encontrara. Apenas paraba a descansar, pero los brazos me dolían. Recogía a autoestopistas a cambio de que condujeran ellos por mí. Esos eran los ratos que, haciendo un voto de confianza, aprovechaba para dormir en el asiento de atrás. Luego vi a los primeros cisnes en los lagos y ríos paralelos a la carretera que me recordaron que todo aquel viaje merecía la pena.

Al llegar, la carta seguía en el mismo sitio. La rompí, la tiré al váter, y me senté a esperar en el sofá las cuatro horas escasas que faltaban para la llegada de Roland. Con las piernas y los brazos cruzados, me eché la mantita por encima. Esperé y esperé, como la mujer que espera a su marido camionero. Hecho un manojito de nervios, no respiré tranquilo hasta que las llaves sonaron en la cerradura.

*–Oh, Roland, du kannst nicht vorstellen, wie habe ich dich vermissen.*

*–Doch, ich kann, meine Liebe, ich kann* –me dijeron sus patas de gallo.

Y luego, al fin, todo. ■



Esta edición no venal, se ha impreso en Andalucía en el verano de 2014 coincidiendo con la celebración del centenario de la primera edición de *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, en 1914.

